

JANE KELDER

Gin
Fizz

UNA NOVELA BURBUJEANTE



VERSATIL
romántica

Table of Contents

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

Diecinueve

Veinte

Veintiuno

Veintidós

Veintitrés

Veinticuatro

Veinticinco

Veintiséis

Veintisiete

Veintiocho

Título original: *Gin Fizz*

© 2018 Jane Kelder

Cubierta:

Diseño: Ediciones Versátil

© Shutterstock, *de la fotografía de la cubierta*

1.^a edición: septiembre 2018

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

© 2018: Ediciones Versátil S.L.

Av. Diagonal, 601 planta 8

08028 Barcelona

www.ed-versatil.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

A todos los que me dejan ser. A Raquel, por ser tan ella y tan nuestra a la vez. Y a Ramón Paramio, para que pueda hacer una foto de la dedicatoria y enviársela a su familia.

En los Estados Unidos de la ley seca (1920-1933) muchas personas no estuvieron dispuestas a renunciar al alcohol. Por eso, en bares y tabernas proliferaron combinados alcohólicos capaces de pasar desapercibidos a las autoridades encargadas de hacer cumplir la restricción. Uno de ellos fue el gin fizz, de trago largo y con un grado alcohólico moderado. Este cóctel, compuesto por ginebra de limón, sirope y soda, visto desde lejos, parecía un inofensivo refresco. Y es que había nacido con la finalidad de engañar. Años después, seguía de moda.

Uno

Desde que había finalizado la II Guerra Mundial, Estados Unidos se había convertido en el centro del mundo. El cine era el gran escaparate de una tierra que lo prometía todo y que era la vanguardia de la modernidad. Y la música, la música americana se escuchaba en todas partes, ya no solo orquestas como la de Glenn Miller, el *jazz* o el *swing*, sino que también comenzaba a nacer el *rock and roll*.

De Estados Unidos, sin lugar a dudas, destacaba Nueva York. En 1939 la antigua Nueva Ámsterdam había albergado la Exposición Universal y aunque en un primer momento la ciudad elegida había sido San Francisco, lo cierto es que hacía un año que se había inaugurado la sede de Naciones Unidas en Manhattan, en una zona deteriorada y llena de mataderos, gracias a la donación de los terrenos por parte del magnate Rockefeller. Ni Londres ni París competían ya por gozar de la mayor influencia en arte o moda y ninguna de esas ciudades poseía sus rascacielos ni ese aspecto industrial que indicaba que Nueva York era la cúspide de la modernidad.

Y, en esas calles que albergaban el esplendor de lo nuevo, el protagonista indudable era el automóvil. Ya no solo era un lujo reservado a algunos ricachones, sino que la clase media también empezaba a acceder a él. Por no hablar de la cantidad de taxis que transitaban de un lugar a otro acompañando a los clientes a su destino. A cualquier hora, los coches hormigueaban entrecruzando rutas en todas sus calles, como una invasión frenética de insectos motorizados.

Aquel sábado de 1953, sobre las once y cuarto de la mañana, uno de los semáforos de Lexington Avenue estaba a punto de ponerse en verde. Mientras esperaba, el conductor del Chevrolet Fleetline, de unos veinte años, contemplaba el contoneo de caderas de una pelirroja de traje y chaqueta gris al caminar por la acera de la derecha. La mujer se detuvo, ladeó la cabeza, le dedicó una sonrisa y mojó sus labios. Luego se inclinó ligeramente sobre sí misma para subirse una de las medias, pero no retiró la mirada del joven, que abrió la boca y los ojos como si estos acabaran de quedar atrapados de forma definitiva en esa sugestiva imagen. El semáforo se puso en verde, pero el Chevrolet Fleetline no reaccionó. Su conductor continuaba observando los dedos de la mujer que acariciaban sus medias sin pudor. El Pontiac de atrás tocó el claxon y el joven tardó unos instantes en notar que los bocinazos estaban dedicados a él. Aceleró sin pensar, aún con la imagen de la seducción en sus pupilas y, al emprender la marcha, golpeó a una mujer que estaba acabando de cruzar. Era una señora menuda, de más de cincuenta años, y que se apoyaba en un bastón. Su cuerpo se tambaleó un momento, pero enseguida cayó entre la calzada y la acera y el conductor contempló horrorizado la escena. No llegó a atropellarla. Frenó a tiempo y el Pontiac de atrás lo embistió.

En menos de un minuto se montó un atasco de campeonato. Varios conductores bajaron de sus coches, los bocinazos comenzaron a multiplicarse y un guardia urbano se empeñaba en pedir calma, aunque nadie parecía fijarse en él. La pelirroja del traje gris y la media rebelde había desaparecido y la víctima del atropello permanecía tumbada en la acera mientras un hombre se agachaba a su lado para intentar reanimarla.

—Soy médico —anunció para apartar al resto de curiosos de la mujer.

El conductor del Chevrolet, Tim Brinicombe, no hacía más que suplicar en voz baja que esa mujer no estuviera muerta. Cuando vio

que abría los ojos, aunque solo un poco, sintió un gran alivio.

—¿Se salvará? ¿Se salvará? ¡Se lo suplico, doctor, dígame que se salvará!

—No creo que sea un golpe mortal, pero me temo que van a quedarle secuelas —le respondió el médico al tiempo que miraba el pulso de la mujer. Luego se dirigió a ella y le preguntó—: ¿Puede oírme?

—No —respondió la mujer ligeramente mareada y, tras esa escueta palabra, volvió a cerrar los ojos.

Aquella noche, tras las horas más agitadas de su vida, Tim Brincombe se encontraba en el despacho del Eden Hotel, en Long Island, con los ojos bajos ante la implacable mirada de su madre. El rumor de la marea cercana no apaciguaba los ánimos y Heidy Brincombe no ocultaba su enfado.

—¡No! ¡No podías ser más prudente! ¿Tan difícil era mirar hacia delante antes de pisar el acelerador? ¿Es que no sabes lo mínimo para poder conducir? ¡Mirar hacia delante, eso es, mirar hacia delante! — Mientras lo decía, Heidy Brincombe fingía estar conduciendo y alargaba el cuello de forma exagerada con los ojos muy abiertos, tanto que parecía un punto enloquecida; y miraba fijamente a su hijo, que no levantaba la vista del suelo.

—¡No la vi! Hay cosas que, aunque uno mire hacia delante, no las ve.

—Tienes razón. Yo lo he tenido siempre delante y no lo he visto: ¡te he malcriado! ¡Sí, sí, no hay ninguna duda! Te estoy culpando a ti y toda la culpa es mía. Vas por el mundo como si tus actos no tuvieran consecuencias. Pero eso va a cambiar. ¡Vaya si va a cambiar! Voy a dejar de ser considerada contigo. Debería haberlo hecho cuando dejaste la universidad... mejor dicho, cuando...

—¡Ha sido un accidente! —la interrumpió su hijo, visiblemente

nervioso—. ¿Acaso soy el único que tiene accidentes? El semáforo acababa de ponerse en verde y el coche de atrás me estaba pitando. Además... ¡no he matado a nadie!

—Por suerte. Pero esto nos va a salir caro. Mañana tengo una reunión con el abogado de la señora Evans. Creo que ya tendrá el informe médico y, te aseguro, Tim, que vas a sudar cada dólar que me cueste esa demanda. La reparación del Pontiac, al lado de según qué indemnizaciones, puede quedar en nada. Justo ahora cuando iba a comenzar la remodelación del hotel...

En el despacho principal de la empresa de diseño y construcción Hancock, ajenos al resto de personal, se encontraban dos personas con distinto estado de ánimo. Una mujer pequeña y enjuta sonreía orgullosa de sí misma mientras un hombre de unos treinta años caminaba nervioso de uno lado a otro mientras aspiraba con ansias su cigarrillo.

Prudence Evans, la cincuentona que supuestamente en esos momentos se encontraba hospitalizada, volvió a llenarse la copa que tenía frente a ella y estiró la mano para llevársela a la boca al tiempo que miraba a Oscar Hancock.

—¿No te parece que con una copa es suficiente? —la regañó su jefe con el cigarrillo en la boca.

—Estamos de celebración —lo enfrentó ella con una sonrisa que mostraba los dientes de una fiera.

—Ni siquiera deberías haber probado el *whisky*. Ya sabes que después te descontrolas —insistió Hancock.

—Oye, hoy no me trates ni como jefe ni como si fueras mi madre. Yo podría ser la tuya. Además, me debes un favor.

—Sabes que voy a pagarte por ello.

Justo en aquel momento, Harry Sanders entró en el despacho de Hancock al tiempo que alzaba su sombrero hacia el techo y lo volvía a recoger ufano, como si fuera un acróbata real.

—Esto va viento en popa. Ya tengo el informe médico. Gracias a estos amigos se consiguen muchas cosas —dijo mientras sacaba un fajo de dólares y comenzaba a airearlos—. Y Smith hizo muy bien su papel de doctor preocupado. Sírveme un *whisky* y te lo leo.

—El falso informe médico es lo de menos —respondió Hancock llenándole una copa—. La clave no está en la indemnización, sino en la posibilidad de que Heidy Brinicombe crea firmemente que su hijo puede ir a la cárcel.

—Eso será fácil. Tim Brinicombe es hijo único. Seguro que su madre está muy asustada.

—Sí —intervino Prudence—, y mis dotes de actriz han sido determinantes. ¿Acaso no merezco un brindis?

Hancock retiró la copa del alcance de Prudence.

—¿No lo habías dejado?

—Precisamente por eso puedo brindar sin correr ningún peligro.

—Vamos, Hancock, Prudence se ha portado muy bien —la defendió el recién llegado—. Deberías haber estado allí. Ha hecho un papel maravilloso. Y la pelirroja, también. Y el falso médico. La cara de Tim era de auténtico pavor. Además, yo también he disfrutado al darle ese pequeño golpe por detrás.

—Eso ha sido innecesario. No estaba previsto.

—Ya sabes, de repente he sentido la necesidad. Y, la verdad, Hancock, ha sido como poner la guinda.

—Aún no hemos puesto ninguna guinda. No hemos conseguido el contrato del Eden Hotel ni sabemos lo dura de pelar que va a resultar Heidy Brinicombe. Eso va a depender de ti, Harry. Y no me gusta tu euforia, parece como si ya lo dieras por hecho.

—Tranquilo, jefe. He estado ensayando léxico jurídico y tengo preparado un discurso con el que nadie va a dudar de que soy un auténtico letrado. Además, el informe médico asegura que la señora Evans no podrá volver a trabajar. Y nuestra pobre y querida Prudence deja a cinco criaturas sin sustento, ¿crees que no se va a conmovier?

—¡Pobre de mí! Voy a brindar por el futuro de cada uno de mis pequeñines. —Prudence alargó la mano para coger la botella de *whisky*, pero Hancock se anticipó y la retiró nuevamente de su alcance.

—Tú no tienes hijos, Prudence.

—¡Oh! ¿Y no te apena pensar que, cuando sea mayor, nadie cuidará de mí?

—No exhibas tus dotes de actriz conmigo.

Haciendo caso omiso de su discurso moralista, Harry, a su vez, le quitó el *whisky* a Hancock y sirvió otra copa a Prudence. Hancock lo miró con el entrecejo fruncido. Harry se defendió:

—En serio, amigo, se lo merece. Es más que una secretaria. ¡Qué digo! Es más que la mejor secretaria del mundo. Si alguien de Hollywood la hubiera visto, la habría contratado de inmediato.

—Espero que no estemos jugando con fuego. Quiero ese contrato. Ya no es una cuestión profesional, es personal. Sabes muy bien por qué me interesa ese hotel.

—En el fondo, eres un romántico, Hancock.

El domingo por la mañana, a la hora convenida, Harry Sanders llegó al Eden Hotel. Antes de entrar, sintió la necesidad de dar la vuelta a un arbusto colocado frente a la entrada, pero siguió sin dar por satisfecha su inquietud, así que se vio impelido a repetirlo varias veces más. Un matrimonio que salía lo sorprendió en tan absurda actitud y se vio

obligado a fingir que había perdido una moneda; se agachó mientras se quitaba el sombrero para saludarlos. La pareja pasó de largo sin devolverle el saludo y Harry observó cómo se marchaban antes de subir la escalinata de la puerta principal, que llevaba a un porche semicircular rodeado de altas y blancas columnas dóricas. El hotel era de estilo neoclásico, de solo dos pisos además de la planta baja, y se extendía a ambos lados como si quisiera abrazar el paisaje. En los jardines delanteros, desde los que se veía el mar, había una gran piscina que, pocos años antes, solo había sido una fuente con distintos juegos de aspersión. El exterior ya se había modernizado y ahora le tocaba al interior. La dueña, viuda del señor Brinicombe, estaba decidida. Hacía meses que lo había anunciado y, a lo largo de la siguiente semana, examinaría los proyectos que le fueran presentando los distintos candidatos.

Un recepcionista acompañó a Harry hasta el despacho de Heidi Brinicombe y lo anunció antes de indicarle que pasara. La señora Brinicombe echó un vistazo al reloj, se levantó de su asiento y observó al recién llegado.

—Llega pronto.

—Supongo que tendrá interés en resolver el asunto cuanto antes.

Ella suspiró, fijó su mirada en un punto de la pared y, al cabo de unos instantes, volvió a mirarlo con severidad.

—¿De cuánto estamos hablando, señor Sanders?

—Podría no costarle nada si estuviera dispuesta a colaborar.

—¿Nada? ¿Y mi hijo se libraría de la cárcel? —preguntó con las cejas arqueadas en clara demostración de su incredulidad.

—Completamente. ¿Puedo sentarme?

—Siéntese. Y disculpe que desconfíe de sus palabras.

Ambos se acomodaron en un apartado en el que había un sofá, dos sillones y una mesa redonda de cristal. El rostro de la mujer mostraba

verdadera intriga por lo que tuvieran que decirle.

—Verá, señora Brinicombe. El caso de Prudence Evans es muy triste, sobre todo si pensamos en sus cinco hijos, pero la cuestión es que tiene otro problema mayor.

—¿Qué tipo de problema?

—Debe un favor muy importante a Oscar Hancock. Una deuda de la que prefiere no revelar ni un dato más.

—¿Hancock de la firma Hancock?

—Ese mismo. Su empresa va a presentar un proyecto para remodelar este precioso hotel. Por suerte, él también es mi cliente. Prudence Evans, y hablo como su representante, está dispuesta a retirar toda denuncia contra su hijo si usted, por su parte, se decanta por el proyecto de Hancock.

—¿Tan importante es esa deuda?

—Como le he dicho, es un asunto privado sobre el que no estoy autorizado a hablar. Sin embargo, creo que la oferta que le estoy haciendo le interesa. Al fin y al cabo, usted va a remodelar su hotel y la firma Hancock le ofrece garantías. Su empresa es una de las más solicitadas de Nueva York.

—Eso es cierto, pero ya he pedido a otras firmas que presenten sus proyectos.

—Puede anular esas citas.

—No lo entiendo —dijo al tiempo que movía la cabeza en señal de negación—. ¿Por qué la señora Evans está dispuesta a renunciar a su indemnización a cambio de que yo acepte el proyecto de Hancock?

—Ya le he dicho que se trata de algo confidencial. Sin embargo —añadió al tiempo que sacaba unos documentos de un portafolios y se los entregaba—, como ve, ella misma lo ha estipulado por escrito. No le estoy ofreciendo solo su palabra.

Oscar Hancock caminaba de un lado a otro del salón de su apartamento en el Upper East Side. Miraba de vez en cuando una fotografía de sus padres que lucía en el portarretratos colocado al lado del teléfono, aunque también se le escapaba alguna ojeada al aparato. Pero no por ello conseguía que sonara. Harry le había prometido contactar con él en cuanto terminara la conversación con Heidi Brinicombe y estaba ansioso por conocer los resultados.

Hacía media hora que la señora Banning, su asistente, se había marchado. Antes, le había preparado una infusión para que se relajara, pero él no se la había tomado. En esos momentos estaría enfriándose sobre la mesa de la cocina.

No fue el teléfono lo que sonó, sino el timbre de la puerta. Hancock acudió a abrir nervioso, pero la sonrisa de Harry lo tranquilizó.

—¿Dudabas de mí? ¡El proyecto es nuestro!

—¿Así de fácil?

—Bueno, desea verlo y dar su visto bueno. Pero, a poco que le guste, nos dará el sí. Supongo que, si objeta algo, a ti no te importará cambiarlo.

—Confío en el proyecto. Sabes que le he dedicado todo mi empeño desde que anuncié sus intenciones.

—Sé que ahora vas a poner un «pero».

—No, he dejado atrás los escrúpulos. No puedo jugarme este proyecto. Lo quiero. Más que quererlo, lo necesito, y ya sabes por qué.

—Sí, fue en el Eden Hotel donde se conocieron tus padres. Buscas un homenaje al amor que los unió. Y cada vez pienso que es más porque tú no lo has encontrado. Ni Cindy ni Karen ni la rubia aquella...

—Mauren.

—Ni Mauren fueron las mujeres que esperabas. Cindy era un poco asfixiante, quería controlarte demasiado. Y Karen, bueno, a esa le gustaba tu dinero. Y Mauren...

—Con Mauren nunca llegué a tener nada, solo éramos amigos. No lograba despertar ningún interés en mí.

—Aunque realmente no sé qué esperas en una mujer. Yo estoy casado con una a la que le encanta controlarme y que exprime mi cuenta corriente. Cada vez se parece más a su madre, así que lo único que cabe esperar es una mujer que no haya tenido madre y eso, querido amigo, no creo que vaya a ser posible.

—Sanderssss...

—En fin, lo que quiero decir es que te sobran tanto el dinero como el prestigio y que, si no tuvieras un motivo personal tan importante, no sobornaríamos a Brinicombe.

—Lo que me preocupa es que nunca podré saber si mi proyecto era el mejor.

—Hasta ahora, todo lo que has conseguido es por mérito tuyo. Sabes muy bien que todo aquel que quiere remodelar algo en Nueva York te busca a ti.

—Excepto el último contrato.

—No tiene nada que ver. En esa ocasión fue una casualidad que nos encontráramos al señor Gilmour en aquel local de travestidos. Estaba dispuesto a firmar cualquier cosa con tal de que el asunto no fuera a la prensa.

—¿Encontráramos? ¡Yo no voy a esos sitios! —le recordó al tiempo que hacía un gesto despectivo.

—Y yo solo entré porque sentí que debía hacerlo.

—Sí, me sé todas tus manías —se burló. Harry Sanders siempre sentía un impulso inoportuno en el momento menos adecuado y eso era algo que le había traído más de un quebradero de cabeza.

—No son manías. Si mi voz interior me pide que haga algo y no lo hago, sucede algo terrible. Una vez intenté ser racional, como tú dices, y no hacer caso, pero ese mismo día Melissa tuvo un accidente

doméstico. —Suspiró como si lo reviviera—. No, no voy a poner en juego ni mi salud ni la de mi familia. Y, sinceramente, me importa un bledo que no lo entiendas —añadió mientras lo retaba con la mirada, pero Hancock ya parecía no hacerle caso—. En fin, me voy, que es domingo y Melissa y los gemelos me esperan. Creo que puedes darte por satisfecho con lo que hemos conseguido. El proyecto es tuyo.

Dos

Olivia Joyner fue a la cocina para servirse otro café. Llevaba la bata abierta sobre un pijama de satén. El cordón le colgaba de un lado y casi lo arrastraba por el suelo. A pesar de llevar el cabello despeinado, las puntas castaño claro de su media melena siempre se ondulaban hacia fuera. Tenía los ojos grandes, y muy azules, pero sobre todo expresivos. Y una nariz pequeña y respingona sobre unos labios no demasiado gruesos, pero bien perfilados. Cuando sonreía, recordaba a Debra Paget, aunque su figura era menos exuberante que la de la actriz. Había algo en ella de esos rasgos mediterráneos que había heredado de su abuela, que era italiana, aunque hacía poco por sacarse partido. No deslumbraba de golpe, sino que poseía una belleza que iba apreciándose despacio, como un lucero en la tarde y que, de pronto, sin saber cómo, comienza a resplandecer en la noche. Annie la miró como si fuera a regañarla.

—Señorita Joyner, ¿para qué estoy yo? Si usted desea un café, debe pedírmelo y yo se lo traigo. Si no, hará que sienta que no sirvo para nada. Y Annie sirve para muchas cosas.

Olivia se acercó a ella y la besó en la mejilla. Annie era extremadamente servicial. A sus casi sesenta años, guardaba la vitalidad de una mujer joven.

—No podría vivir sin ti, y lo sabes. Y deja de llamarme señorita Joyner, Annie, llámame Liv. Eres más que una criada, eres mi amiga. Y no te preocupes por si me levanto o me siento, me viene bien mover las piernas. Este proyecto me tiene absorbida, pero quiero hacer algo

brillante. Quiero impresionar a Heidi Brinicombe y que no le quede más opción que inclinarse por mi propuesta.

—¡Oh, señorita Joyner, estoy convencida de que lo va a conseguir! Si quiere salir de dudas y quedarse tranquila, le puedo leer el futuro en los posos del café.

Olivia la miró de forma condescendiente. Annie, como todas las personas afroamericanas que conocía, creía en ese tipo de supersticiones. En varias ocasiones había tratado de razonar con ella que no tenían base científica, pero estaba claro que a Annie eso no le importaba.

—Si me llamas Liv.

—¡Oh, señorita Liv! Hace mucho tiempo que tengo ganas de hacerlo.

—Liv, sin señorita.

—Sí, señorita Joyner, es decir, Liv.

Olivia sonrió y regresó a la mesa del comedor, donde tenía todo el despliegue de planos, informes, tanto descriptivos como técnicos, bocetos de muebles e incluso fotografías en color de algunos detalles, como telas o los cuadros con los que pensaba decorar el salón principal. Dejó la taza de café a un lado y volvió a centrarse en toda la documentación. Al día siguiente, lunes, a primera hora, tenía la entrevista con la señora Brinicombe, así que debía centrarse en que todo estuviera perfecto.

Revisaba los detalles una y otra vez, no quería volver a fallar. Los dos últimos proyectos se los había llevado la firma de Oscar Hancock y no deseaba volver a oír ese nombre. Aunque no lo conocía, se había convertido en su enemigo. Al primer proyecto tal vez hubiera debido pulirle ciertos detalles, pero el segundo, el que le enseñó al señor Gilmour, lo consideraba inmejorable. No veía qué había podido fallar. Se había ceñido a las instrucciones y había creado algo bello y funcional. Más que bello, bellísimo. Y, sin embargo, Hancock había

vuelto a ganar. Era cierto que la firma Hancock tenía más prestigio. Llevaba más tiempo en ese mercado y tenía una merecida fama de calidad. Pero ella también era buena, muy buena, y se estaba labrando un nombre a fuerza de trabajo y tesón. Esperaba que su anonimato no supusiera ninguna traba. Tenía que conseguirlo. Lo conseguiría. Estaba segura.

Annie se acercó a retirar la taza de café. Olivia ni se dio cuenta, enfrascada como estaba en los papeles. Al cabo de unos segundos, la oyó decir:

—¡Uy, señorita Joyner Liv! Veo algo que no se va a creer. Pero no se me asuste, es una buena noticia.

—Sorpréndeme, Annie —respondió Olivia sin prestarle demasiada atención.

—El amor llama a su puerta, señorita. Y usted no va a poder escapar. Y todo va a ser por este proyecto —dijo al tiempo que señalaba los papeles desperdigados sobre la mesa.

Olivia la miró divertida.

—Brinicombe es una mujer. Se llama Heidy Brinicombe, así que me parece que tus augurios van mal encaminados.

—¿Y tiene hijos?

—Uno de veinte años, Timothy. Demasiado joven para mí. Ya no me hago ilusiones de encontrar un marido —suspiró.

—Cinco años más joven no es demasiado joven, señorita Joyner.

—¿No hemos quedado en que ibas a llamarme Liv?

—Usted me pide demasiado esfuerzo. Soy una persona de costumbres, no me vaya a hacer cambiarlas ahora.

—Pensé que teníamos un pacto —bromeó.

—No sé yo... Usted conocerá a un hombre y se casará con él. Y Annie tendrá que buscarse otro trabajo.

—No voy a casarme con nadie, Annie. Ya no tengo esperanzas. Sabes

que dedico cada minuto a mi carrera, seré una vieja solterona. Y comeré chocolate, me pondré de mal humor y nadie me aguantará. Tu puesto está asegurado por mucho tiempo.

—Pues los posos del café no mienten. Y yo pienso, señorita Joyner, que una mujer de su edad ya debería estar casada.

—Hoy pareces empeñada en recordarme mi condición, como si no tuviera suficiente con los desvelos que me ha traído este proyecto. No puedo hacerlo todo a la vez, Annie, y a los hombres no les gustan las chicas que tienen inquietudes profesionales. Además, creo que el matrimonio está mitificado: fíjate en Gilda. Yo nunca la he visto tan activa como desde que quedó viuda de su segundo marido. Hace quince años no era tan... extravagante.

—No creo, señorita Joyner, que Gilda sea su ejemplo a seguir. Por muy extravagante que me la dibuje. Hágame caso a mí y búsquese un marido que la quiera.

El lunes por la mañana Olivia se despertó ansiosa. Arrancó del calendario que tenía colgado en la pared de su habitación la papeleta que ponía 21 de marzo de 1953 y dejó a la vista la del 22 de marzo. El día anterior no se había fijado en que ya era primavera, pero ahora no solo lo vio, sino que lo sintió, como si muchas flores le crecieran dentro. Esa sensación se llamaba entusiasmo, ilusión, esperanza, y llegaba hasta la comisura de sus labios para dibujarle una sonrisa. Como si una nueva época se abriera para ella.

Se duchó después de desayunar y, a continuación, se puso el vestido azul marino que había escogido el día anterior tras muchas dudas. El cuello estaba abierto hasta el inicio de los hombros y las mangas largas se ceñían con botones a sus muñecas. Era ajustado al cuerpo hasta la cintura, que rodeaba un cinturón con una gran hebilla redonda

central. La falda, de circunferencia completa, se abría con una caída flexible hasta los tobillos. También se calzó unos zapatos de tacón moderado de color amarillo, del mismo tono que el abrigo, y escogió un bolso en azul oscuro. Antes de darse por satisfecha, dudó sobre el color de los guantes, pero finalmente optó también por unos amarillos. De todos los que se había probado que pudieran dar una impresión de persona elegante, Annie le aseguró que era el par que mejor le quedaba, aunque ella hubiera optado por llevarlos del mismo color que el vestido. Antes de salir, se miró en el espejo y colocó tras su oreja un mechón de su melena castaña que se empeñaba en tener vida propia.

Estaba nerviosa, pero también satisfecha. Sabía que en su carpeta llevaba un trabajo bien hecho y, además, era la primera en presentarle el proyecto a la señora Brinicombe. Y eso, si lograba impresionarla, era una ventaja, porque ya no miraría los demás con los mismos ojos.

Sin embargo, cuando llegó se sintió insegura. Heidy Brinicombe la miraba apenada desde la mesa de su despacho y Olivia pensó que eso no era un buen presagio.

La observó bien. La señora Brinicombe era una mujer que conservaba su belleza, a pesar de haber sobrepasado los cuarenta. Era alta, estilizada y no solo vestía ropa elegante, sino que todos sus gestos también lo eran. Llevaba el cabello rubio recogido en un moño informal y unos mechones sueltos la hacían parecer más joven. Al principio tardó en hablar. Parpadeaba nerviosa y no sabía cómo empezar, finalmente, cuando Olivia ya se hubo sentado, lo hizo.

—Lamento mucho no haber podido avisarla, señorita Joyner. He llamado a su oficina y su secretaria me ha dicho que vendría directamente aquí. Cuando la he telefoneado a su apartamento, ya era demasiado tarde.

—¿Avisarme de qué? Si está usted ocupada, puedo esperar, no me

importa...

—No, no es eso. No estoy ocupada, solo es que ya me he decidido por uno de los proyectos y estoy cancelando todas las entrevistas. Lamento que haya tenido que venir...

—¿Ya se ha decidido por uno? —la interrumpió—. Pensé que hoy empezaba a verlos... Y pensé también que yo era la primera en poder entrevistarme con usted y defender mi trabajo —dijo al tiempo que dejaba la carpeta sobre su mesa y la miraba a la espera de un comentario que la corrigiese.

—Así era. Y no sé cómo disculparme. Llevo toda la mañana anulando el resto de citas, pero en su caso no he podido hacer nada. Lamento haberla hecho venir hasta aquí para nada.

—No me molesta haber venido hasta aquí... Pero he invertido muchas horas y mucho trabajo en este proyecto. No puede decirme ahora que ni siquiera va a verlo. Piense en las noches en vela, las ilusiones, el esfuerzo...

—Y me gustaría compensarla por ello, se lo aseguro, señorita Joyner, pero no sé cómo.

—Pues échele un vistazo a lo que yo le presento y, si efectivamente piensa que el otro es mejor, rechácame. Sé perder, pero no sé quedarme sin luchar.

Heidy Brinicombe bajó los ojos y alcanzó la carpeta. La abrió y la ojeó. Al principio sin ganas, más bien con la intención de no ofender más a la señorita Joyner o de no observar su mirada de decepción. Pero a medida que fue pasando las páginas del proyecto, sus ojos se abrieron más y luego comenzaron a delatar cierto pesar.

—Es precioso. Funcional, elegante y bonito, tal como había pensado. Ha sabido captar la esencia del entorno y de la tradición y, sin embargo, se ve moderno.

—¿Le gusta más que el que ha escogido? —preguntó Olivia

esperanzada.

—Si le soy sincera, señorita Joyner, todavía no he visto el proyecto que he contratado —admitió con un suspiro, aunque enseguida se arrepintió de haberle dado esa información.

—¿Cómo que no lo ha visto? ¿Y con qué criterio lo ha escogido? ¿Y por qué, si es así, nos niega a los demás la posibilidad de competir?

La señora Brinicombe volvió a suspirar y dudó antes de hablar.

—Ha sido una decisión basada en aspectos personales. No podía ser de otra manera. No tiene nada que ver con la calidad de su proyecto, señorita Joyner. Ha hecho usted un buen trabajo. Ha pensado en todos los detalles. Me encantan los cuadros que ha elegido para decorar el salón principal —comentó al tiempo que cogía una fotografía en color de uno de los lienzos y lo contemplaba detenidamente—. Es usted muy buena.

—Si ya lo tenía decidido, no entiendo por qué ha jugado usted con mis esperanzas y mi tiempo, al igual que con las esperanzas y el tiempo de los demás, aquellos cuyas entrevistas está anulando.

—Tiene derecho a enfadarse, es cierto, pero le aseguro que se trata de una situación que me ha sobrevenido. No le voy a dar detalles, es algo personal y considero que no le interesa a nadie. Cuando pedí propuestas, no tenía ni idea de que esto iba a ocurrir. Pero la vida no puede preverse, a veces suceden cosas que lo cambian todo. Lo lamento, lo lamento mucho. Solo quería consolarla diciéndole que es usted una gran profesional.

—No me consuela, señora Brinicombe.

—Me lo imagino. De todas formas, quería que usted lo supiera. O yo necesitaba decírselo. Y le aseguro que, si en algún momento decido hacer otra remodelación o redecorar mi casa, contaré con usted. ¿Me permite que me quede con la fotografía de este cuadro? No entiendo mucho de arte, pero es realmente decorativo.

Olivia se la entregó de mala gana al tiempo que empezaba a recoger los documentos que estaban sobre la mesa y los devolvía a la carpeta.

—Espero que le hagan algo bonito. El hotel es precioso y está muy bien situado —comentó resignada.

—Estoy muy orgullosa de él. Lo quiero casi tanto como a un hijo. — Aunque no reconoció que a un hijo se le quiere más, y que ese era el motivo por el que ahora estaba ignorando las propuestas que había solicitado.

—¿Puedo, al menos, saber qué firma va a encargarse de todo?

—¿Cambiaría algo esa información?

—No, supongo que no, pero a una derrotada le gusta saber quién la ha vencido.

—Las circunstancias, señorita Joyner, solo las circunstancias. No creo que el proyecto de Oscar Hancock logre gustarme tanto como el suyo.

Tres

¡Hancock! ¡Otra vez Hancock! Durante el resto del lunes, Olivia no se pudo quitar ese nombre de la cabeza. A pesar de que aquella tarde tuvo la visita del comercial de telas, no consiguió centrarse en las muestras ni pudo decidirse por ninguna. La renovación del apartamento de Arthur Higgins, que en esos momentos era su único trabajo en marcha, tendría que esperar.

No le sirvieron de nada los consuelos de Annie ni la tarta de chocolate que le había preparado para celebrar su victoria, o para suavizar su pena si ocurría lo peor. El nombre de Hancock se atravesaba en su cabeza por mucho que tratara de ahuyentarlo.

—¡Ay, muchacha! Ningún hombre merece que esté así por él.

—No es un hombre, Annie, es un monstruo.

—Los monstruos dan menos miedo que cierto tipo de hombres, créame. Y cuando digo hombres, también me refiero a algunas mujeres. Sin duda, la señora Brinicombe no se ha portado bien. No debería haber dado esperanzas al resto de proyectos si ya había escogido uno.

—No, no se ha portado bien. Es tan culpable como él. Y, sin embargo, casi diría que la he visto apenada, como si se tratara de algo contra su voluntad.

—¿Cómo va a ser contra su voluntad? Ella es la dueña, la que tiene el dinero y la que decide. No, señorita Joyner, no exima a la señora Brinicombe. A no ser que ese hombre la haya hechizado. Mi abuela conocía modos de hechizar. Y de maldecir. Tal vez alguien le ha echado

a usted una maldición.

—Mi maldición tiene un nombre, Annie, y es Hancock.

Aquella noche Olivia durmió inquieta y con muchas ideas en su cabeza. Pero el martes, cuando llegó a su discreto despacho, en Chelsea, nada más ver a su secretaria, se dirigió a ella y le pidió:

—Meg, busca a un detective privado. Cítalo cuanto antes en mi despacho.

—¿Un detective privado?

—Sí, eso he dicho, y no me mires así. No creo que sea tan difícil encontrar uno en la guía de teléfonos. O, si no, baja a comprar cualquier periódico. Algunos se anuncian en ellos.

—¿Y para qué quieres un detective privado?

—¿Para qué? ¿Para qué va a ser? —respondió enojada, aunque no con Meg—. Estoy convencida de que ese tipo no juega limpio.

—¿Qué tipo?

—¡Hancock! ¿Quién va a ser?

—¡Ah! ¡Otra vez Hancock!

—¡Sí, otra vez él! Y yo estoy dispuesta a averiguar cuáles son sus métodos. Aunque me cueste el salario de un detective privado. La señora Brinicombe firmó con él sin ni siquiera haber visto su proyecto. Aquí hay gato encerrado.

En el despacho privado de sus oficinas, Oscar Hancock volvió a mirar otra vez la fotografía del cuadro que le había pasado Harry. Le pareció una mancha de colores sin mucho sentido, aunque, visto de lejos, tal vez pudiera tratarse de un extraño atardecer.

—Lo cierto es que no tengo mucha idea de pintura. No sé de quién puede ser.

—Pues hay que averiguarlo. Heidi Brinicombe me llamó ayer por la

tarde y me pidió que fuera a visitarla. Insistió en que quería esos cuadros para decorar el hotel. Por lo visto, el proyecto de Joyner era impresionante. Y unos quince cuadros como este estaban incluidos en él. Debemos conseguirlos.

—¿Dudas del nuestro?

—No, no es eso. Pero creo que en este punto debemos ceder. Hay que conseguir a ese pintor y que nos venda los cuadros. O que pinte para nosotros algo similar si ya los ha vendido. Si no lo hacemos, podemos quedarnos sin proyecto.

—¿Tanto le gustaron que, si no hay cuadros, está dispuesta a que su hijo vaya a la cárcel?

—Las mujeres son caprichosas. Y esta debe de serlo más que otras, porque, en lugar de delegar, cuando quedó viuda decidió llevar las riendas del hotel. Ahora hay algunas que pretenden ser empresarias en lugar de quedarse en casa, que es donde deben estar —alegó—. Pero creo que en este caso no se trata solo de un capricho, sino de una reafirmación. Es más una cuestión de sentir que aún queda algo que depende de ella, que es ella la que está al mando. Brincombe no es una mujer fácil.

—Pero es una madre.

—De todas formas, nosotros no habíamos concretado qué tipo de cuadros iban a ir en ese lugar. ¿Qué más nos dan unos que otros? Creo que en este punto no nos costará nada satisfacerla. Le aseguré que así sería. Y ahora no puedo echarme atrás.

—De acuerdo, de acuerdo. No le voy a poner pegas a eso, pero hay que averiguar quién es el autor. Aquí solo pone las iniciales.

—No habrá tantos pintores que se llamen así. O, si no, buscamos a un falsificador. No debe de ser tan difícil, los hay a patadas. Y más con este tipo de pintura abstracta. Lo podría hacer hasta uno de mis hijos.

—Me temo que, si Heidy Brincombe se ha empeñado en ellos, es

posible que conozca al autor. Tal vez sea un familiar o un pintor al que admira desde hace tiempo. No, nada de falsificaciones, no hagamos más trampas. Podría descubrirnos.

—Pues ya le había cogido el gustillo a esto de hacer trampas...

—Tengo una idea mejor. ¿Por qué no hablamos con Joyner?

—¿Y qué le vas a decir: «He jugado sucio para robarte el proyecto y ahora necesito tu ayuda»? —preguntó con exageradas muecas.

—No, claro que no. Pero es cierto que hemos jugado sucio y tal vez ese Joyner tenga ideas interesantes. Me estoy planteando ofrecerle colaborar con nosotros.

—¡Oh! Creo que a eso lo llaman remordimientos, Hancock. ¿Y para esto montamos el circo del sábado?

—Tal vez, sin ese circo, no hubiéramos conseguido el proyecto. Y, al fin y al cabo, sabes que no busco dinero, sino que se trata de algo sentimental. Que le ofrezca colaboración a Joyner no implica que yo no lleve las riendas de la remodelación. Y, así, conseguimos los cuadros de una forma limpia.

—¿Puedo decir algo para convencerte de lo contrario?

Oscar Hancock entró en las oficinas de la competencia decidido a negociar la colaboración. Sin embargo, al entrar, vio que aquel lugar era muy pequeño, nada que ver con su negocio, que ocupaba toda la planta de un edificio lujoso. Aquí solo había una pequeña recepción en la entrada y una puerta más atrás. Una joven de lentes gruesas, morena y de pelo corto y rizado levantó la cabeza de la única mesa y lo observó.

—Buenos días —saludó él al tiempo que se quitaba el sombrero—, busco a Joyner.

—¡Ah! Usted debe de ser Jack Bradley, el detective privado. Lo está

esperando en el despacho —dijo señalando hacia una puerta.

Hancock estuvo a punto de deshacer la confusión, pero no pudo, porque la joven continuó hablando.

—No está de buen humor. Me temo que, hasta que no logre cazar a ese Hancock, no iré a mejor.

—¿Cazar a Hancock? —preguntó él, sorprendido.

—¡Oh, sí! Ahora se lo explicará. Ese hombre se ha convertido en su demonio particular y usted va a ser el encargado del exorcismo.

Hancock dudó un momento tras escuchar esas palabras y, a continuación, se limitó a agradecer la información con una sonrisa. Decidido a averiguar por qué alguien le ponía un investigador privado, se dirigió a lo que parecía ser un despacho.

La puerta estaba entreabierta y se asomó. Una mujer de cabello castaño claro estaba sentada ante una mesa, donde había unos documentos esparcidos y una hoja que ella se dedicaba a garabatear de forma compulsiva. Por lo visto, había otra estancia, porque Joyner no se encontraba allí.

—Creo que el señor Joyner me está esperando —dijo Hancock en lugar de presentarse, pues acababa de olvidar el nombre del detective con el que lo había confundido la recepcionista.

—¿Es usted Jack Bradley? —le preguntó ella al levantar los ojos y mirar fijamente a los suyos con cierto escepticismo.

—El mismo —sonrió agradecido por la aclaración.

—Siéntese, por favor. Sé que se trata de un encargo atípico, pero confío en que no le lleve mucho tiempo averiguar lo que deseo —dijo nerviosa—. Yo soy Olivia Joyner.

Esa fue su segunda sorpresa. No había esperado que Joyner fuera una mujer. Y una mujer bastante bonita, por cierto. Se fijó en sus largas pestañas y sus grandes ojos cuando ella lo miró. Sin embargo, esa mujer de aspecto inofensivo debía de ser una harpía, ya que, según su

secretaria, se había declarado su enemiga. Un demonio disfrazado de ángel. Hancock obedeció y se sentó en la silla frente a su mesa verdaderamente intrigado. Por suerte, iba a jugar con ventaja.

—¿Ha oído hablar de Oscar Hancock? —le preguntó Olivia.

—En la vida —afirmó él procurando no reír.

—¡Oh! Eso le dolería. Me temo que es un tipo arrogante y engreído que se cree que todo el mundo debe conocerlo.

Hancock la observó divertido, aunque mantuvo el semblante serio.

—Pero supongo que usted va a decirme quién es y qué quiere de él. O de mí.

—Es el director de una firma de decoración que lleva su mismo nombre. Creo que es arquitecto, pero ese no es un dato importante. La cuestión es que sé que ha conseguido que Heidi Brinicombe apruebe su proyecto para remodelar el Eden Hotel. Y no ha jugado limpio conmigo. Ella misma me reconoció que ni siquiera pensaba ver el resto de proyectos. —Olivia hablaba atropelladamente, como si procurara no dejarse ningún detalle—. Ayer empezaba las entrevistas con el resto de competidores y las anuló todas. Excepto la mía, pero fue porque no me localizó a tiempo. ¿Me entiende?

Hancock arqueó una ceja y ella continuó.

—Quiero decir que fue algo improvisado, algo que tuvo que haber sucedido ese fin de semana. Mi entrevista era a primera hora, por eso no pudo cancelarla a tiempo. Si hubiese sido algo previsto, me habría localizado antes. Además —resopló mirando al techo—, Heidi Brinicombe me confesó que la decisión respondía a un asunto personal, no a una cuestión de calidad. De hecho, ni siquiera conocía la propuesta que Hancock iba a presentarle ni si iba a gustarle.

—Si la firma Hancock es tan famosa como usted dice, tal vez la señora Brinicombe haya pensado que eso dará prestigio a su hotel —fingió especular él.

Olivia se levantó de su asiento y comenzó a caminar de un lado a otro. Llevaba una falda estrecha de color caqui oscuro que le llegaba hasta debajo de las rodillas y una blusa blanca metida por dentro de la falda, de tal manera que su cintura y su cadera quedaban bien marcadas. Hancock observó complacido su figura y estuvo a punto de sonreír, pero supo que no debía.

—No. Ya es el tercer proyecto que logra arrebatarme. Y este —dijo al tiempo que señalaba los documentos desperdigados sobre su mesa— es un buen trabajo, señor Bradley, un muy buen trabajo, al igual que lo era el que presenté al señor Gilmour. Estoy convencida de que Hancock usa alguna artimaña para pasarme por encima.

—¿Cree usted que es un asunto personal? ¿El señor Hancock y usted se conocen? ¿Tal vez tuvieron una relación y... —sugirió cada vez más entretenido por lo que estaba ocurriendo.

Ella se giró de inmediato y lo observó indignada.

—¡No se atreva a insinuar eso, señor Bradley! No lo he visto jamás. Ni quiero conocerlo. La sola idea de pensar que él y yo hubiéramos podido tener una relación me pone los pelos de punta. ¡No lo querría en mi vida aunque fuera el último hombre sobre la faz de la tierra!

—No puede decir eso si no lo conoce. Tal vez sea un tipo atractivo, carismático e incluso interesante. —La provocó con cierta satisfacción, aunque una vez más tuvo que reprimir una sonrisa sardónica.

Olivia se quedó quieta, apoyó las manos sobre la mesa y lo miró severamente.

—No necesito conocerlo para saberlo. No me gustan los tipos como él, me gusta la gente que confía en su esfuerzo y en el trabajo bien hecho para lograr sus fines, no la que usa artimañas.

—Aún no sabe si ha sido así.

—Estoy convencida. Y esa, señor Bradley, es su misión. Necesito pruebas que confirmen mis sospechas para demostrarlo públicamente,

porque, como comprenderá, esto merece aparecer en portada de todos los periódicos.

Hancock silbó para expresar que sus aspiraciones eran muy altas.

—Si no confía en sus posibilidades —añadió ella al ver su reacción—, contrataré a otro detective. Estoy dispuesta a llegar hasta el final.

—Estoy convencido de que soy quien mejor puede contarle lo que desee saber sobre Hancock, señorita Joyner. Sin embargo, me sorprende que lo acuse de jugar sucio y usted contrate mis servicios para espiarlo. Eso tampoco me parece muy limpio.

—Ese tipo no merece mi consideración, señor Bradley. Espero que no tenga escrúpulos ante alguien así.

—Puedo prometerle que, si conociera mi último trabajo, no pensaría que mis escrúpulos son un obstáculo —comentó divertido al recordar la trampa que le había tendido a Heidy Brinicombe.

Olivia lo miró con cierta suspicacia, pero la seguridad que vio en él la convenció.

—Entonces, doy por hecho que tenemos un trato —dijo al tiempo que le tendía su mano—. Llámeme Liv.

Hancock también tendió la suya y se la estrechó.

—Y yo espero que usted me llame Jack.

—Bien, Jack, ¿ha entendido lo que le he pedido?

—Punto por punto. ¿Me permite que le eche un vistazo a su proyecto? —dijo al tiempo que, después de soltarle la mano, alargaba un brazo hacia uno de los planos sin esperar permiso. Tras mirarlo durante un minuto, comentó—: El espacio está muy bien aprovechado.

—Para entenderlo, debería haber visto el hotel.

—Lo conozco. Una vez hice un trabajo allí. Y esta fotografía ¿qué es? —añadió mientras cogía la imagen de uno de los cuadros que le interesaban.

—Es uno de los lienzos con los que pensaba decorar el comedor. A

Heidy Brinicombe le gustaron.

—Es una pintura muy interesante. ¿Quién es el autor?

En ese instante, el teléfono del despacho sonó y Olivia se despidió.

—Disculpe —se justificó—. Meg le pasará los datos que tenemos sobre Hancock.

Y, a continuación, descolgó.

Cuatro

Cuando Hancock salió de allí, Meg corrió hacia el despacho de Olivia y esperó a que colgara el auricular. En cuanto vio que acababa su conversación telefónica, no pudo refrenar su entusiasmo.

—¡Qué hombre más atractivo! ¿Y este va a ser tu detective?

—Sí, bueno, tal vez sea atractivo —admitió—, pero yo solo espero que haga bien su trabajo —comentó aún ofuscada.

—Si no estuviera prometida con Miles, te aseguro que le pondría ojitos. No deberías dejar pasar la oportunidad.

—Pero estás comprometida con Miles y eres mi secretaria. Espero que te portes de un modo correcto y profesional. Y yo no busco las oportunidades en el trabajo. No me gusta mezclar.

—Tal vez por eso sigues soltera —añadió entre dientes.

—¿Cómo dices?

—Que nunca has tenido queja de mí. Y me he portado bien. Me he limitado a anotar su nuevo teléfono.

—¿Nuevo?

—¿No te lo ha dicho? Se está cambiando de despacho, por lo visto su negocio va bien. A partir de ahora, tienes que llamarlo a este —dijo al tiempo que le entregaba una nota—. El otro lo va a dar de baja.

—Bien, pues no lo pierdas. No pienso cesar en mi empeño de descubrir qué esconde Hancock.

—Si lo vas a llevar a cabo con el señor Bradley, me parece una buena noticia. Aunque creo que estás tan enfadada que ni te has dado cuenta.

—No estoy enfadada, Meg, estoy indignada. Todo lo relacionado con

Hancock me indigna.

Hancock llegó al final de la escalera y, al salir del portal, se cruzó con un hombre de estatura media, vestido con gabardina clara y sombrero de alas ahuecadas. Se miraron un instante y Hancock de pronto tuvo una intuición.

—¿Es usted Jack Bradley? —le preguntó.

El hombre lo miró de arriba abajo y respondió:

—¿Quién lo pregunta?

—Soy Joyner. Lo estaba esperando.

—¡Ah! Pues no lo parece. Yo diría que usted iba a marcharse.

—Pensé que llegaría antes.

—Ya —comentó malhumorado el detective al tiempo que miraba su reloj.

—De todas formas, he dejado un recado para usted a mi secretaria. Verá, ya no voy a necesitar sus servicios. Todo ha sido un error, un malentendido de pareja. Mi socio pensaba que su esposa había desaparecido y resulta que ella se había ido unos días a casa de su madre. Ya sabe cómo son los matrimonios que llevan años casados, se hablan, pero no se escuchan.

—¿Y por qué no llamó a la policía? En el caso de una desaparición, no veo necesario contratar a un detective privado. Y menos si es para hacerlo venir y luego marcharse sin nada.

—Lo de la desaparición ha sido un tema delicado. Con terceras personas por medio, ¿me entiende? —comentó al tiempo que sacaba unos billetes de su cartera y se los ofrecía al detective—. Pero ya está todo solucionado. Lamento haberle hecho venir.

—No ha sido ninguna molestia —aseguró el detective al tiempo que se guardaba los billetes en el bolsillo de la gabardina con una sonrisa de

complacencia. Sin duda, su humor acababa de cambiar—. Para cualquier cosa que desee...

Jack Bradley aprovechó para tenderle una tarjeta.

—No se preocupe, para cualquier cosa que desee contaré con usted. — Le sonrió Hancock al tiempo que guardaba la tarjeta en un bolsillo de su chaqueta—. Gracias por su comprensión.

El día era claro y soleado, pero todavía no podía decirse que primaveral. Sin embargo, el aire frío no parecía entumecer a Hancock, que, en cuanto aparcó su Mercury *coupé*, entró en el edificio en el que se encontraban sus oficinas de forma enérgica y concentrado en lo que acababa de ocurrir. Esperó al ascensor sin ser consciente de que ya estaba allí, hasta que alguien que acababa de llegar se lo indicó. Ni siquiera saludó a los empleados al entrar. Harry Sanders, al verlo, lo siguió hasta su despacho y, una vez allí, le preguntó si había conseguido el visto bueno de Joyner de cara a colaborar con ellos. Hancock le indicó que cerrara la puerta y le contó de un tirón todo lo ocurrido. A cada palabra, los ojos de Harry parecían crecer más.

—¿Que Joyner es una mujer? ¿Que iba a contratar a un detective privado para investigar nuestras artimañas? ¿Que te has hecho pasar por ese detective? —preguntó casi a modo de exclamación—. Si no toco esa bombilla, me va a ocurrir algo terrible —añadió al tiempo que levantaba y se acercaba a la lámpara de pie que había a un lado del despacho.

Al tocar la bombilla, emitió un grito por el calambre que recibió.

Mientras Hancock colgaba el sombrero y el abrigo en el perchero, se volvió hacia él y le dijo:

—Gracias por hacerme ver que tiene mala conexión. Le diré a Prudence que llame a un electricista para revisar los enchufes.

—Siempre me admira tu compasión —ironizó Harry al tiempo que agitaba su mano como si así pudiera aliviar el dolor.

—Es mejor prevenir que compadecer.

—¿Y qué vas a hacer?

—No tocar bombillas hasta que no revisen toda la instalación eléctrica.

—Me refiero al asunto de Joyner...

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Fingir que soy Jack Bradley y aprovechar la situación para averiguar quién es el autor del cuadro. Si no hubiera sonado el teléfono...

—¿Y si aparece el verdadero Jack Bradley?

—Eso ya está solucionado. Tus *amigos*, los billetes —respondió al tiempo que se tocaba el bolsillo en el que guardaba su cartera—, son un recurso efectivo.

—¿Y te vas a espiar a ti mismo? —cuestionó con una expresión exageradamente dramática— ¿Y si no ve resultados y contrata a otro detective?

—¡Oh, vamos, Harry! Solo quedará una vez con ella, averiguaré el nombre del pintor y a partir de ahí me importa un bledo que descubra quien soy.

—¿Y cómo ha sabido ella que estamos jugando sucio?

—Eso es lo que más me preocupa. Pero me parece que no lo sabe, que solo es una intuición.

—Pues aprovecha tu papel para quitarle esa intuición de la cabeza.

Hancock frunció el ceño y sus ojos se detuvieron un momento sobre la lámpara de pie. Tras reflexionar un instante, añadió:

—Con mi papel, solo se lo estoy reafirmando, Harry. Es posible que, cuando descubra quién soy, tengamos un ejército de investigadores privados acechando en cada esquina. Entonces no habrá que revisar solo las bombillas, sino también comprobar que no tengamos

micrófonos ocultos.

—¿Y qué solución se te ocurre para eso?

—No lo sé —dudó—. Tal vez deba prolongar mi engaño y mantenerla entretenida un tiempo. Al menos, lo que dure la remodelación.

—¿Y crees que podrás mantener ese engaño?!

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Prudence, que justo en esos momentos entraba en el despacho—. He oído un grito y me he asustado.

—¿Sabes qué ha hecho tu jefe? —dijo Harry a modo de pregunta retórica.

Prudence miró a Hancock y se quedó a la espera de una respuesta.

—Oye, Prudence, si llama alguien preguntando por Jack Bradley, finge que trabaja aquí y pásame la llamada. Y avisa a un electricista para que revise toda la instalación eléctrica.

—Un electricista, de acuerdo. Pero ¿por qué habéis gritado? Y ¿quién es Jack Bradley? Creo que voy a necesitar un trago.

—Él —señaló Harry.

—Yo —respondió Hancock al mismo tiempo—. Y no necesitas ningún trago.

—¡Ja! ¡Y yo soy Jane Russell! —se burló Prudence.

Harry le explicó lo sucedido, aunque Hancock matizó alguna exageración. Prudence miró a su jefe divertida y añadió:

—¿Vas a tener dos personalidades? Porque si luego veo doble, no digas que es porque he bebido.

—Solo va a ser durante un tiempo. Así que no metas la pata, Prudence, y olvídate de esos tragos. Tienes que estar bien despierta y saber reaccionar si alguien pregunta por mi otro yo: Bradley, ¿lo recordarás?

—¿Te he fallado alguna vez?

—Bien, porque esto es importante. Si la señorita Joyner supiera quién

soy, no tendríamos ni una posibilidad de averiguar de quién son los cuadros. Y Brinicombe quiere esos malditos cuadros. ¡Pero qué enrevesadas sois las mujeres!

—¡Eh, amigo! No vayas por ahí —le regañó Prudence—. Yo estoy de tu parte, pero no me provoques.

—Perdón.

—De eso, nada. Si quieres que te perdone, me tendrás que invitar a una copa. Y aún no me habéis dicho por qué había gritado Harry.

Olivia Joyner pagó al taxista y bajó del coche en Baxter Steet, en Little Italy. Se acercó a un portal, sacó una llave del bolso y abrió la puerta. La escalera era estrecha y no había ascensor. Cuando llegó al tercer piso, a pesar de que también tenía llave, prefirió llamar.

La puerta se abrió levemente porque la cadena de seguridad estaba puesta. Tras ella, solamente se dejaba ver la mitad del rostro de una mujer mayor.

—¡Oh! ¡Hola, Liv! No te esperaba.

—Hoy es miércoles, Gilda, y todos los miércoles vengo a verte. ¿Dónde tienes la cabeza?

—No sé si estoy muy visible —dijo al tiempo que quitaba la cadena y abría la puerta del todo.

Olivia la miró mejor. Llevaba el cabello teñido de rubio platino, unos rizos de peluquería y una bata de satén de color rosa.

—¿De qué te has disfrazado? —le preguntó.

—¡Oh! No es un disfraz. Me estoy haciendo unas fotografías artísticas.

—¿Desnuda? —se escandalizó Olivia.

—No, no. Llevo un maillot plateado. ¿Te gustan los flecos? —dijo al tiempo que se abría la bata y contoneaba las caderas—. Las fotografías de desnudos ya las hicimos ayer.

—¿Hicimos ayer? ¡¿No estarás hablando en serio?!

—¡Oh! ¡No lo digas así, como si fuera algo malo! Ya te he dicho que son fotografías artísticas. Además, vas a ofender a François — respondió al tiempo que se dirigía al salón.

—¿Quién es François?

Escuchó unos ruidos en la otra estancia.

—El fotógrafo, ¿quién va a ser?

Cuando entraron en el salón, un hombre pequeño, enjuto y afeminado saludó a Olivia. Estaba colocando unas sábanas rojas de seda sobre un sofá. Tras él, había una cámara sobre un trípode.

—*Bonjour, mademoiselle* —la saludó.

Olivia respondió al saludo con un gesto y enseguida lo ignoró para hablar con su abuela.

—¿Y para qué quieres este tipo de fotografías, Gilda?

—¡Oh! Pienso llevarlas a una oficina de representación de artistas.

—¿Otra vez con eso? Ya te has presentado a dos procesos de selección y te han dicho que buscaban mujeres más jóvenes.

—No, en esas ocasiones me presenté directamente ante los productores y me rechazaron porque no tenía un buen representante. Además, François es muy bueno. Sabe sacar lo mejor de una mujer.

—No lo dudo, pero ¿es que no te vas a centrar nunca? Entendí que te empeñarás en hacer madalenas de chocolate para el concurso del barrio, pero luego quisiste montar una tienda de reparto a domicilio y no te funcionó. Meses después te dio por pintar, esto siempre olía a óleo, y acabaste acumulando una serie de lienzos de los que no puedo desprenderme.

—Es arte, querida.

—Probaste en un serial de la radio y no funcionó.

—Esos días estuve afónica. Fue muy mala suerte —se lamentó.

—Y luego has ido de productora en productora como si fueras una

camarera en Hollywood.

—¿Y qué hay de malo en ello?

—¿Que dentro de dos meses cumples setenta años?

—¿Y qué tiene que ver eso?

—Pues que ya no son cosas para tu edad, Gilda Filardi. Deberías hacer punto o centros de flores, como las demás.

—Las demás hacen centros de flores para las bodas de sus nietas y ganchillo para la ropita de sus bisnietos —le reprochó su abuela—. Y me temo que tú no vas a darme nada de eso. En lugar de preocuparte por que yo esté viva, deberías preocuparte de que tú solo vivas para tu trabajo, Olivia Joyner. Y eso no es bueno. Es como estar enterrada. Como tú has dicho, cada edad tiene sus cosas y tú te estás perdiendo las de la tuya.

—No empieces, Gilda... Ya sabes que a mí también me gustaría casarme, pero a los hombres no les gustan las mujeres que trabajan.

—Yo más bien diría que a ti no te gustan los hombres que no admiran tu trabajo. Y que conste que esto lo has empezado tú. Siempre tienes algo que objetar sobre mis aficiones.

—¡Porque no son aficiones normales!

—¿No les gustaría hacerse una foto familiar? —las interrumpió el fotógrafo—. Tengo otro maillot dorado en la maleta.

Annie pasaba el plumero por los objetos decorativos del recibidor cuando Olivia entró.

—No le quites el polvo al cuadro de Gilda, Annie. Que se vea envejecido —dijo la joven al tiempo que echaba un mal de ojo al lienzo.

—¿Qué ha pasado, señorita Joyner? No la noto de buen humor.

—No sé qué hacer con Gilda. ¿No podría ser una abuela normal? Ni siquiera deja que la llame «abuela» porque dice que eso la envejece.

—Si fuera una abuela normal, no haría otra cosa que quejarse de reuma y fingir enfermedades para que usted la visitara más a menudo. Alégrese de que tenga vida propia y no se meta en la suya.

—Sí, supongo que, desde ese punto de vista, tienes razón. Recuerdo cuando le dio por concertarme citas a ciegas...

—Yo también lo recuerdo. No paraba usted de comprarse ropa y Annie tenía que pasarse el día planchando. Lástima que no las aprovechara.

—Veo que ahora eres tú la que intenta darme pena —le recriminó sin enfadarse—. Y el hecho de que me comprase ropa significa que sí procuré aprovechar aquellas citas, pero ya sabes que yo no logro gustar a los hombres.

—¡Claro! ¡Nunca ha querido que Annie la enseñe a cocinar! Yo pensé que con el señor Peter Maguire iba a llegar a algo. Estoy segura de que lo hubiera conseguido si supiera cocinar. A los hombres les gustan las que cocinan, cosen, cuidan de sus hijos y los consuelan cuando llegan a casa cansados de trabajar. No las mujeres que construyen cosas.

—Yo no construyo, embellezco. Y lo que les pasa a los hombres es que no soportan que una mujer tenga sus propios intereses y que no se limite a lustrarles los zapatos. Así era Peter, que solo buscaba una sirvienta y una madre para sus hijos.

—Es que eso es lo que buscan todos los hombres, señorita Joyner.

—Peter era... muy esnob. No me importó demasiado cuando dejó de llamarme. Yo no quiero ese tipo de hombres.

—Pero tampoco quiere quedarse soltera. Me temo que tendrá que elegir.

Olivia resopló y uno de los mechones que caía sobre su frente flotó un instante y volvió a bajar. Annie supo que le convenía cambiar de tema.

—Entonces, ¿puedo quitarle el polvo al cuadro?

—Haz lo que quieras —dijo al tiempo que se desprendía del abrigo y

lo dejaba en el perchero.

—¡Menos mal, señorita Joyner, porque ya lo había hecho!

Olivia relajó su tono.

—¿Sabes? Otra cosa por la que me duele haber perdido el proyecto de Heidi Brinicombe es por no haber podido colocar los lienzos de Gilda. Seguro que le habría hecho mucha ilusión.

Cinco

El jueves, Harry observaba con expresión concentrada la fotografía del cuadro que había interesado a Heidy Brinicombe.

—Ge, efe; ge, efe; ge, efe... No tengo ni idea de a quién corresponden estas iniciales. ¡En este país hay tantos nombres que empiezan por ellas!

—George Foster —comentó Prudence.

—¿Conoces al autor? —le preguntó Harry sorprendido—. No sabía que entendieras de pintura.

—Al autor, no. Pero supongo que a algún George Foster conoceré —respondió con desinterés—. Hay muchos americanos que se llaman así.

—No bromees, Prudence. Esto es serio. Esperemos que no se llame George Foster o no lo encontraremos nunca.

—Tal vez se trate de Glenn Ford... —añadió la secretaria con media sonrisa.

—Sí, seguro que no tiene nada mejor que hacer cuando no está rodando una película. Ge, efe... ¿quién puede ser?

Prudence estuvo a punto de añadir algo más, pero Harry la regañó con la mirada y la reprendió:

—Ni una palabra más a no ser que sea relevante o, si no, le diré a Hancock donde guardas la ginebra. Necesitamos averiguar quién es este pintor.

—Mientras tú lo averiguas, yo lo llamaré Gin Fizz —se burló Prudence.

Hancock, que en ese momento salía de su despacho y se acercaba hacia ellos, la miró divertido mientras Harry le dedicaba una nueva mirada de censura.

—¿Gin Fizz? —Hancock le guiñó un ojo.

—¿Y luego quieres que no beba? Si le ríes las gracias, la estás animando —le regañó Harry.

—Prudence no hará eso, ¿verdad? —le preguntó al tiempo que la miraba con ojos de cordero—. Me ha prometido que regresará a las reuniones de la Iglesia.

—Sí, y rezaré para que encontréis a Gin Fizz. —Y, a continuación, emitió una sonora carcajada.

—Deja de llamarlo así, que ya veo tus intenciones —dijo Harry—. Tú lo que quieres es ir preguntando por ahí por Gin Fizz y aprovechar las respuestas para cogerte una cogorza.

Prudence, en lugar de responder, le arreó una colleja y le regaló una sonrisa. Hancock comenzó a reír mientras Harry se pasaba la mano por el cuello dolorido y miraba sorprendido a la secretaria.

—No tiene gracia, Hancock —reprochó a su compañero—. Te recuerdo que tenemos que averiguar el nombre de un pintor y por el momento solo lo hemos disfrazado de combinado de ginebra.

—Tal vez no por mucho tiempo. Mañana pienso quedar con la señorita Joyner. Es posible que la invite a cenar.

—¿A cenar? —se extrañó Prudence.

—No quiero arriesgarme a pisar mucho sus oficinas. Podría encontrarme a un cliente o a alguno de los profesionales con los que trabajamos: encargados de carpintería, capataces, proveedores de materiales... No, no quiero exponerme a ser reconocido. Perdería toda oportunidad de que confiara en mí.

—¿Y no basta un café? Una cena es algo más íntimo.

—Esa es la idea —sonrió Hancock—. He averiguado que está soltera y

sin compromiso. Si consigo un ambiente de intimidad, tendré más posibilidades de que se relaje y me confiese el nombre del pintor. Si saco el tema, tiene que parecer que no tengo interés.

—¿Y con qué pretexto la vas a invitar a cenar? ¿Acaso quieres seducirla? —preguntó Harry.

—¿Seducir a una mujer que me pone un espía? ¡Ni loco!

Hancock no recogió a Liv en su casa, sino que la esperó directamente en el restaurante. El motivo no fue su orgullo herido, ya que él pensaba comportarse como un auténtico caballero, sino que ella no había querido que pareciera otro tipo de cita.

—No entiendo por qué no ha venido a mi despacho... —comentó la joven, suspicaz, en cuanto entró en el restaurante—. ¿Acaso Hancock está aquí y vamos a descubrir algo interesante sobre él? Lo cierto es que no sé si deseo o no verle la cara a ese hombre.

Hancock sonrió y la ayudó a quitarse el abrigo. Llevaba un vestido de raso con tirantes caídos que dejaban los hombros descubiertos, pensó que estaba preciosa. Él vestía un traje color plomo oscuro que sabía que le favorecía y, con seguridad, le susurró al oído:

—Sería interesante que estuviera aquí, pero me temo que nunca lo sabremos. De momento, todavía no conozco su rostro.

Olivia se estremeció por su cercanía. Consideró el gesto demasiado íntimo y, teniendo en cuenta que aún no entendía el motivo de esa cena, se sintió perturbada por un momento. Un camarero los interrumpió para acompañarlos hasta una mesa y los invitó a tomar asiento; ella se sintió más recuperada. Una vez sentados, Hancock se justificó:

—He pensado que no conviene que me vean en su despacho, Liv. Si voy a moverme por las dependencias de Hancock, no quiero que me

relacionen con usted. Puede que tengan clientes comunes o trabajen con las mismas empresas.

—No había pensado en eso... —admitió ella, reconociendo que había juzgado mal este encuentro. Sin embargo, desapareció cierta emoción que se había negado a reconocer y fue sustituida por una pequeña decepción que se reflejó en sus ojos. Él fue consciente de ello.

—Espero que no le haya molestado mi invitación...

—No. En realidad, estaba ansiosa de que me diera noticias. Espero que tenga algo interesante —se mintió a sí misma. En el fondo, hacía mucho tiempo que no se sentía mujer y un halago habría sido bien recibido.

—Tengo sospechas, aunque no las he podido confirmar. Pero estos días me he hecho una idea de la personalidad de ese tipo.

Un camarero se acercó para entregarles las cartas.

—¿Les sirvo algo de beber? —preguntó.

—Agua mineral —respondió Liv.

—Un vino blanco. Para los dos, olvídense del agua —añadió Hancock.

El camarero los miró con expresión de duda y Hancock añadió:

—La invitación corre de mi cuenta.

Olivia estuvo a punto de protestar, pero la forma de mirarla la desarmó. Sintió un extraño escalofrío y bajó los ojos para no evidenciarlo.

—Supongo que su negocio va mejor que el mío. Por suerte, Hancock no se dedica a hacer de investigador privado de una forma indigna, así que no lo tiene de competencia —respondió ella como si lo envidiara, aunque en realidad estaba nerviosa y hablar de su enemigo era lo único que le daba seguridad.

Hancock volvió a sonreír.

—Nunca niegue nada sobre ese hombre. Creo que es capaz de todo.

Antes de que esa sonrisa volviera a turbarla, Olivia decidió cambiar

de tema y centrarse en lo que debía interesarle.

—¿Y qué ha averiguado?

—He hablado con gente que lo conoce. No demasiado cercana, para que él no llegue a sospechar, y le aseguro que todos coinciden en que no tiene escrúpulos.

—Eso ya me lo imaginaba.

—Pero yo debía cerciorarme. Tal vez el proyecto de Hancock era mejor y a usted le hace falta autocrítica —volvió a burlarse él, aunque fingió hablar en serio.

—Ya le dije que la señora Brinicombe tomó la decisión sin ver ninguno de los dos —se defendió ella.

—Sí, pero yo trabajo con pruebas, no con especulaciones. Y tenía que asegurarme de que Hancock no es trigo limpio.

—¿Y qué pruebas tiene?

—Un testimonio repetido acaba tomando cariz de prueba incluso ante un tribunal. Y, en este caso, ya son varias las personas que me han confirmado que Oscar Hancock y Heidi Brinicombe han salido varias veces a cenar.

—Para hablar del proyecto...

—No, antes de que ella tomara la decisión.

—¿Quiere decir que son amigos?

—No, quiero decir que sospecho que Hancock la ha seducido para conseguir el proyecto. Heidi Brinicombe es viuda, seguro que está muy sola.

—No habrá sido capaz... —inquirió indignada y con los ojos muy abiertos.

—Por lo que he oído, ese hombre no ha tenido nunca relaciones serias y no es la primera vez que usa su atractivo para conseguir sus fines —lo dijo despacio, para estudiar la reacción de ella. Quería saber qué tipo de mujer era y, además, sentía cierto placer molestándola, aunque

para ello tuviera que mentir.

—¡Oh! ¡Si fuera mujer, eso tendría un nombre!

—Y lo tiene. Ese hombre es un canalla, sí.

—¡Me lo imaginaba! ¡Me imaginaba algo así! No que llegara hasta este punto, pero sabía que había algo que no era limpio —respondió al tiempo que con una mano jugaba involuntariamente con la servilleta.

—No es seguro. Solo sé que han salido juntos varias veces. Incluso en una de ellos fueron al teatro.

—¡No me esperaba eso de la señora Brinicombe!

—No todas las mujeres son como usted, Liv, honestas, trabajadoras y transparentes. Algunas se dejan llevar por sus instintos.

Observó su reacción. Notó cierta complacencia por parte de ella en esos halagos, aunque el estupor por la revelación fue un sentimiento que se impuso en su rostro. Le gustó también su indignación. Tenía un rostro expresivo, transparente y bonito. Muy bonito. El brillo de sus ojos destilaba un magnetismo que no podía cesar de observar. Pensó que, de no tratarse de su enemiga, podría perderse en ellos. Cuando bajó la mirada, la posó en sus labios y también le tentó pasar el dedo pulgar por su boca y perfilársela con él. Le apeteció horriblemente que ella jugara con su dedo y su lengua, y solo las palabras de ella lo hicieron reaccionar y evitaron que empezara a fantasear con besarla.

—Ella no daba esa apariencia.

—Es guapa, independiente y tiene dinero —procuró reaccionar—. No debe rendir cuentas a nadie.

—Si eso se supiera, la mala fama la salpicaría. Ella debe de ser, como mínimo, diez años mayor que él.

En esos momentos el camarero trajo la botella de vino, lo sirvió y les preguntó si ya sabían qué iban a cenar.

—Hoy les recomiendo el tournedó rossini —añadió.

—Pues tournedó para los dos —le indicó Hancock.

Olivia no estaba acostumbrada a que decidieran por ella y, en cuanto superó el desconcierto, notó que había cierta comodidad en ello. O era que Meg tenía razón, Jack Bradley era un hombre muy atractivo y la seguridad con la que se comportaba aumentaba esa sensación.

En cuanto el camarero se fue, Hancock volvió a dirigirse a ella:

—Si usted confía en mí, eso se sabrá. Y no será la mala fama de ella, sino la de él, la que saldrá en los titulares de todos los periódicos.

Olivia sonrió al imaginarse la escena.

—Verá, ya no es solo por usted, yo también soy un hombre tradicional a quien no le gustan ciertas conductas. Aquello que no aprobaría mi abuela, tampoco lo apruebo yo.

En esos momentos la orquesta interpretaba una versión instrumental de *Just a Gigolo* y Hancock hizo un esfuerzo por no sonreír ante la ironía. Ella, en cambio, sí sonrió, y por primera vez admitió que el hombre que tenía enfrente poseía algo especial.

—Bueno, yo no sabría qué decir de mi abuela, pero me gusta saber que hay hombres que aún piensan así —respondió.

—Y, a mí, que aún quedan mujeres con dignidad. Es usted muy especial, señorita Joyner —sonrió al tiempo que levantaba la copa para brindar mientras se sentía reconfortado por el color sonrojado que había aparecido en sus mejillas—. Me estaba preguntando si consideraría muy atrevido por mi parte que la invitara a bailar cuando terminemos de cenar.

—No veo objeción —respondió ella sin atreverse a mirarlo a los ojos. Alargó la mano hacia la copa de vino y él la imitó. Olivia se vio impelida a levantar la mirada y sonreír.

Ambos bebieron sin dejar de mirarse con complicidad. Ninguno de los dos volvió a mencionar el nombre de Hancock durante la cena y, aunque por distintos motivos, ninguno sintió interés en hacerlo. Ella se había olvidado de su antagonista y del motivo de este encuentro, y

él deseaba verla caer rendida a sus encantos. Esa victoria le produciría una gran satisfacción. Olivia se dejó llevar por la conversación y la risa y fue descubriendo una comodidad junto a Jack que no había sospechado que podía sentir con un hombre tan atractivo. Él galanteaba profesionalmente y procuraba mostrarle esa mirada que sabía que cautivaba a las mujeres. Sin embargo, no quería parecer demasiado descarado y, por momentos, fingía turbarse y quedarse embelesado con las palabras de ella.

Al terminar la cena, la invitó a bailar *Stricly Instrumental*, de Harry James, y ella recordó los pasos de *swing* que Gilda le había obligado a aprender unos años atrás. Pero en la siguiente canción la orquesta cambió notablemente el ritmo y, para su sorpresa, Olivia se vio envuelta entre los brazos de Jack mientras en su oído sonaba *Moonlight Serenade*, de Glenn Miller. Se sintió arrobada en un solo instante y tuvo la sensación de que se abandonaba demasiado en ese abrazo musical. Las palpitaciones de su pecho se adelantaban al ritmo de la orquesta y pensó que, por suerte, el ejercicio justificaría el color de sus mejillas. Finalmente, cerró los ojos y procuró relajarse. Hancock esbozó una sonrisa victoriosa al notar que ella se entregaba con una inocencia juvenil, y sintió en ese triunfo un placer desconocido. Pero notó algo más. Al ritmo de la música, le pareció que las reacciones de su cuerpo comenzaban a depender de los movimientos del de ella, como si la calidez de su cercanía prendiera una llama en su piel y como si cierta electricidad lo atravesara para recordarle su virilidad.

Tal vez la intimidad y la complicidad se volvieron en su contra, puesto que tras el baile, el rubor de Olivia delataba su timidez y Hancock, por su parte, notaba que empezaba a gustarle demasiado tenerla junto a su cuerpo. Era una joven atractiva y no debía olvidarse de que era su adversaria. Sin embargo, tenía que admitir que no era la harpía que en

un principio había pensado, sino que más bien parecía una joven inocente y, simplemente, apasionada de su trabajo.

—Deberíamos marcharnos, Liv —comentó con el semblante muy serio para huir de esas sensaciones. No podía bajar la guardia y, de seguir así, era probable que lo hiciera en algún momento.

Liv recobró la cordura de golpe y asintió. Notó cierta vergüenza en su actitud, se suponía que era una profesional, y ese encuentro era un mero intercambio de información. ¿Cómo era posible que lo estuviera confundiendo con una cita romántica? Se regañó a sí misma y se propuso ser más formal a partir de ese momento. Y nada de alcohol.

Sin embargo, esa noche, tuvo la sensación de agarrarse con demasiado vigor a la almohada cuando se acostó con una sonrisa que no llegó a borrarse de su rostro.

Cuando Hancock contó a Harry una versión resumida y sin detalles de la cena, este se sorprendió y le reprochó:

—¿Y no le preguntaste por el autor de los cuadros?

—Paciencia, amigo, todo se andará. Primero debo conseguir que se sienta cómoda conmigo. Además, esto es muy entretenido.

—¿Qué tiene de entretenido?

—¿No te parece gracioso? La misma mujer que desconfía de Hancock, confía en mí. Se supone que me odia y, sin embargo, soy su confidente y su apoyo. Su ingenuidad me parece algo muy placentero. Y no es que no sea una chica inteligente, pero ese brillo en sus ojos de credulidad en todo lo que digo...

—¿Placentero? —preguntó alarmado— ¡Oh, oh! ¿Es guapa?

—Es bonita... No del tipo de la pelirroja o de tu cuñada, sino que es menos ostentosa, pero también más delicada. Y tiene una mirada decidida que me gusta en una mujer. Y personalidad, me encanta su

entusiasmo. Pero no te estoy hablando de eso, sino del placer de sentir a mi enemiga rendida ante mí.

—¿Dices todo esto y no eres consciente del peligro?

—¿Qué peligro, Harry?

—¡Oh, Hancock! Si no vas con cuidado, me temo que podemos encontrarnos con el cazador cazado.

—No temas, solo es que esta situación tiene algo de divertida. No vayas más allá. En todo momento soy consciente de ante quien me encuentro.

—No le veo el lado divertido mientras no descubramos al pintor. Primero averigua el nombre, y luego ya decides qué hacer con Joyner, pero ahora no quiero que te despistes.

—No me he despistado, Harry, estoy modificando unas cosas del proyecto a sugerencia de la señora Brinicombe y ningunos ojos bonitos lograrán que me aparte de mi objetivo.

—¿Es una promesa?

—Soy tu jefe. No tengo nada que prometerte, pero puedo asegurarte que así será.

Prudence había escuchado la conversación detrás de la puerta y, cuando dio por sentado que no iban a añadir nada más que pudiera interesarle, entró.

—La señora Woodhouse quiere verte, Hancock. ¿La hago pasar?

—Sí, por favor. Harry ya se iba, ¿verdad?

Seis

—¡Oh, Liv! ¿Fue una cita? —preguntó Meg con entusiasmo en cuanto Olivia le contó que el viernes había cenado con Jack Bradley.

—¡Claro que no fue una cita! —respondió evitando mirarla a los ojos

—. ¡Qué cosas dices! Fue un encuentro de trabajo.

—¿En un restaurante? ¿Un viernes por la noche?

—No es lo que parece. En nuestras circunstancias, es mejor que no venga al despacho, podrían reconocerlo —se defendió, aunque no estaba muy convencida de que su rubor ayudara a ello—. ¿Y sabes qué me contó?

—No, ¿qué?

—Que Heidi Brinicombe y Hancock tienen encuentros furtivos.

—¿Quieres decir de carácter amoroso?

—Seguramente eso es lo que piensa ella, pero yo estoy convencida de que Hancock la ha seducido para apropiarse del proyecto. ¿Puedes creerte la calaña de ese tipo?

—¡Oh! ¡Eso es terrible! ¡Pobre mujer!

—No me da ninguna pena. Una mujer de su experiencia ya debería saber cuidarse. Lo que me pregunto es cómo consiguió Hancock el proyecto de Gilmour y otros tantos que se habrá adjudicado de formas igual de rastreras.

—¿Crees que va seduciendo a mujeres por ahí?

—Seguro que no tiene reparos. Aunque dudo de que haya sido la estrategia con Gilmour. No es una mujer.

—Sí, es cierto. La mayoría de clientes son hombres. Seguro que usa

otras artimañas. Si es capaz de lo que has contado, es capaz de todo. Pero ¿estás segura?

—Eso es lo que dice Jack. Esta semana se centrará en Gilmour, además de intentar conseguir fotografías de Brinicombe y Hancock.

—¿Ya lo llamas Jack? —preguntó con picardía.

—¿No es ese su nombre? —Olivia no se atrevió a mirarla a los ojos. Meg resopló hacia arriba y su flequillo se movió ligeramente.

—¿Crees que la prensa aceptará publicar lo que descubras? —volvió a preguntar la secretaria.

—Dependerá de la contundencia de las pruebas. Hay ciertos medios sensacionalistas que estarán encantados. —Le sonrió—. En fin, espero que llame algún cliente mientras estoy fuera. Me voy al apartamento de Arthur Higgins, quiero controlar que todo sale bien.

—Te veo más contenta, Liv. Espero que Jack te devuelva el entusiasmo que te ha quitado Hancock.

—Por suerte, son dos hombres muy distintos —afirmó convencida.

Salir de Manhattan les llevó más tiempo del que había calculado. El tráfico crecía cada día y a esas horas ya comenzaba a haber embotellamientos inoportunos en la ciudad. Un poco apurado de tiempo, Hancock llegó a Long Island acompañado de su constructor de confianza, Hans Kenny. En cuanto entraron en el Eden Hotel, preguntaron por la señora Brinicombe y la esperaron observando los detalles de la recepción y haciendo comentarios sobre los futuros cambios. Al poco rato, la dueña del hotel acudió a recibirlos y los acompañó en el recorrido por las instalaciones, donde tanto Hancock como ella le explicaban a Kenny lo que había que remodelar y cómo querían que quedara.

—No son muchas las paredes que hay que tirar —observaba el

constructor—. Eso facilitará la tarea.

—Me gustaría poder tener el hotel abierto mientras se remodela. Eso lo expuse bien claro antes de que empezaran a diseñar los proyectos —recordó la señora Brinicombe.

—Sin embargo, alguna parte sí deberá permanecer cerrada —le aclaró Hancock—, aunque será por breve tiempo e iremos combinando las zonas de trabajo de forma racional para interferir lo mínimo en el negocio.

—No me gustaría que los clientes se sintieran molestos por los ruidos o que esto estuviera siempre lleno de polvo. Cuido mucho la limpieza y la tranquilidad —añadió la mujer.

—Lo sellaremos bien y seremos cuidadosos —intervino Kenny—, pero no puede pedir milagros.

—En verano es cuando más gente tenemos. Sería preferible que no empezaran a cambiar las habitaciones hasta finales de septiembre.

—Eso supondrá alargar el trabajo... —le hizo ver Hancock—. A no ser que prefiera que lo empecemos todo a principios de otoño.

—No, quiero empezar ya. No me importa que el trabajo se alargue. Prefiero ir despacio y que quede bien hecho. Además, así podremos rectificar algo si no queda de acuerdo a mis gustos.

—¿No confía en mí?

—No se trata de eso. Pero ya sabe usted que, si me hubiera sentido libre, me habría inclinado por el proyecto de la señorita Joyner...

Hancock se sintió herido en su orgullo. Aquella joven con cara de ángel a la que pensaba que había vencido se interponía una vez más en su carrera profesional. Era cierto que el proyecto de Liv era bueno, lo había visto con sus propios ojos, pero le molestaba que subestimara el suyo.

—Hablando de otra cosa —añadió Heidi Brinicombe—, mañana pienso dar una recepción para anunciar la remodelación. Un buen

amigo trabaja para la prensa y creo que un reportaje publicitario puede ser una buena ocasión para promocionar el hotel. Será sobre las seis de la tarde. Supongo que no hay ningún inconveniente en que usted acuda...

—En absoluto. Mañana, estaré aquí a las seis menos cuarto, con todos los datos del proyecto —respondió sin ser consciente de a lo que se exponía.

Cuando Olivia regresó del apartamento de Higgins, Meg la estaba esperando con una sonrisa.

—Ha llamado Jack Bradley.

—¿Ha encontrado algo nuevo? —preguntó fingiendo desinterés.

—Supongo que preferirá contártelo en persona. Te ha citado mañana a las once en el Breakwater Club. Veo que tiene buen gusto para las citas —respondió con voz cantarina mientras jugaba a dar vueltas a una estilográfica con la mano derecha.

—No son citas, Meg. Tendrá información nueva.

—Ya. Pero... ¿en el Breakwater Club? Dicen que hacen los mejores cócteles de Nueva York. Un poco atípico para almorzar, ¿no te parece?

—A las once es muy pronto para almorzar. Seguro que también sirven café —le respondió con una mirada severa.

Todo lo que había sentido la noche anterior con Jack era nuevo para ella. Había tenido otras citas, por supuesto, pero de eso ya hacía mucho. Durante un tiempo, Gilda le había procurado encuentros con el hijo, nieto o sobrino de alguna conocida, pero Liv había salido de ellos más incómoda que ilusionada. El único hombre que había demostrado tener una conversación interesante ya había cumplido los cincuenta años. Sin embargo, con Jack había notado que se despertaban en ella sensaciones poco profesionales y, sin embargo, no

había sido una cita. Esto último no debía olvidarlo.

Con voz más severa, añadió:

—¿Algo más?

—Sí, ha llamado una tal señora Woodhouse. Le gustaría que visitaras su apartamento de verano y le dieras varias opciones de reforma con sus respectivos presupuestos.

—¿Ha dejado dirección?

—Sí, aquí la tienes.

Meg le pasó una nota.

—También han llamado de la tienda de alfombras. Ya tienen las que encargaste.

—Perfecto. Llama y pide que las guarden, que todavía quedan por pulir un par de cosas de construcción antes de empezar a amueblar el apartamento del señor Higgins. Por cómo lo he notado hoy, me parece que le está gustando y, si es así, será buena publicidad para nosotras. Es un hombre bien relacionado.

—¡Ah! Y también ha llamado tu abuela.

—¿Está bien? ¿Ha dicho algo?

—No la he entendido bien, pero me ha parecido que quería que la semana que viene compraras el *Vogue* del mes de abril. ¿Ahora escribe artículos?

—¡Oh!

—Veo que han regresado los tiempos de plancha —se quejó Annie mientras Olivia se probaba vestidos que consideraba adecuados para un cóctel—. Casi diría que ha vaciado el armario.

—¿Y si me pruebo este? —preguntó la joven, haciendo caso omiso a los comentarios de su criada.

—La manga es demasiado corta para este tiempo.

—Pronostican sol para mañana. Además, puedo llevarlo con una chaqueta.

—La verdad, señorita Joyner, me gustaría conocer a este Jack Bradley. Hace tiempo que no la veía así de entusiasmada.

—No es lo que piensas, Annie. Solo que quiero no desentonar en un local de moda.

—Eso es porque se pasa usted los días trabajando, en lugar de llevar una vida normal para una chica de su edad.

Y así era y había sido. Desde que había acabado sus estudios de Decoración y diseño, Olivia Joyner había trabajado como secretaria para una firma de construcción que dirigían dos arquitectos. Por aquella época, a veces salía con Meg algún sábado al cine y después iban a una cafetería. Pero después de conocer a Miles, Meg ya no encontró tiempo para ella y Olivia se centró únicamente en su trabajo. Al cabo de poco más de un año, al ver las inquietudes y el talento de su secretaria, los arquitectos decidieron crear el departamento de decoración y le propusieron dirigirlo. Allí empezó a cosechar sus primeros éxitos, pero siempre desde el anonimato, oculta tras la firma Perry&Campbell.

Admiraba a Walter Gropius y todo lo que había supuesto la Escuela de la Bauhaus, pero sobre todo se sentía deslumbrada con las aportaciones arquitectónicas de Mies Van der Rohe y su sueño era llegar, algún día, a decorar alguno de sus edificios. Sin embargo, también, como cualquier joven de su edad, soñaba con casarse y formar una familia, pero cada vez le parecían dos ambiciones más irreconciliables.

Al jubilarse el señor Campbell, uno de sus jefes, Olivia, además de continuar en decoración, había colaborado en el diseño de algunas de las obras de construcción. Carecía de los conocimientos técnicos de un arquitecto, eso era cierto, pero hacía un buen equipo con su jefe y

aprendía deprisa. Aquella tarea la entusiasmó y demostró, una vez más, su capacidad para proyectar y sacarle el máximo partido a cualquier espacio.

A los veintitrés años decidió independizarse. Tenía unos ahorros y no pagaba alquiler, ya que vivía en el apartamento que había heredado de sus padres, que habían fallecido cuando ella era pequeña. Apenas los recordaba. Se había criado con su abuela y el segundo marido de esta, que sufrió un ataque al corazón cuando Olivia cumplió diez años. Por aquella época, Gilda era una abuela normal. Incluso estuvo triste y apagada al inicio de su segunda viudedad, pero cuando Olivia llegó a la adolescencia, fue su abuela la que comenzó a portarse como una adolescente. Ahora, Olivia llevaba dos años trabajando por su cuenta. Meg no era solo su secretaria, era una amiga de la infancia que no tenía otro futuro que trabajar de camarera, ya que Miles y ella se afanaban en ahorrar para poder casarse pronto. Fue Olivia quien le ofreció la posibilidad de mejorar de condición. Necesitaba a alguien de confianza y sus caracteres se complementaban muy bien. No tenía dinero para pagar a nadie más, aunque soñaba con ampliar su negocio y ser una reconocida diseñadora. Pero aquel era un mundo de hombres y a veces se encontraba con clientes que no deseaban contratar a una mujer. Sin duda, era más difícil para ella que para tipos como Hancock. Cuando necesitaba la ayuda de un arquitecto, contaba con su antiguo jefe, el señor Campbell, a quien adoraba como si fuera un abuelo. El señor Campbell era quien la había ayudado con el proyecto del Eden Hotel y aún no le había dado la noticia de que no iba a salir adelante. Temía defraudarlo, porque él había insistido una y otra vez en que su diseño era fantástico y lograría la adjudicación. Debía decírselo, ya no podía demorarlo más, aunque no iba a hacerlo inmediatamente.

Porque ahora solo podía pensar en Gilda. ¿Habría sido capaz de posar

desnuda para *Vogue*?

Siete

El Breakwater Club se encontraba en las lindes de Battery Park, al sur de Manhattan. Antiguamente había sido un islote, en el que había una batería de cañones de defensa, pero con el tiempo habían ido cubriendo la distancia que lo separaba de la costa y ahora era un gran parque frente al mar. Desde las terrazas del club se contemplaban la Estatua de la Libertad, los muelles desde los que partían los barcos que conducían a ella o la costa de Nueva Jersey, que se dibujaba en el horizonte. El sonido de las olas atlánticas apagaba el del tráfico y solo se interrumpía con el canto de unos pájaros que parecían celebrar la llegada de la primavera y el inicio del cortejo.

—Espero que no tenga frío, Liv, el aire aún es fresco —comentó Jack al ver a Olivia. Estaba preciosa, pero eso se lo calló. Aún no era el momento.

Así era Jack. Parecía preocuparse por ella en cada detalle o esa fue la sensación que tuvo Olivia. Y le gustó sentirse protegida.

—No tenía otra cosa de cóctel —mintió—. ¿Es necesario que nos veamos en sitios tan elegantes?

—Me parece que es lo menos sospechoso. Si alguien nos sorprende, lo más probable es que piense que tenemos una relación de otro tipo, no precisamente profesional.

—Eso es cierto —admitió a la vez que se acaloraba al imaginar que eran una pareja. Y luchó para que su fantasía no se disparara ante esa sola idea—. Aunque me voy a ver obligada a ampliar mi vestuario a causa de estas excentricidades.

Él la observó sorprendido. Había una sencillez en ella que no había esperado encontrar y esa imagen no encajaba con la de una harpía que solo buscaba perjudicarlo. Tras un instante de perplejidad, comentó:

—No me he atrevido a pedirle si podía visitarla en su apartamento...

—Vivo con Annie, mi asistente. No cometería usted ninguna descortesía si lo hiciera.

—Entonces, tendrá que darme su dirección. A no ser que sea una persona muy solicitada y que siempre tenga visitas. Me imagino que a una decoradora le interesará el mundo del arte y es posible que hasta organice encuentros de artistas en su apartamento. —Se aprovechó de que ella hubiera bajado la guardia.

—Es usted muy ocurrente. —Le sonrió Olivia.

—Lo cierto es que no conozco su trabajo. Debería hablarme de él.

Olivia se alegró de ver que su vocación despertaba interés en Jack. Se sintió halagada y con ganas de hacerlo partícipe de su entusiasmo.

—Yo lo considero apasionante, sobre todo la vertiente del diseño. Cuando conozco el lugar y me enfrento a los planos, a medida que me van surgiendo ideas, me embarga una sensación de plenitud. Localizar a los mejores proveedores y procurar que todo llegue a tiempo y sea tal cual lo he encargado ya es algo menos creativo, pero me gusta estar encima. Dice Meg que soy muy controladora.

—Es un privilegio trabajar en algo que a uno le llena —convino él, que se había reconocido en esas palabras. Había algo de ella que le recordaba a sí mismo, aunque tal vez fuera a una parte de sí mismo que ya se estaba perdiendo.

En esos momentos, un camarero se acercó hasta ellos y les preguntó qué deseaban tomar.

—¿Le apetece un *gin fizz*? —aprovechó para proponer Hancock a Liv, como si quisiera dar otra vuelta de tuerca a su engaño.

Ella se olvidó del té verde que pensaba pedir al ver la sonrisa de Jack

y asintió embelesada. Jack no era como los otros hombres que había conocido. Respetaba su independencia y admiraba su trabajo. Sin duda, era un tipo especial y sería una estúpida si no intentaba conocerlo mejor. Debía darle, o debía darse, una oportunidad.

—¿A usted no le gusta su trabajo? —preguntó con interés renovado en cuanto el camarero se fue.

—Mi trabajo tiene dos caras. Por un lado, me veo obligado a descubrir adulterios, sobornos, trampas y otras faltas que preferiría ignorar. No es que haya llegado a desengañarme del ser humano, pero me gusta la vida y no entiendo por qué no hay más honradez y lealtad. El mundo sería mejor si todos intentáramos ser mejores. Por otro lado, mi trabajo es muy gratificante cuando consigo reparar alguna de esas injusticias. Eso me hace sentir que todo vale la pena.

—Eso que ha dicho usted es precioso —suspiró.

—Como sus ojos.

No lo dijo con intención de seducirla, le salió de forma espontánea al ver la inocencia con que lo miraba.

—¿Mis ojos?

—Lo siento. No quería molestarla, pero tiene usted unos ojos tan bonitos que no puedo dejar de mirarlos.

—Mi madre también los tenía azules —respondió ella ruborizada y, con gesto nervioso, bajó los párpados, pero se sintió infantil y volvió a abrirlos.

—Si se le parecía, su madre debió de ser una mujer preciosa.

Por suerte, en aquel momento sirvieron los cócteles y Olivia aprovechó la interrupción para tratar de tranquilizarse. No sabía por qué, se sentía cohibida, aunque también fascinada por la forma en que Jack la trataba. Sabía que llevaba puesta una sonrisa que le atravesaba la cara, pero se sentía incapaz de dejar de sonreír.

—Entonces, ¿no conoce a artistas? —le preguntó él nuevamente,

evitando sonreír también, triunfante por el modo en que ella parecía encandilada.

—¡Oh, no! Normalmente trabajo con tiendas de decoración. Ellas son quienes tienen los contactos con los artistas.

—¿Las tiendas de decoración trabajan con pintores? Pensé que su obra se compraba en galerías —comentó él, como si quisiera demostrar que no tenía ni idea de cómo funcionaba ese negocio.

—Los consagrados suelen exponer en galerías, pero incluso algunos de ellos hacen un tipo de obra menor para tener unos ingresos asegurados —respondió agradecida por volver a sentirse segura en la conversación.

Por primera vez, Hancock pensó que era posible que Liv no supiera quién era el pintor de los cuadros que le interesaban a Heidy Brinicombe. De ser así, no habría manera de averiguarlo, así que volvió a indagar.

—¿Con qué empresas trabaja? Ha suscitado mi curiosidad. Una vez hice un trabajo para un escultor. Un engaño amoroso, ya sabe, esas cosas que yo no tolero.

Olivia mencionó varias tiendas con las que solía contar y Hancock las anotó mentalmente. Luego se hizo un silencio y ella recordó por qué estaban allí.

—¿Ha averiguado algo más sobre Hancock?

Hancock sacó dos facturas de floristerías en las que aparecía su verdadero nombre en las firmas.

—Ese tipo envía rosas todos los días a Heidy Brinicombe. Mis sospechas se confirman.

Ella levantó los ojos al cielo y exclamó:

—¡No podía ser de otra manera! —Tras un instante de vacilación, añadió—: Si tiene algo más que decirme, prefiero saberlo, ya no puedo escandalizarme más.

—Sí deseo decirle algo, pero no tiene nada que ver con Hancock. En realidad, quería hacerle una pregunta personal.

—Usted dirá —respondió ella verdaderamente intrigada por el cambio de conversación y de tono. O, más que intrigada, expectante, pues la voz de él había sonado sugerente y decidida a la vez.

—Quería saber si existe alguien que pueda estar celoso de nuestros encuentros. Me refiero a si está usted prometida o sale con alguien...

La carcajada de Olivia interrumpió su frase. En realidad, era una risa más nerviosa que divertida y él, que ya conocía la respuesta a su pregunta, sintió cierto orgullo al producirle aquella turbación.

—No, no está usted comprometiendo ninguna relación con nuestras entrevistas —respondió ella cuando logró recuperarse y, como se vio obligada a dar una explicación por su reacción, añadió—: Pensaba que, siendo detective privado, ya lo habría averiguado.

—No se equivoque, Liv. Un trabajo es un trabajo. Pero yo jamás me atrevería a jugar sucio con las personas a las que respeto y admiro y, mucho menos, con usted —respondió él con una expresión convincente y disimulando que le había alegrado saber que no había ningún rival a la vista.

Harry tenía razón. Si no iba con cuidado, este asunto se le podía escapar de las manos. Se lamentó de haberla conocido en esas circunstancias. De haber sido de otro modo, tal vez habría intentado una relación de verdad. Veía mucha complicidad con los sueños de esa chica, le gustaba su forma de pensar, la pasión con la que hablaba de sus planes y, sobre todo, no podía apartar los ojos de esa boca que cada vez lo tentaba más.

Tenía que esforzarse por mostrarse de una forma fría, por no sentirse afectado por el encanto de ella, que no se veía venir, pero que, una vez llegado, lo envolvía de un modo hechizante y demoledor. No, no podía dejarse llevar. Debía recordar que lo único que le interesaba era

averiguar el pintor de esos malditos cuadros.

«Respeto y admiración» fueron las palabras que resonaron en la mente de ella con una ternura especial durante el resto del día.

Tras su cita con Jack, Olivia decidió acercarse al piso del señor Campbell. Se desplazó en el autobús de línea, pero se detuvo una parada antes porque le apetecía pasear. O, más bien, porque deseaba que le desapareciera la sonrisa que dibujaban sus labios después de su encuentro con Jack. Sin darse cuenta, él había comenzado a entrar en sus pensamientos de un modo dulce que desconocía hasta el momento. Era apuesto y encantador y notaba que había conexión entre ambos. Liv también lo admiraba y respetaba y se preguntaba si pensaría en ella del mismo modo en que ella comenzaba a pensar peligrosamente en él. Aturdida con estas sensaciones, caminó para que la primavera desapareciera de sus ojos antes de decepcionar al señor Campbell.

Cuando llegó, procuró contarle con tacto que Heidi Brincombe había desestimado su proyecto, pues sabía que él también estaba convencido de que iban a adjudicárselo.

—¿Qué es lo que no le gustó? —le preguntó el arquitecto extrañado.

—Nada. No puso ninguna objeción. Es más, dijo en varias ocasiones que le gustaba y que la idea le parecía un acierto.

—Pero había otro mejor...

—No, señor Campbell. No vio ningún otro. Adjudicó directamente el proyecto a la firma de Oscar Hancock.

—Hancock es bueno. Conozco su trabajo y a él personalmente y sé que es responsable y que tiene talento.

—Tal vez sea todo eso que usted dice, pero no ganó por ese tipo de talento —respondió indignada—. Ese hombre ha seducido a la señora

Brinicombe para adjudicarse el proyecto.

El señor Campbell la miró sorprendido.

—Esa es una acusación muy grave, Liv. No creo que Hancock sea capaz de algo así. Ni que la señora Brinicombe sea una mujer tan fácil como me pintas.

—He contratado a un detective privado —le dijo al tiempo que lo miraba fijamente a los ojos.

—Eso no está bien. Te estás metiendo en la vida privada de alguien por no saber aceptar un rechazo —negó al tiempo que la miraba de forma severa—. ¿Dónde ha quedado la autocrítica?

—Le aseguro, señor Campbell, que no solo he revisado mi proyecto con lupa, sino que la propia señora Brinicombe me dijo que había firmado el contrato con Hancock antes de ver el diseño. No vio ni el de Oscar Hancock ni el de los otros candidatos que pensábamos que teníamos alguna posibilidad. Si no hubiera sido por eso, no me habría atrevido. Ha sido el detective quien me ha corroborado que Hancock y Brinicombe tienen encuentros clandestinos y que él le envía flores cada día. He visto las facturas.

—Bueno, si el amor ha triunfado, no veo qué hay de malo en que le dé una oportunidad a su amante.

—No se trata de eso, señor Campbell —negó molesta por no sentirse comprendida—. Hancock la ha seducido con esa intención.

—¿Cómo puedes saber eso? ¿Acaso estás en su cabeza o en su corazón? Ya te he dicho que conozco a Hancock y lo que me cuentas no se corresponde con la idea que tengo de él.

—Supongo que no iré demostrando su verdadero carácter a todo el mundo.

—Hancock es un triunfador, creo que tienes celos de su éxito.

Olivia rebufó ofuscada.

—¿Y qué me dice de «indignada porque alguien juega haciendo

trampas»?

—No puedes demostrar que la relación entre ambos sea una estrategia de él. Este no es tu primer fracaso ni será el último. Tal vez sería mejor que estuvieras preparada para la frustración. Eres joven. Has aprendido muy bien la parte técnica, pero igual te falta alguna lección sobre la humana.

Por primera vez, Olivia se quedó pensativa ante esas palabras. Hacía tiempo que nadie le hablaba así, porque tal vez nadie pensaba así de ella o, quizá, porque pensaba que no necesitaba ese tipo de consejos.

—¿Cree que soy demasiado ambiciosa? —preguntó al fin y, de nuevo, sintió que todos los hombres, incluso su mentor, la acusaban de lo mismo.

—Cierta dosis de ambición no es mala. Es lo que nos hace avanzar. Lo peligroso es la obsesión. Y el hecho de que hayas contratado a un detective privado habla de esto último.

Olivia sintió que algo de verdad había en las palabras del señor Campbell, aunque le molestara aceptarlo. Se había obsesionado. Estaba demasiado segura de que iba a conseguir el contrato y no había superado el fracaso.

—Sin embargo —añadió el señor Campbell al ver que se había entristecido—, si es cierto que Oscar Hancock no juega limpio, házmelo saber. Pero con pruebas, las especulaciones no bastan. Ni dos facturas de floristería a su nombre, ¿quién puede demostrar que no envía flores a su madre?

Ocho

Una brisa cálida acogió a Hancock y a Harry cuando salieron del automóvil tras aparcar frente al Eden Hotel. El aroma salado que traía consigo tenía algo de reconfortante, pero ninguno de los dos lo advirtió, centrados como estaban en la reunión a la que acudían. Hancock observó a Harry y se detuvo un momento.

—Si antes de entrar tienes alguna manía, toca una maceta, da la vuelta a una farola o salta en círculo ahora —le advirtió—. Una vez entremos, que nadie te vea haciendo esas tonterías.

—No son tonterías. Y sabes que, cuando me ocurre eso, soy discreto. Pero no puedo evitarlo, Hancock, no puedo evitarlo.

—Y, mañana, sin falta, tenemos que visitar todas las tiendas de decoración de las que te he hablado.

—No sé a qué te dedicas cuando sales con Joyner, porque está claro que la investigación no es tu prioridad.

—No es eso, Harry —se negó a reconocer—. Pero creo que ella tampoco sabe quién es el pintor y no tiene sentido prologar el engaño. Podría descubrirme.

Mientras continuaban hablando a la entrada del hotel, Heidi Brincombe salió a recibirlos y sonrió al ver a Hancock. No le inspiró lo mismo observar a Harry Sanders, aunque supo mantener las apariencias. Los condujo al salón principal, donde había camareros preparados para desfilan con bandejas de canapés y distintas bebidas. Había también una mesa presidencial en la pared del fondo sobre una tarima que habían traído especialmente para ese día. En ella, se veían

tres micrófonos. Y también había una pantalla detrás y un proyector de diapositivas colocado para ilustrar al público sobre las futuras reformas.

Timothy Brinicombe también estaba allí y, en cuanto vio a Harry, corrió hacia él.

—Por favor, dígame que la señora Evans se encuentra bien.

—La señora Evans se recupera lentamente, joven. Y le van a quedar secuelas, eso es lo peor de todo.

En esos momentos, tal vez por la incomodidad de la conversación, Harry se sintió impelido a sentarse en uno de los amplios sillones del recibidor, aunque por unos instantes logró domeñar la tentación.

—No sabe cuánto lo lamento. Lo cierto es que entiendo que no me permita visitarla. Yo tampoco me lo perdonaré nunca.

Pero mientras Tim hablaba, Harry había dejado de escucharlo para comenzar a desviarse hacia el sillón. Como supo que resultaría absurdo sentarse allí en esos momentos, fingió que tropezaba con sus propios pies y que caía sobre él.

Tim y su madre lo contemplaron con más sorpresa que preocupación. Harry también sabía que no había interpretado bien el papel, que lo suyo no había parecido un tropiezo y, para salir del apuro, admitió:

—Necesitaba comprobar que eran tan blanditos como parecían. —La sonrisa que mostró también era falsa—. Si ponemos unos nuevos, deben ser, al menos, tan cómodos como estos.

Hancock procuró no mirarlo. Se sentía avergonzado por ese tipo de conductas maniáticas de su amigo. Para evitar el apuro de tener que justificarlo, centró su atención en los cuadros que decoraban la recepción. En realidad no eran cuadros, sino fotografías en blanco y negro de distintas familias que se habían hospedado en el hotel. No procuraban ningún punto de color que combinara con el mobiliario, ya en sí demasiado clásico, y otorgaban un aspecto opaco a las paredes.

Nadie se detenía a mirarlas y apagaban la luz que se filtraba por los ventanales. Todo lo contrario al efecto que producirían los cuadros de Liv.

Estaba pensando en ella cuando Heidy Brinicombe le indicó que se uniera al grupo.

—Por casualidad, ¿su amigo bebe? —le preguntó la dueña del hotel a Hancock con discreción.

—No, no, en absoluto. No necesita el alcohol para ser un poco payaso —se justificó.

En aquel momento, el técnico que estaba comprobando el funcionamiento de los micrófonos hizo un gesto a la señora Brinicombe para indicarle que estaba todo listo. Tim Brinicombe se dirigió a una de las sillas preparadas para los asistentes y le dijo a Harry:

—¿Quiere probarlas todas o bastará con una?

A una señal de la dueña del hotel, un empleado abrió las puertas al público que esperaba en el exterior.

Hancock tuvo un mal presentimiento cuando vio entrar a los miembros de la prensa con sus cámaras fotográficas, pero no fue consciente de hasta qué punto debía temerlas y enseguida se olvidó de ello.

El miércoles por la mañana, tras visitar a la señora Woodhouse, Olivia se dirigió al apartamento de Gilda. Esperaba que estuviera en casa y no se hubiera olvidado de ella, porque últimamente la notaba muy despistada. Pero, sobre todo, ansiaba que le dijera que no iban a publicar ninguna foto de la que pudiera avergonzarse en una revista popular como *Vogue*. O en cualquier otra. Desde que se lo había comentado Meg, se encontraba intranquila. ¿Qué pensaría alguien tan

intachable como Jack Bradley si supiera que su abuela posaba desnuda?

—Buenos días, Gilda —la saludó en cuanto su abuela abrió la puerta—. ¿Estás acompañada?

—No, no, estoy sola. ¿Por qué iba a estar acompañada? Ya sabes que solo me visitas tú.

—Pues el último día recuerdo que estabas desnuda con un hombre en casa.

—No estaba desnuda, Liv, y yo no llamaría hombre a François. No, al menos, en el sentido que insinúas.

Olivia la miró con cierta resignación.

—¿Qué tipo de fotografías tuyas van a salir en *Vogue*? Dime que, al menos, llevabas un maillot puesto cuando te las hicieron.

—Mira, cariño, te las voy a enseñar —respondió orgullosa de ellas.

Gilda la hizo pasar a una salita y Olivia contempló una mesa de cristal sobre la que había distintos recortes de fotografías de revista. Las miró preocupada, a la espera de encontrar alguna pista en ellas, pero su abuela enseguida le dijo:

—Eso no son mis fotografías, son recortes de revistas para hacer un *collage*. La señora Carter hace unos *collages* muy bonitos y he pensado que sería un entretenimiento divertido. Si en algún momento los necesitas para decorar algún apartamento, no tienes más que decírmelo.

Olivia sintió que ciertos temores se mitigaban en su interior al ver que su abuela había vuelto a cambiar de afición. Sin embargo, todavía estaba nerviosa por ver las fotografías.

—Siéntate, parece inquieta —dijo su abuela al tiempo que sacaba unas fotografías de una caja que estaba sobre el aparador—. Mira, dime qué te parecen. Son en color.

—¿Cómo no voy a estar inquieta si lo único que sé de tus fotografías

es que son en color?

Gilda se acercó hasta el asiento de su nieta y le tendió las imágenes.

Olivia las observó bien y miró a su abuela interrogante.

—No son para una campaña publicitaria de manicura, sino para una crema de manos. Las fotografías no son estas. Las que van a publicar se las han quedado ellos, pero me han regalado las sobrantes.

—Gilda, ¿te he dicho ya que te quiero? —Sonrió su nieta al comprender que lo único que se veía en aquellas fotografías eran las manos de su abuela.

—¿Por qué no ibas a quererme? —preguntó mientras recogía las fotos—. Te noto muy rara últimamente. ¿Va todo bien en el trabajo?

—Sí, va bien, en cierto modo. Para tener los gastos cubiertos e ir haciéndome un nombre. Estoy trabajando en una remodelación y estoy a punto de cerrar otra. Pero hace una semana perdí el proyecto más interesante de todos los que he tenido a mi alcance. Todavía no me lo creo, trabajé mucho en él.

—¡Oh! Seguro que ha sido mala suerte, tú haces las cosas muy bien.

—Si te apetece, te invito a comer por el barrio y te lo cuento. Tengo ganas de unos macarrones como los que hacías antes de que te convirtieras en una mujer artística.

—¿Por qué todo el mundo piensa que los italianos solo sabemos hacer comida italiana?

Tras almorzar con Gilda, Olivia se dirigía a la parada de taxis para regresar a su oficina y miraba sonriendo hacia un kiosco que exponía las revistas a la venta. Menos mal que al final no tendría que avergonzarse. Se había preocupado demasiado por la fotografía de una mano, aunque con su abuela nunca se sabía. Pero cuando sus ojos se posaron en cierto periódico, se detuvo en seco y su sonrisa se borró de

un plumazo. Se quedó parada unos instantes con la boca abierta, sin dar crédito a lo que veía. Tras recobrase de su asombro, sacó unas monedas de su bolso y compró un ejemplar.

No pudo dejar de observar la fotografía que aparecía en la parte inferior de la izquierda de la portada. La miró bien, varias veces. Estaba en blanco y negro, pero no era una imagen borrosa. Sí, no se trataba de alguien que se le pareciera, era él, Jack, Jack Bradley. Y estaba al lado de Heidy Brinicombe. También había dos hombres más que no reconoció. Al pie de la imagen, una pequeña nota: «El Eden Hotel será reformado por la firma de Oscar Hancock». Abrió las páginas interiores para leer la noticia. Allí aparecían tres fotografías más: una del exterior del hotel y otra de una diapositiva de los planos, pero no se distinguía bien qué reformas pretendían acometer. La tercera fotografía era de Heidy Brinicombe, donde aparecía muy sonriente, pero era un primer plano solo de ella. En el texto tampoco se detallaba ninguna explicación del proyecto, solo se hablaba de él por encima. El reportero hacía más hincapié en el desarrollo de la rueda de prensa que en detalles técnicos o estéticos que pensarán realizarse. Solo al final, tres pequeñas preguntas a Heidy Brinicombe, que ella respondía con más afán publicitario que explicativo.

Nada aclaraba qué hacía Jack allí. Al único hombre que mencionaba era a Hancock, pero Olivia solo podía observar la fotografía de Jack.

Tras mirarlo bien varias veces más, alzó la mano y detuvo un taxi. El trayecto se le hizo largo, no podía quitarse esa imagen de la cabeza. En cuanto llegó a su oficina, le dijo a Meg:

—Pásame el teléfono de Jack. Necesito hablar con él. —Aunque fue rotunda, enseguida rectificó—. No, mejor, dile que esta noche venga a mi apartamento.

Hancock y Harry pasaron toda la mañana del miércoles visitando las firmas de decoración con las que sabían que trabajaba Olivia Joyner. Mostraron la fotografía del cuadro que les había entregado la señora Brinicombe a todos los comerciantes, pero ninguno supo reconocer al autor.

Solo en una ocasión les dieron un nombre:

—Glen Fuller, pero ya no trabaja con nosotros.

—¿Y ese Glen Fuller hace cosas similares? Quiero decir, ¿ve usted que este pueda ser su estilo? —le preguntó Harry.

—No, no hace nada así. Pero es el único que conozco cuyas iniciales coinciden. Además, los artistas a veces se imitan unos a otros, ya sabe. Se pone algo de moda y todos comienzan a pintar lo mismo. Ya nadie hace paisajes. Y los paisajes se vendían bien, muy bien.

—¿Nos podría dar sus datos?

—Lo siento, no los tenemos. Normalmente no llamamos a este tipo de gente. En realidad, nos son indiferentes unos u otros. No es arte, solo pintura decorativa. Ellos pasan por aquí y nos dejan sus lienzos. Luego de vez en cuando regresan a ver si han vendido alguno, para cobrar y colocar nuevos, ya sabe.

En cuanto salieron de allí, Harry comentó:

—Glen Fuller. Creo que ya tenemos a Gin Fizz.

—Pero no sabemos dónde encontrarlo.

—Te equivocas. En la calle Diez, y también en la calle Catorce, hay muchos cenáculos de artistas. No recuerdo cuál de ellos es el que ahora está de moda. Estoy convencido de que bastará con que nos acerquemos a los lugares adecuados para dar con él.

Hancock miró la hora.

—Iremos mañana. Hoy tengo que preparar los cambios que me indicó Brinicombe.

—Está visto que esa mujer es muy quisquillosa.

—En realidad le gustó el otro proyecto, algo que hace que me sienta peor.

—Bueno, en cuanto tengamos a Gin Fizz, podrás dejar de ver a la señorita Joyner y tus remordimientos terminarán aquí.

—Eso espero —respondió con poco convencimiento.

Nueve

Tras dar un sorbito, Prudence volvió a esconder la botella de ginebra que guardaba bajo unos papeles de un cajón y, justo en el momento en que lo cerraba, sonó el teléfono. A su lado, sobre el escritorio, había dos grandes ramos de rosas rojas que había comprado Hancock la semana anterior para poder mostrar las facturas a Liv.

Cuando oyó preguntar por Jack Bradley, estuvo a punto de negar que allí trabajara nadie con ese nombre, pero reaccionó a tiempo y recordó la advertencia de Hancock. Tomó nota y luego se dirigió al despacho de su jefe.

—Ha llamado la secretaria de tu señorita Joyner.

Hancock levantó la cabeza y la miró fijamente.

—Lo siento, jefe, no he reaccionado a tiempo. Me ha salido sin querer que estas eran las oficinas de la firma Hancock.

Él se quedó paralizado ante esta revelación.

—¡Por Dios, Prudence! ¿Sabes lo que has hecho? —exclamó—. ¡Lo has estropeado todo!

—Ha sido sin querer —siguió mintiendo con rostro apesadumbrado.

—¡Maldita sea! —gritó al tiempo que se levantaba de su asiento—. ¿Y qué ha dicho? ¿Cómo ha reaccionado?

—Me ha agradecido la información y me ha dicho que tendrá el detalle de enviarme una botella de *whisky*, ya que mi jefe es tan aburrido que no permite que me alegre el día.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad? —volvió a preguntarle esperando de que así fuera.

—Claro, querido —dijo ella al tiempo que sonreía y le guiñaba un ojo—. ¿Por qué desconfías de mí? Ya te dijo Harry que soy una gran actriz, solo que tú aún no me has descubierto.

Hancock suspiró, aunque no se atrevió a sonreír.

—¿Qué ha dicho? Cuéntamelo sin bromas —le exigió.

—¡Qué poco sentido del humor, jefe! —le reprochó, pero, al ver que él no estaba para bromas, añadió—: Quiere que vayas a visitarla a última hora de esta tarde a su apartamento. Bueno, tú no, Jack —le sonrió—. No sabía que vuestra relación estuviera tan avanzada para ese tipo de visitas.

—No tenemos una relación, Prudence, ya sabes de qué va la historia.

—Claro que lo sé, es una historia universal. Chico conoce a chica, chica conoce a chico, al chico le gusta la chica...

—Prudence...

—No, si a mí ya me va bien. Nunca me habían enviado tantos ramos de flores.

Aunque Olivia se negaba a volver a leer el periódico, de vez en cuando su mirada se desviaba hacia él. Lo había dejado encima de la mesa del salón y no paraba de caminar de un lado a otro de la estancia, mientras observaba que todo estuviera en su lugar. En cualquier momento llegaría Jack. Estaba impaciente por aclarar ciertas cuestiones.

Annie también se había contagiado del nerviosismo. Se encontraba en el recibidor, mirando cómo colocar un cuenco de cristal que le encantaba con largas hojas de palmera y a las que quería dar más protagonismo, porque consideraba que otorgaban frescura al lugar. La pared de la derecha estaba ocupada por un espejo de pie y un perchero. A su lado, en la esquina, solía estar el cuenco de cristal que

ahora llevaba en brazos, pero que, si se abría la puerta, no quedaba a la vista. En la pared de la izquierda había una estantería de obra, como si las baldas nacieran de la misma pared, y en ella había libros y diversos objetos de decoración. La pared de enfrente no era amplia, porque se abría en la otra mitad hacia el salón. En ella estaba el cuadro de Gilda y, aunque a Annie no le entusiasmaba, y sabía que a la señorita Joyner tampoco, la anciana se ofendería si lo quitaban de allí.

Aún no había encontrado el lugar ideal para el cuenco cuando sonó el timbre de la puerta. Annie no tuvo más remedio que dejarlo en el suelo de forma improvisada para abrir. La curiosidad que sentía por conocer a Jack Bradley, y más, después de ver su fotografía en el periódico, era mayor que cualquier otra preocupación.

—¡Buenas noches! —saludó el hombre nada más ver a Annie—. Soy Jack. Si no me he confundido, este debe de ser el apartamento de Liv.

«La llama Liv», pensó Annie sorprendida, y respondió a su saludo con una mirada embobada que no pudo evitar, sobre todo cuando vio que llevaba una orquídea. Lo observó detenidamente. Le calculó unos treinta años y vio que tenía un aire a Gregory Peck. No es que se le pareciera en los rasgos, pero era alto, moreno, con un corte de pelo semejante y el efecto que producía su sonrisa era similar a la del actor. Una simpatizaba enseguida con alguien así. O, mejor dicho, caía hechizada.

—La señorita Joyner lo está esperando, señor Bradley —le respondió al tiempo que señalaba la abertura que conducía hacia el salón.

Hancock le entregó su sombrero y su abrigo, y en ese momento, Olivia apareció en el recibidor.

—Jack, tenemos que hablar.

La sonrisa de Hancock dudó al oír las tres últimas palabras, sabía que no auguraban nada bueno, pero se borró del todo cuando entró en el salón y vio su fotografía en el periódico sobre la mesa.

Olivia cogió el ejemplar y se lo mostró.

—Tenemos que hablar de esto.

Para ganar tiempo, Hancock cogió el periódico y dedicó unos segundos a mirar la imagen. Sin duda, Liv había descubierto su verdadera identidad y todo su engaño acababa de irse al traste. No se atrevió a mirarla. Buscó en su cabeza algo que justificara esa fotografía, pero no lo encontró. No había nada que decir, ninguna excusa serviría para apaciguar el enfado de Liv. Pensó que ya no averiguaría quién era el autor de los cuadros, pero también notó que eso le importaba menos que defraudarla. En esos momentos deploró su actitud. Se sentía como un lobo que se disponía a degollar a un cachorro después de obtener su confesión. No quería ser descubierto, pero mucho menos quería lastimarla. Aún pensaba en qué decirle, aunque ya sabía que no existía una explicación convincente, cuando ella añadió:

—Podrías haberme avisado de que Heidy Brinicombe había organizado una recepción para presentar el proyecto. Me hubiera gustado asistir y decirle cuatro cosas a la cara a ese Hancock. ¿Cuál de los otros dos es?

Hancock sintió un enorme alivio al ver que ella no lo había descubierto, pero no tuvo tiempo de responder.

—¡Y qué mala suerte que salieras en la fotografía! Supongo que eso hará que pierdas discreción de cara a nuevas indagaciones. Espero que la gente no te reconozca. ¿Cómo lograste colocarte tan cerca de ellos? Casi pareces de su equipo.

—Lo cierto es que no me di cuenta de que nos hicieran una fotografía —respondió de forma entrecortada y tuteándola también—. Tienes razón, debería haber sido más cuidadoso.

—No, no es un reproche. Tiene mucho mérito haber logrado estar tan cerca y, más, en una ocasión como esa, en la que todo el mundo debía

de ir detrás de ellos —respondió al tiempo que recuperaba el periódico y lo arrojaba contra la mesa de cristal frente al sofá.

—Así era.

Annie entró en el salón y volvió a mirar a Hancock con complacencia.

—¿El señor desea tomar algún refresco? He hecho limonada.

—Preferiría un *whisky* —respondió él, todavía atragantado por la impresión—. Doble, si es posible.

—Por supuesto, señor Bradley.

—A mí tráeme una limonada, Annie —respondió Liv al tiempo que se sentaba en uno de los sillones.

Hancock también tomó asiento en el sofá de al lado y la observó mientras pensaba qué decir.

—Bueno —añadió ella al tiempo que recuperaba el periódico y volvía a mostrárselo al supuesto detective—. ¿Cuál de ellos es Hancock?

—Este —comentó él tras dudar un momento señalando a Harry Sanders con el índice.

Olivia se acercó el periódico hacia el rostro y lo observó bien.

—No es feo, pero tampoco lo calificaría de atractivo. No veo que sea tan carismático como me lo imaginaba y no entiendo qué ha visto una mujer como Heidy Brinicombe en un tipo como él.

—A veces, las fotografías no hacen justicia...

—Ella me parece mucho más interesante que él.

—Bueno, lo cierto es que Hancock es un hombre inteligente y la inteligencia es más seductora que la apariencia.

—¿Inteligente? ¡Ese hombre es un truhán! ¿Consideras inteligente usar las dotes de seducción con fines profesionales? Eso solo significa que no confía en su trabajo.

—Tal vez ha tenido un buen motivo para hacerlo.

—¿Un buen motivo? ¡Yo conozco ese motivo! ¡Ambición! ¡Falta de escrúpulos! ¡Soberbia! Y, sobre todo, ¡incapacidad de ganar jugando

limpio! No lo defiendas, sabes que odio a ese tipo.

Ante las exclamaciones de enfado de ella, Hancock cambió de táctica.

—Tal vez es que soy incapaz de pensar mal de las personas, a pesar de todo lo que he visto...

Olivia lo observó con simpatía. Le conmovía su ternura. En su forma de pensar, había cierta inocencia que enamoraba.

—Es muy bonito tener un corazón limpio, pero no hay que caer en la ingenuidad de pensar que todo el mundo es igual —le comentó con cuidado de no ofenderlo.

Annie regresó con el zumo de limón y se lo sirvió a la señorita Joyner. También llevaba una cubitera con hielo y la dejó sobre la mesa. Luego se acercó a un mueble-bar, sacó un vaso y una botella de *whisky* y los colocó delante del supuesto detective.

—¿Cuántos cubitos desea?

—Dos, gracias.

A continuación, Annie sirvió el *whisky*. Mientras lo hacía, la señorita Joyner colocó el periódico ante ella, señaló a Harry y comentó:

—Este es Hancock. ¿No te parece que su mirada ya tiene algo de miserable, Annie?

—¡Oh! Yo podría hacer algo con eso si usted me dejara —añadió ella.

—¿Hacer qué?

—Es algo que me enseñó mi abuela, señorita Joyner. Tengo un muñeco de trapo que me vendrá muy bien. Ella lo usaba. E iré a buscar unas tijeritas para recortar la fotografía. Y el costurero.

Hancock miró a Liv con una expresión interrogativa, pero ella se limitó a alzar los hombros en señal de que tampoco había entendido nada. Annie salió.

—En realidad, se trataba de un acto público. Como comprenderás, no era el momento para una actitud más íntima y su conversación se centraba en los cambios del hotel. Tuvieron la prudencia de no salir

juntos al finalizar —le estaba contando Hancock cuando la criada regresó.

Mientras ambos la miraban, Annie recortó la figura de Harry de la fotografía y luego, con unas agujas, la clavó sobre el muñequito de trapo que había traído.

—¿Vas a hacer vudú? —le preguntó Olivia algo asustada.

—No voy a matar a nadie, señorita Joyner, solo a darle un escarmiento a ese hombre. No me gustan los tramposos y tampoco me gusta verla sufrir. Usted ha trabajado mucho por este proyecto y ni siquiera ha tenido una oportunidad.

Hancock la contempló todavía más perplejo que Liv. Se sugestionó cuando Annie le clavó la primera aguja. Luego la criada repitió la acción en varios puntos.

—Estoy segura de que ese hombre, en estos momentos, está notando el dolor —sonrió Annie.

Hancock sintió unas extrañas cosquillas en todo su cuerpo y trató de rechazar esa sensación.

A continuación, Annie levantó el muñeco y lo dejó caer sobre el suelo. El objeto no cayó de bruces, pero Hancock no lo vio, porque había cerrado los ojos de la impresión. Por suerte, cuando volvió a abrirlos, su cuerpo continuaba intacto. La criada, sin embargo, ofrecía una sonrisa de satisfacción.

—Las agujas no me parecían suficientes. En fin, ya está. Dé por hecho que ese hombre ha sufrido un accidente. Y no tenga remordimientos, señorita Joyner, sabe que se lo merece.

—No hagas esas cosas, Annie, que me asustas.

—Usted no se asusta porque no cree, pero yo le digo que sí funcionan. Si el señor Bradley continúa espiándolo, lo averiguará. Sí, señor, ya verá.

Y, dicho esto, recogió el muñeco de trapo y retiró del salón todo lo

que había traído.

Al cabo de media hora y tras dos *whiskies* dobles, Hancock abandonó el apartamento de Liv. Solo cuando ella lo acompañó hasta el recibidor para despedirlo, y tras cerrar la puerta, descubrió que Annie había dejado las hojas de palmera debajo del cuadro de Gilda y lo tapaban por completo.

—¡Oh, Annie! —le dijo—. Sabes que mi abuela se enfadaría si lo supiera.

—Ha sido sin querer, señorita Joyner. Aún no había decidido dónde colocar el cuenco cuando el señor Bradley ya estaba llamando a la puerta.

—No es solo por Gilda, a mí también me hubiera gustado que lo viera. Me ha parecido que a Jack le interesaba mucho el arte. Y eso dice mucho de él. Un hombre que aprecia el arte necesariamente ha de ser alguien muy sensible.

—¿Considera que esos garabatos son arte, señorita Joyner?

Diez

Cuando Hancock regresó a su apartamento aún agradecía que la suerte hubiera estado de su parte. Durante la recepción de Heidi Brincombe no pensó ni por un momento en la posibilidad de que la prensa le jugara una mala pasada. La emoción por presentar el proyecto le había hecho olvidarse de la prudencia y ningún *flash* le recordó a lo que se exponía.

Ese día había estado tan ocupado que ni siquiera había comprado los periódicos y, cuando al llegar al apartamento de Liv había visto su fotografía en primera plana, se había sentido descompuesto. Pero, como decía Prudence, no había nadie más ciego que una mujer confiada, y la lealtad y la entrega que Liv sentía hacia él lo conmovían profundamente.

Por primera vez, se planteó la posibilidad de dejar de fingir un papel que no le correspondía. Por primera vez, también, imaginó que no volvía a llamarla, que no volvía a verla y que desaparecía de su vida de la misma forma que se había introducido en ella. Y la idea no le gustó.

Al llegar a su apartamento, seguía carcomiéndose con los mismos pensamientos, e ignoró a la señora Banning cuando le preguntó si cenaría en casa.

Tal vez fuese más honesto confesarle a Liv la verdad que desaparecer de un plumazo de su vida, porque notaba que ella comenzaba a enamorarse de él. Y, si bien esa idea lo había hecho sonreír de complacencia al principio, ahora la sonrisa no estaba exenta de ternura. La inocencia con la que no había sospechado de él tras ver la

fotografía le conmovía más de lo debido. Y era bonita, eso no podía negarlo. Quizá, de haberse conocido en otras circunstancias, podría haber pensado en ella de otra manera... Pero ya no había vuelta atrás. Ella lo había atacado y él se había defendido. Punto. Si Liv descubriera que tras el disfraz de Jack Bradley se escondía el auténtico Hancock, no se lo perdonaría nunca. Aunque él no se había propuesto engañarla y solo se había aprovechado de la confusión tras descubrir que ella iba a investigarlo, pero eso Liv no lo tendría en cuenta, ella lo vería como un ultraje más. Y sería incapaz de reconocer que ella también tenía algo por lo que hacerse perdonar, así que no debería tener remordimientos. Y, sin embargo, los tenía. Y eso le molestaba.

De pronto sonó el teléfono y el sonido le sacó de sus pensamientos. La señora Banning descolgó y le dijo:

—Es para usted.

—Dígame —respondió Hancock en cuanto cogió el auricular.

—¿Oscar? —preguntó una voz femenina al otro lado.

—¿Melissa?

—Sí, soy yo. Te llamo para decirte que Harry no irá mañana a la oficina. Ha sufrido un accidente.

—¿Qué tipo de accidente? —preguntó Hancock más asombrado que preocupado. Al fin y al cabo, la voz de ella no delataba ninguna alarma.

—Se ha hecho un esguince. No es nada grave, pero le dolía mucho el tobillo. Cuando ha venido el doctor, se lo ha vendado y ha dicho que tendrá que llevarlo así durante una semana. Ahora no tendré que ocuparme solo de los gemelos, también de mi marido.

—Está bien, Melissa, me alegro de que no haya sido nada grave. —Trató de tranquilizarla al tiempo que recordaba el muñequito de trapo de Annie y sentía que un estremecimiento lo recorría. Sin embargo, Harry no se había caído desde un balcón, seguramente solo había tropezado por una de sus manías, así que enseguida se tranquilizó—.

Dile que, si puede, se ponga.

—Ahora, imposible. Está dormido. El doctor le ha dado un sedante. No sabes lo insoportable que se pone Harry cuando le duele algo.

El jueves, por fin, amaneció un día más primaveral. El sol brillaba complaciente desde primera hora en un cielo completamente despejado y el aire era más cálido de lo que había sido el resto de la semana.

No sabía por qué, Hancock sentía la necesidad de averiguar la identidad del pintor de los cuadros de Liv sin verse obligado a sonsacárselo a ella, como si así la traición fuera menor. Ese era el propósito con el que afrontaba el día.

Por la mañana no pudo salir en busca del misterioso Glen Fuller (aunque Prudence continuaba llamándolo Gin Fizz) porque había quedado con Kenny para hablar de los materiales y acabados del Eden Hotel. La reunión se prolongó más de lo esperado, hicieron una parada para comer y estuvieron enfrascados en el proyecto hasta las seis. Así que ya estaba anocheciendo cuando por fin pudo acercarse a la calle Catorce.

Estacionó su Mercury en el primer lugar en el que encontró aparcamiento, cerca de la zona portuaria, y, al bajar del coche, no supo hacia dónde encaminarse. La calle se alargaba hasta la otra costa y Harry era quien había investigado a qué altura se encontraban los locales de los pintores, así que no tenía ni idea de por dónde buscar.

Paseó durante un rato para hacerse una idea del lugar, pero, como era obvio, los transeúntes no llevaban un cartelito anunciando que eran artistas. Al cabo de unos minutos, encontró una galería, pero estaba cerrada y no había ninguna indicación de un horario para poder visitarla. No era una galería al uso o como las que solían verse en otras

zonas, más bien parecía un local pendiente de una reforma integral. Se preguntó qué sería necesario para adecuar un lugar como aquel a su objetivo y cayó en la cuenta de que nunca se había enfrentado a un proyecto de este tipo. Ni sabía si estaba preparado. Para ello, sería necesario saber un poco más cómo funcionaba un sector en continua transformación.

Continuó paseando bajo la luz tenue de las farolas y se dedicó a observar el ambiente. Desde que se había puesto el sol, había refrescado y echó de menos el abrigo que había dejado en el coche. Con intención de preguntar, y también de tomar algo que le hiciera entrar en calor, penetró en un antro que tenía un cartel en el que ponía «You're late». Fue precisamente el nombre lo que llamó su atención. Se preguntó si sería una ironía del destino, si efectivamente estaba llegando tarde para encontrar al misterioso pintor de Liv y, de pronto, le vino la estrambótica idea de que tal vez se hubiera suicidado. No supo por qué pensó eso, tal vez por la personalidad extravagante y oscura que se atribuía a los artistas.

Nada más cruzar la puerta, el camarero lo miró extrañado, como si alguien bien vestido no pudiera visitar aquel lugar, o como si el hecho de que entrara un cliente no habitual fuese ya algo extraordinario. La mayoría de mesas estaban vacías y en una de ellas había cuatro jóvenes con instrumentos musicales. En otra, una pareja, que no parecía muy formal. Un segundo camarero estaba barriendo en la parte de atrás, como si hiciera poco que hubieran abierto.

Hancock se quitó el sombrero y lo puso a su lado en la barra mientras se sentaba en un taburete. Pidió un *whisky* y se fijó, a través del espejo que tenía enfrente, en los cuadros que se exponían en la pared que había tras él. Eran abstractos, eso le hizo pensar que tal vez no había entrado allí por casualidad. Se encendió un cigarrillo y observó al camarero mientras cogía las pinzas de la cubitera y colocaba el hielo en

el vaso. En cuanto le sirviera, trataría de interrogarlo. Pero no lo hizo, porque en cuanto depositó el vaso en la barra, entraron de forma estrepitosa en el local dos tipos jóvenes. Tanto él como los dos camareros se los quedaron mirando, incluso la pareja dejó de hacerse ojitos unos instantes, mientras los músicos seguían a lo suyo, enfrascados en una conversación que cada vez se parecía más a una discusión.

—Ya vienen bebidos —le comentó el camarero a Hancock. Luego se dirigió a los recién llegados y añadió—: ¡Qué dura es la vida de los artistas!

—No te burles, Frank, y sirve dos copas.

—¿Ginebra, como siempre, Gilbert? —preguntó el camarero.

—Si sigue siendo lo más barato...

Los dos muchachos continuaron hacia una de las mesas, mientras uno de ellos daba una vuelta danzarina y gritaba: «¡Somos arteeeeeeeeeeeeeeeeeee!».

—Era mejor cuando estaba de moda el otro estilo —le dijo el camarero a Hancock como si supiera a qué se refería, pero este, que se había quedado pensando en el nombre del joven que empezaba por «ge», preguntó:

—¿Ese es Gilbert qué más?

—Gilbert Walt, sobrino de Henry Walt.

Hancock rebuscó en su memoria por si conocía a algún Henry Walt, pero no lo encontró. Sin embargo, no desmintió al camarero, que parecía suponer que todo el mundo sabía quién era Henry Walt. De todas formas, Gilbert Walt no podía ser Gin Fizz, así que no le pareció importante.

—¿Y cómo se llama el otro?

—Matthew Scott.

Hancock perdió interés en ellos y el camarero llamado Frank cogió la

ginebra y los vasos y fue a la mesa a servirles.

Mientras saboreaba el *whisky*, y pensaba que debería haber pedido un *gin fizz*, como si se le hubieran contagiado las manías de Harry, escuchó hablar a los jóvenes.

—Rosenberg va a tener que fijarse en mí —decía uno—, es imposible que no lo haga. Es algo que nunca se ha visto.

—Eso supondría un buen empujón y el camino abierto hacia la pasta, mucha pasta, pero ¿cómo vas a conseguir que venga a verte?

—¿Son buenos? —preguntó Hancock en voz baja al camarero.

—¿En qué? Porque espero que no vaya a preguntarme nada sobre arte. Cada vez entiendo menos —respondió también en tono confidencial.

—Yo tampoco estoy muy puesto en arte contemporáneo. ¿Quién es Rosenberg?

—El crítico de moda. Ahora todos siguen sus tendencias.

—¿Siguen las tendencias de un crítico? Pensaba que los críticos no se dedicaban a crear tendencias, sino a analizar y a valorar las obras.

—Ya no. Todo empezó con Greenberg, el apologeta de la pintura plana. Él alababa un estilo en sus columnas del periódico y todos se dedicaban a imitarlo. Todas las pinturas se parecían, a pesar de que todos querían ser el primero en hacer algo. Ya sabe, estar siempre en vanguardia. Por eso, cuando empezaron a venir por aquí, cambié el nombre al local. Daba la sensación de que todos llegaban tarde, porque cuando uno hacía algo, ya había otro que lo había hecho primero. Era una guerra por ser original, pero al menos no ensuciaban nada ni montaban espectáculos.

—¿Qué quiere decir con «no ensuciaban»?

—Antes pintaban en sus estudios o buhardillas y luego venían aquí o a otros locales a exponer sus obras. Pero todo cambió con la llegada del Art Painting, que es lo que propugna este Rosenberg. Ahora no es

importante el producto, sino el proceso. ¿Ve ese cuadro de ahí? — Señaló hacia uno de los que estaban colgados.

Hancock se giró y observó un lienzo del que parecían caer chorretones resecos de pintura de diversos colores, casi sin ton ni son. El camarero prosiguió:

—Se titula *Visión deportiva en ginebra*.

—¿Se supone que es un paisaje suizo?

El camarero sonrió de forma irónica.

—Fue pintado por uno que estaba borracho, de ginebra, claro está, y con las luces del local apagadas. Apenas se filtraba la luz de las farolas. Lo pintó aquí, en directo, mientras el público lo arengaba. Estaba bastante apartado del lienzo, mojaba unas pelotas de tenis en cubos con pinturas de distintos colores y luego las arrojaba contra el cuadro. No quiero ni contarle cómo dejó de salpicados dos sillones. Tuvimos que volver a encalar la pared y cambiar un trozo de moqueta —rebufó—. Es lo que le digo, ahora lo importante es el proceso, aunque al final todo lo que quede sea eso —comentó sin demasiado aprecio.

—Para trabajar detrás de una barra, parece usted un entendido.

—Lo que le cuento es fruto de trabajar detrás de esta barra. Si supiera usted todo lo que he tenido que escuchar...

Hancock lo miró con simpatía. Luego, volvió a observar el lienzo y preguntó:

—¿Y usted, o el dueño, compró el cuadro?

—No, yo les hago el favor de tenerlo a la venta, por eso está expuesto, como los demás. Lo que sí vendimos fueron los dos sillones.

Hancock sonrió.

—Pagaron muy bien por ellos. En este mundillo hay gente muy extravagante, muy loca, ¿entiende lo que le quiero decir? —añadió el camarero.

Hancock no había salido aún de su asombro cuando uno de los

artistas, el que se llamaba Matthew, se levantó de su asiento y se acercó a él.

—¡Oiga, amigo! —le dijo sin mucha educación—. ¿Está hablando de arte?

Hancock se giró a mirarlo y, antes de responderle, el muchacho volvió a preguntar:

—¿Es usted marchante? ¿O crítico? ¿Para qué periódico trabaja? No lo había visto antes por aquí. —Se notaba que había bebido, pero Hancock comprendió que no había mala intención a pesar de la impertinencia.

—No soy marchante ni periodista, joven.

—¿No? Viste usted muy elegante. Disculpe si me he confundido.

Hancock asintió, pero cuando el muchacho se daba la vuelta para marcharse, volvió a detenerse y se dirigió de nuevo a él:

—¿Le interesa comprar? Mi buhardilla está cerca. No tardaría mucho en enseñárselo todo.

—Tal vez le interese más mi obra —comentó el otro muchacho, que también se levantó de su asiento y se dirigió a la barra.

Hancock, aún sorprendido, aprovechó el momento para sacar la fotografía de su cartera y se la mostró a los dos artistas:

—¿Alguno de vosotros es el autor de este cuadro, o lo conoce?

Gilbert cogió la fotografía y la observó bien. Luego se la pasó a Matthew.

—Eso está desfasado. Lo mío es original, amigo, lo más original —respondió el último.

El camarero también cogió la fotografía y, tras observarla, se la devolvió a Hancock y le dijo:

—Tampoco me suena. Pero es de cuando no ensuciaban.

—Bueno, ¿qué nos dice? ¿Le apetece ver lo último de lo último? —insistió uno de los jóvenes.

Hancock negó con la cabeza.

—Gracias, pero no estoy interesado.

—Dejad a los clientes en paz —les regañó el camarero.

—Nosotros también somos clientes, Frank.

—El caballero ha dicho que no está interesado —insistió y, con una mirada que no dejaba lugar a dudas, logró que ambos jóvenes volvieran a su sitio.

—¿Conoce a algún artista llamado Glen Fuller? —insistió Hancock al camarero.

—Tal vez exista, pero, si es así, no viene por aquí.

Hancock pagó, dio las gracias a Frank y se marchó.

Once

Cuando Hancock llegó a sus oficinas el viernes por la mañana, contra todo pronóstico, Harry se encontraba allí. Estaba apoyado sobre la mesa de Prudence, que aún no había aparecido, llevaba el pie vendado y se ayudaba de una muleta. La mirada en su rostro no invitaba al buen humor.

—No esperaba que vinieras tan pronto —le dijo Hancock.

—En cambio, yo ayer sí esperaba que pasaras a verme —le reprochó—. Creo que es lo mínimo que se puede esperar de un amigo cuando uno está impedido. Pero no es que no pasaras por casa, sino que ni siquiera llamaste para ver qué tal estaba. ¿Estuviste con Joyner?

—No, no la vi. Estuve liado con Kenny. Y luego pasé por la calle Catorce. Le dije a Prudence que te enviara flores. Siento no haber encontrado un minuto.

—Bueno, al menos el motivo de tu desprecio no es esa chica —respondió con sarcasmo.

Hancock continuó hacia su despacho y Harry lo siguió.

—Melissa tenía razón. Estás de un humor de perros.

—¿Y cómo voy a estar si ni mi socio se preocupa por mí? —preguntó mientras cerraba la puerta tras él.

—¿Cómo está tu tobillo? —preguntó, más que por interés, por intentar calmar a su amigo.

—Ya lo ves. He de pasar una semana con esta nueva amiga —respondió mientras levantaba la muleta—. Fue un accidente muy tonto.

—¿Sentiste que debías hacer malabarismos con los pies?

—Prefiero no hablar de eso, me sentí ridículo. —Tomó asiento frente a la mesa mientras Hancock hacía lo mismo en el otro lado, sorprendido de que, después de quejarse de que no se preocupara por él, ahora se negara a hablar de su accidente. Harry cambió de tema—: Y, bueno, ¿qué tal tu aventura entre artistas? ¿Tenemos ya a Glen Fuller?

—Glen Fuller ya no está de moda.

—¿Eso significa que sabes quién es?

—Sigo sin tener ni idea, pero, por lo visto, su estilo ya está desfasado.

—Ahora se hacen cosas muy raras.

—Pude comprobarlo. Y, lo más curioso, uno puede ser pintor sin saber pintar.

Harry arqueó las cejas, pero como Hancock no añadía nada más, las bajó y volvió a centrarse en el tema que les ocupaba.

—¿Y no conseguiste ninguna pista?

—Pues eso, que puede ser de cualquiera. Al fin y al cabo, no es un cuadro que requiera ninguna técnica.

—Ya. En fin.

—¿No vas a contarme cómo fue el accidente?

—No. Seguro que te burlarías.

—Prometo no hacerlo, Harry, no soy un desalmado.

—Está bien, está bien, pero, si te ríes, no te lo perdonaré —le aseguró—. Estaba subido a una escalera manipulando el cuadro eléctrico de mi casa cuando de pronto empecé a sentir unos pinchazos.

—¿Te electrocutaste?

—No, no, ni siquiera había tocado aún el cuadro. Era como si alguien me estuviera clavando agujas. De pronto, no pude soportarlo y me solté de la escalera. Caí mal y me hice un esguince. ¿Satisfecho?

Pero la expresión que mostraba Hancock no era ni de satisfacción ni de burla. Más bien parecía una mezcla de incredulidad y miedo, claro

que Harry no sabía que estaba pensando en el recorte de una fotografía.

Con remordimientos por no estar dedicándose al proyecto de la señora Woodhouse, Olivia pasó toda la mañana del sábado de compras. Annie tenía razón. Con un par de excepciones más veraniegas, su ropa era muy seria. Elegante, pero seria. Incluso Gilda tenía vestidos más joviales que ella. También era cierto que esto de la moda avanzaba muy deprisa y lo que se llevaba una temporada, ya había quedado desfasado a la siguiente. Llegó a Herald Square y entró en Macy's, que ocupaba toda la manzana, con una ilusión renovada. De repente, su feminidad, que había olvidado durante los últimos tiempos, revivió ante el despliegue de telas y colores. A medida que se dejaba llevar por las escaleras mecánicas, sentía que no solo su cuerpo se elevaba, también su ánimo. Contra todo pronóstico, puesto que se había propuesto ser prudente, no solo compró vestidos, blusas, faldas y chaquetas, sino también sombreros, zapatos y un bolso, como hacía cuando aún tenía esperanzas de encontrar un marido. Tal vez la culpa fue de los expositores tan atractivos, del contagio de otras jóvenes que admiraban las prendas o de imaginar los ojos de Jack cuando la viera con alguna de esas piezas puestas.

La cuestión es que no fue comedida y, cuando alguna voz interior le aconsejó que no derrochara, otra más convincente la empujó a darse un capricho con el argumento de que hacía mucho que no pisaba un centro comercial y que ya iba mereciéndoselo. Incluso entró en una tienda de electrodomésticos y compró una aspiradora para Annie. Siempre la veía barrer con ímpetu y decidió darle una sorpresa. O tal vez lo hizo para compensar sus remordimientos de compradora compulsiva, por efímero que fuera ese arranque.

Llegó a casa en taxi con tantos paquetes que el propio conductor tuvo que ayudarla a descargar hasta el ascensor. Cuando entró en su apartamento, Annie la recibió con una sonrisa.

—Bien hecho, señorita Joyner, ya era hora.

—También hay algo para ti, no te creas que te he olvidado —le dijo sonriente mientras señalaba la caja en la que se encontraba la aspiradora—. Te hará el trabajo más fácil.

Annie miró la caja, escéptica, pero fingió una sonrisa para no decepcionar a la joven. La abrió con precaución y, cuando sacó el aparato, lo observó intrigada.

—¿Para qué sirve? —preguntó.

—Es como una escoba que se come el polvo.

—Y, si no tiene suficiente polvo, ¿me morderá a mí?

—¡Claro que no! ¡Qué ocurrencias tienes! —Por suerte, no vio la expresión asustada en sus ojos, porque se dedicó a mirar la cantidad de paquetes en los que se encontraban el resto de cosas que había comprado—. ¡Oh, Annie! Creo que me he excedido. En realidad solo había ido a buscar algo para la cita de mañana.

—¿Ya lo llama cita? —le preguntó la sirvienta con una expresión benevolente. Al tiempo que aprovechaba para desentenderse de la aspiradora—. Hasta ahora se había limitado a decir «entrevista de trabajo».

—Bueno, en realidad no es una cita. Supongo que Jack tendrá que contarme algo sobre Hancock.

—Para eso no es necesario organizar un pícnic.

—Es lo más discreto. Si la gente piensa que tenemos una relación, no sospecharán de nuestro vínculo profesional.

—Entonces, deberían besarse.

—¡Oh, Annie, no vayas tan deprisa! Aún no nos conocemos.

—Se ha sonrojado, señorita Joyner, y eso significa que usted también

ha fantaseado con esa posibilidad —se burló Annie.

—¿No te parece un hombre apuesto, educado, respetuoso y tan...?

—Desde que lo vi entrar, le di mi visto bueno, señorita Joyner. Y, ahora, haga el favor de probarse todo eso y déjeme disfrutar de verla como una verdadera dama.

El domingo a mediodía, Hancock esperaba a Olivia apostado en una farola frente al portal de un grupo de apartamentos en Chelsea. Llevaba una cesta con comida para el pícnic y se había puesto una americana más informal de las que solía llevar. Ella, en cambio, apareció preciosa, con el cabello apartado de su frente con una diadema y suelto por detrás. Llevaba un bonito vestido burdeos y un abrigo anaranjado con una solapa también en burdeos y que daba más luz a su rostro. Los zapatos, color *nude*, igual que el bolso, tenían un tacón bajo, pero Hancock dedujo que eran nuevos porque notó que le molestaban a cada momento. La idea de que estrenara algo para él lo reconfortó.

Detuvieron un taxi y pidieron que los dejara frente a Central Park, por el lado colindante a la Quinta Avenida. Hancock no se atrevía a llevar su coche cuando quedaba con ella, no quería que descubriera su solvencia económica, aunque le había dicho que pensaba comprarse uno. Durante el recorrido, Liv estaba tensa y no sabía de qué hablar, aunque de vez en cuando sonreía y mencionaba el buen tiempo. Hancock se sentía culpable y complacido de su turbación. Sin darse cuenta, había comenzado a dejar de verla como a una enemiga y, por el contrario, esa muchacha le despertaba una extraña ternura. Y, en esos momentos, tomó conciencia de que se estaba arriesgando demasiado en esa extraña relación.

No hablaron de nada importante en el taxi y, mientras Hancock

—¡Oh, no, no! Gilmour no descubrió nada.

—¿No?

—Es muy fácil. Hancock influyó sobre la señora Gilmour y ella convenció a su marido para que se inclinara por él.

—¡Oh, claro! ¡El muy cretino!

—Sí, es un cretino.

—¿Y siempre actúa igual? ¿Cómo lo consigue? En la fotografía no me pareció tan irresistible.

—No soy una mujer para poder opinar sobre eso, pero está visto que sabe seducir. Y es un recurso que no le importa utilizar.

—¿Sabes? Tal vez pienses que soy mala persona, pero desde que Annie dejó caer ese muñeco de trapo con la fotografía de Hancock, no he cesado de hojear periódicos en busca de una noticia sobre algún accidente de ese tipo. Y no creo en esas cosas, te juro que no creo, pero aborrezco tanto a ese hombre que...

—Le deseas lo peor.

—Sí.

Hancock miró al cielo y supo que lo mejor sería que ella nunca descubriera su identidad. Liv lo odiaba. Y tenía motivos, aunque él los estuviera incrementando al alimentar su imaginación. Ni siquiera sabía por qué hacía eso. Lo que había empezado como algo divertido se estaba volviendo en su contra. Sin darse cuenta, se había quedado embobado, mirando sin ver.

—¿Piensas que soy mala persona? —le preguntó Liv, con miedo a haberlo decepcionado.

—No podría pensar nada malo de ti —reaccionó él.

—Eres muy bueno. —Lo miró como si agradeciera su existencia.

—No todos somos como Hancock, Liv —dijo arrepintiéndose al momento.

Continuaron paseando hasta un lago, donde cogieron unos trozos de

pan de la cesta y se los tiraron a los patos, que enseguida acudieron como un remolino. Olivia, a pesar de la nueva información sobre su enemigo, se sentía feliz. Jack era una de esas personas que alegran el día de cualquiera: afable, educado, honesto y siempre de buen humor. Y se notaba que también le gustaba estar con ella, pues lo sorprendía sonriendo en más de una ocasión. Hancock, por su parte, comenzaba a sorprenderse de sus propias sensaciones. Si no fuera por la falsedad de la situación, pensó que podría sentirse cómodo con una chica como ella. Más que cómodo, a gusto, complacido, como si de pronto comprendiera el sentido de la vida. La observó de reojo jugar con los patos y volvió a reparar en lo bonita que era. De pronto, sintió que algo en él había cambiado, que le apetecía abrazarla y arrojarla con su cuerpo y que la ternura comenzaba a convertirse en pasión. ¡Por Dios! ¿Desde cuándo le gustaba? Porque en esos momentos sabía que le gustaba, que había pasado poco a poco y se lo había negado a sí mismo, pero ahora ya era incapaz de seguir fingiendo que no sentía cómo el suelo temblaba bajo sus pies.

Le dolió comprenderlo, porque sabía que sus sentimientos no tenían futuro, que no podía fingir por siempre ser otra persona y que, en cuanto se quitara la máscara, ella no querría volver a saber nada más de él.

Para ahuyentar sus pensamientos, se acercó al prado y extendió un mantel sobre la hierba. Sacó de la cesta las viandas y la botella de vino que había preparado y, aunque Liv trató de ayudarlo, él se lo impidió y se encargó de colocarlo todo.

—Permíteme, Liv. No sabes cuánto me apetece cuidarte. —Se sorprendió a sí mismo al notar que lo decía muy en serio.

Ella se sonrojó, y lo observó sin lograr que su sonrisa no delatara lo que sentía su corazón. Luego él la invitó a sentarse y le sirvió el vino.

—Espero que te guste el tinto.

—Creo que me gusta todo lo que tú haces —dijo casi derretida, por mucho que hubiera intentado no demostrarlo.

—Confieso que he hecho los emparedados, pero el vino lo he comprado —le sonrió él.

—Hay pocos hombres tan detallistas como tú, Jack —añadió casi en un suspiro.

En ningún momento del día Hancock había tenido la intención de sacar el tema del cuadro. Por el contrario, le apetecía olvidarse del hotel de Brinicombe y conocer mejor a la dueña de esos hermosos ojos. Almorzaron plácidamente y Liv, que cada vez se sentía menos retraída ante él, le habló de su infancia, de sus sueños, de la admiración que sentía por Mies Van der Rohe... Y aquella mañana comenzó a convertirse en algo mágico para ambos.

Porque había cierto hechizo en su voz, en el tono de sus palabras cuando hablaba de la emoción y las aspiraciones con las que cursó sus estudios, cuando mencionó el primer trabajo con los arquitectos y el momento en el que la ascendieron a decoradora. Veía en ella un entusiasmo tan intenso que comenzó a filtrarse en el corazón de Hancock. Sin duda, ella se mostraba transparente, con sus miedos e inseguridades tan expuestos como la ilusión y el empuje. Era una mujer dulce, pero no débil, tal como podía aparentar en una primera impresión. Lo que tenía lo había conseguido por sí misma, sin trampa ni cartón, no como lo que estaba haciendo él en los últimos tiempos. Y se preguntó cuándo había perdido esa inocencia y en qué momento su corazón se había convertido en el de un tahúr.

Después de comer, pasearon por los senderos de Central Park. El sol amable de principios de abril los acompañó en aquel camino de compenetración y emociones emergentes. El calor comenzaba a afianzarse en sus pieles y, algo más, en sus corazones. Cuando cruzaron el Bow Bridge, él se detuvo y comentó:

—Aquí se declaró mi padre a mi madre.

No dijo nada más, pero los dos se miraron y se entendieron en silencio. Sin preguntas, él se atrevió a coger su mano y ella no se soltó.

Olivia nunca se había sentido tan feliz. Ya no podía negarse que le gustaba Jack. Las sensaciones de plenitud se despertaban al notar ese cosquilleo en su mano al contacto con su piel, con la fuerza con la que el puño de él parecía apropiarse de sus dedos, como si Jack señalara su territorio, como si quisiera protegerla, como si la acariciara por dentro con esa ligera opresión superficial.

Jack.

Fue el brillo de veneración en los ojos de Liv lo que despertó el hambre en él. Hambre de la carne de sus labios, de la boca entera, de la profundidad embriagadora que se asomaba en su mirada como una invitación. Al agarrar su mano, él se sintió poderoso de una manera que nunca antes había sentido. Ya no por saber que controlaba la situación ante su enemiga, como le hubiera ocurrido de ser distintos sus sentimientos, sino precisamente por lo contrario: por sentir que perdía ese control ante el hechizo de una mujer. Se sintió hombre, vigoroso y viril; solo hombre, como si el resto del mundo desapareciera y quedara expuesto frente a la naturaleza. Como si nada importara, como si nada existiera, ni proyectos de remodelaciones, ni pintores desconocidos ni competencia empresarial. Solo él y ella. Y ese hilo invisible que los unía en aquellos momentos.

Pasearon absortos, sin decir nada, porque, de algún modo, ya todo estaba dicho. Interrumpían la contemplación del paisaje con miradas clandestinas de uno a otro y la inminente aparición de sonrisas embobadas en sus rostros.

Olivia y Jack. Solo ellos. Hancock había desaparecido.

Porque Hancock deseaba ser Jack. El Jack al que Olivia miraba subyugada, al que regalaba su mano y los pálpitos de un corazón

acelerado en la muñeca. El Jack que ella admiraba y al que creía transparente. El que le hacía sentir que el mundo podía recogerse y ampliarse en un instante. Y Hancock, no sabía cuándo, a fuerza de deseo, había comenzado a convertirse en Jack. Y ahora era la mano de Jack la que estrechaba la de ella, que sonreía a la vida.

Y Olivia recordaría aquella noche que, antes de despedirse, Jack la besó.

Recorrían el último sendero del parque The Ramble, bordeando el lago y contemplando el promontorio de Hershhead, cuando él se detuvo y la obligó también a detenerse. El sol alargaba las sombras de sus figuras, pues ya había empezado a declinar el día. La acercó hacia sí y levantó una mano para jugar con la ondulación de su cabello, como si tuviera dudas de atreverse a más, como si mantuviera una lucha entre el deseo y el deber. Liv tembló y las sombras los imitaron. Hancock notó ese ligero temblor cuando soltó el cabello y agarró su nuca. Y cuando le pasó la mano por su cuello, como una caricia definitiva, sintió el palpito de un corazón agitado que bombeaba al compás del suyo. Se atrevió a sujetar con dulzura su mandíbula y a dejar que la palma de su mano pasara por sus labios, como si quisiera cerciorarse de que eran suyos, o como si quisiera robarlos. Liv entreabrió esos labios y le besó la mano tímidamente, él la apartó para sustituirla rápidamente por su boca. Se apropió de esa carne rosada que se abría para él, conteniendo las ganas de morderla, de devorarla por completo. Sintió un vértigo trascendente y no opuso ninguna resistencia a dejarse vencer por él. Las ganas retenidas emergieron atropelladamente, dejando a Liv casi sin aliento, mientras le devolvía con la misma pasión cada uno de sus besos. Se ahogaban con desesperación mientras sentían la plenitud de la primavera y volvían a resurgir con un nuevo vigor para volver a fundir sus alientos. Lo que callaron con palabras se lo dijeron con el contacto feroz de sus bocas,

en la forma de agarrarse del cuello y de remover la mano en el cabello del otro, en el ansia con la que se fundían en un abrazo infinito. Perdieron la cordura y la conciencia de uno mismo hasta que unos niños pasaron a su lado en bicicleta e hicieron sonar los timbres a modo de burla.

Hancock se supo derrotado, pero la puñalada definitiva la sintió cuando ella, en un suspiro, dijo «Jack».

Doce

—¿Y Prudence? —preguntó Harry al entrar en el despacho de Hancock—. ¿Aún no ha venido Prudence?

—Ha ido a echar la correspondencia —respondió él, tratando de disimular que estaba pensando en Liv—. ¿Qué tal tu pata coja?

—Recuperándose. Mañana igual me quitan el vendaje. No sabes lo molesto que es. Pero, cuéntame, ¿viste a Joyner?

—Sí, pero sigo sin saber quién es el pintor, si eso es lo que te interesa.

—No le confesó que se había negado a preguntárselo. Igual que tampoco le contó que la había besado.

—¡Pues vaya detective estás hecho! Así, solo te expones a que ella te descubra y nos dificulte las cosas.

Hancock se sintió incómodo al recordar esa posibilidad que lo había estado atormentando toda la noche. Había dormido poco y la imagen de Liv había sido la culpable.

—Bueno, lo del pintor es cuestión de tiempo. Antes de decorar el comedor, debemos acometer las obras estructurales. Eso nos da un gran margen.

—Sí, y por fortuna esas obras dependen de nosotros, no de tu sagacidad. Ese tipo podría vender los cuadros a otro decorador o vete tú a saber a quién. Convendría que lo tuviéramos todo atado cuanto antes.

Hancock no respondió. Cogió su americana y su sombrero y se despidió.

—Tengo que ir al hotel de Heidy. Estate atento al teléfono hasta que

llegue Prudence.

—Vengo aquí para que no me dé órdenes mi mujer y me encuentro contigo —protestó Harry.

—No seas quejica. Si coge el teléfono alguien que no seas tú y preguntan por Bradley, quedaré descubierto.

—¡Ah! Se me olvidaba. Esta noche inauguran una exposición de un pintor de estos vanguardistas. Es en un local de la calle Diez. ¿Por qué no pasas a buscarme a las seis y cuarto?

—¿Ahora te interesa toda la pintura?

—¡Ay, Hancock, no sé en qué piensas! ¿No ves que allí habrá gente a la que podremos preguntar por Gin Fizz?

Hancock se detuvo un momento ante la puerta, dudó sobre si debía continuar traicionando a Liv, pero sabía que Harry no se detendría a pesar de que él se negara, y asintió.

—Allí estaré.

Pasado el mediodía, Hancock regresó y no vio a Prudence en su mesa. Harry tampoco estaba, pero eso ya se lo esperaba. Estuvo a punto de preguntar a otro empleado por su secretaria, pero desistió y se dirigió directamente a su despacho. Le apetecía estar solo. Tenía mucho en lo que pensar.

Pero, para su sorpresa, encontró que Prudence estaba allí, sentada en su sillón y con las piernas estiradas sobre la mesa. La vio hacer un rápido movimiento de brazos para esconder una botella, aunque no lo suficiente como para que Hancock no lo advirtiera.

—¿Bebiendo a escondidas? —preguntó enfadado—. ¿O piensas decirme que, como Harry, has sentido una voz interior que te decía que, si no bebías, te ocurriría algo malo?

—¿Yoooo? —se sorprendió ella alargando la pregunta en un falsete

desgarrado—. Solo estaba probando qué se siente al ser el jefe —añadió y, tanto por su pronunciación como por sus muecas, fue evidente que estaba ebria.

Al intentar incorporarse, golpeó con una pierna la botella que había dejado en el suelo y la ginebra se derramó sobre la alfombra de Hancock.

—¿Has leído un manual de cómo empeorar las cosas? —volvió a recriminarle él, esta vez con sarcasmo, mientras recogía la botella.

—¡Oh, Hancock, vete, déjame en paz!

—¿Pretendes echarme de mi despacho después de que te haya pillado bebiendo a escondidas? Deberías mirarme a los ojos y pedirme disculpas. ¿Es que no te das cuenta de que tienes un problema con el alcohol, Prudence?

—¡Claro que tengo un problema! —gritó ella—. Y mi problema eres tú, que te empeñas en que todo sea recto y moralmente perfecto mientras te dedicas a usar estrategias bastante cuestionables. Mucha lengua para criticar a los demás y poca para ti mismo.

—Eso ha sido un golpe bajo, Prudence.

Ella no respondió. Se limitó a encaminarse hacia la puerta, pero no pudo llegar, porque Hancock la agarró de un brazo y la obligó a detenerse.

—Prudence... Esto no puede seguir así. Pensé que lo habías dejado.

—Y lo he dejado, Hancock, esto solo ha sido un recordatorio. No dramáticas.

—¿Tienes algún problema? ¿Necesitas dinero?

—¡Ni necesito dinero ni quiero limosna! Si lo que deseas es ayudarme, déjame en paz y no me sermonees.

—Pensé que éramos amigos... —le recordó él.

—Oye, déjame, de verdad —insistió ella, aunque más calmada—. Lo que yo beba no es asunto tuyo. Todos los actores beben, y tú me

necesitas como actriz.

—Hagamos una cosa. Hoy vete a casa y descansa. Pero mañana te quiero puntual y serena.

—¿Acaso crees que no puedo trabajar? —le reprochó.

Pero, a pesar de la pregunta, Prudence cogió su abrigo y su bolso dispuesta a marcharse.

—Te acompañaré a buscar un taxi —dijo al tiempo que la agarraba de un brazo—. No quiero que vayas por la calle tambaleándote —le ordenó Hancock.

—¡No pienso pagar un taxi porque a ti no te guste que pegue un trago!

—Lo que llevas dentro no es un trago, Prudence. Y el taxi lo pagaré yo. Pero tú tienes que comprometerte a dejarlo, ¿de acuerdo?

Justo cuando salían, entró Harry, que los miró como si esa situación le resultara familiar. En lugar de sentarse en su sitio, entró en el despacho de Hancock y lo esperó allí.

Se acercó a los ventanales, dejó apoyada la muleta y observó cómo, diez pisos más abajo, los automóviles ya habían tomado posesión de las calles. Luego vio la botella de ginebra abandonada en una papelería y sintió la tentación de acercarse. Dudó un momento, pero enseguida se dejó vencer. Recogió la botella, vio que aún quedaba algo de líquido dentro, dejó caer unas gotas sobre un dedo y lo olió. Sin saber por qué, se chupó el dedo y acabó dando un par de sorbos a la botella. Tras eso, se sintió ridículo y volvió a dejarla en la papelería. Luego colocó uno de sus dedos sobre el teléfono y jugó a fingir que marcaba algún número, aunque no descolgó el auricular.

Cuando por fin regresó Hancock, comenzó a silbar como si hubiera sido un chico paciente.

—¿Otra cogorza? —le preguntó a su jefe en cuanto lo vio entrar.

—Sí. Llevaba tiempo sin beber, pero lo de hoy vale por un mes.

—Me temo que te ha tomado el pelo —sonrió Harry.

—¿A qué te refieres?

—El otro día la oí decir que hoy llegaban su hermano y su cuñada de Boston. Creo que todo esto no ha sido más que una estrategia para que le des el día libre.

Desde las seis menos cinco, Hancock tenía aparcado su coche frente al portal de Harry. Salió a fumar un cigarrillo y esperó inquieto a que su amigo apareciera. Lo cierto es que preferiría estar con Liv en lugar de traicionando a Liv, pero, después de darle muchas vueltas al asunto, había llegado a la conclusión de que era mejor controlar lo que averiguaba Harry y, si descubrían el nombre del pintor, ya decidiría qué hacer al respecto. Como si aún pudiera enmendar algo. Como si pudiera volver atrás. ¿En qué estaba pensando cuando la besó? ¿Era consciente de dónde se estaba metiendo? Lo que había empezado como un juego, se le había vuelto en contra. El destino se había burlado de él. Ya era tarde para enmiendas. A pesar del cigarrillo, aún sentía el sabor de aquellos labios y sus propios sentimientos lo tenían desconcertado.

A las seis y veinte, Harry apareció sin su muleta. Cojeaba despacio, pero no se movía de forma aparatosa. Subieron al coche y se dirigieron a la dirección que habían apuntado, sin tener demasiada idea de qué se iban a encontrar.

—¿Te imaginas que el que expone sea Gin Fizz? —preguntó Harry mientras Hancock conducía.

—Según el periódico, se llama Adam Freeman. No le veo el parecido a las iniciales.

—¿Y si los pintores tienen pseudónimo, como algunos escritores? Tal vez usen uno para cada estilo...

—Eso nos complicaría todavía más las cosas.

—No si llevas fotografías de los cuadros. Seguro que alguien los reconoce.

—O alguien finge ser el autor para conseguir una suculenta venta...

—Tienes razón. Y, en realidad, podríamos aprovechar eso, Hancock. Ya sé que estás reticente a engañar también a Brinicombe, pero es un tipo de pintura muy fácil de imitar. Si no tuviera aversión a la acetona, hasta yo sería capaz.

—No insistas en esa idea.

Encontraron aparcamiento muy cerca del lugar y se dirigieron a una galería de puertas acristaladas, donde una joven sin pudor en su forma de vestir acudió a retirarles los abrigos y los sombreros.

—Esperen un momento —los avisó.

A continuación, cogió dos antifaces y les pidió que se los pusieran. Hancock y Harry se miraron desconcertados, pero acabaron aceptando.

—¿Para qué es? —preguntó Harry.

—Para pasar a la posteridad —respondió la joven.

—¿Van a matarnos? ¿Acaso ahí dentro hay un pelotón de fusilamiento? —bromeó Harry.

—Van a hacerse eternos. El arte es eterno. No tienen nada que temer. No se trata de nada ilegal. Y les prometo que no habrá sangre.

—En fin. Entiendo que se trata de amor al arte —bromeó Hancock mientras se tapaba los ojos.

—Efectivamente —reconoció ella.

Cuando ambos tuvieron los antifaces puestos, sin posibilidad de visión, la chica cogió a Hancock con la mano derecha y a Harry con la izquierda y los condujo despacio hacia el interior de la galería, procurando que el último pudiera caminar cómodo a pesar de su cojera. Luego los soltó y se disculpó.

—Ahora los atenderán. Yo debo volver a mi puesto.

Aunque no podían verla, les había dado la sensación de que sonreía. O de que reía. Y tal vez era eso, porque ambos se sentían ridículos.

—De uno en uno —dijo ahora una voz de hombre y, de nuevo, Harry sintió que alguien lo agarraba, aunque esta vez de la muñeca—. Póngase aquí, por favor, y tome esto.

El desconocido le entregó una brocha, pero Harry solo reconoció un palo. Aun así, obedeció y la sujetó con la mano derecha.

—¿No será usted zurdo, por casualidad?

—No, soy diestro. ¿He de batirme en duelo con alguien?

—¡Qué ocurrente! —exclamó el desconocido, y luego emitió una carcajada sincera—. Solo tiene que mojar la brocha en uno de estos botes. Escójalo al azar, por favor, y haga un par de trazos sobre el lienzo que tiene delante. Cuantos usted desee.

—¿Quiere decir que voy a pintar?

—Usted, no; su subconsciente.

—¿Y qué pinto? ¿Y qué color voy a usar?

—Déjese llevar. No fuerce nada, tiene que fluir. El color dependerá del bote en el cual usted moje la brocha. Como ve, en esto, el azar es lo más importante. ¿Cuál es su nombre?

—Harry Sanders.

—Muy bien, Harry, concéntrese. Es importante que no piense en nada y escuche su interior.

—¿Y usted quién es?

—Adam Freeman, el autor del cuadro en el que usted va a participar.

A Harry le sonó que la exposición era de un tal Adam Freeman.

—¿Quiere decir que voy a pintarraजार sobre su cuadro?

—Yo solo firmaré. De momento, todo lo que hay en este lienzo es obra de los que están viniendo a la inauguración. Como usted. Es una obra coral. Global, más bien. Nos hablará del subconsciente colectivo.

—¿Quiere decir que ninguno de los cuadros que se exponen aquí los

ha pintado usted y se limita a estampar su firma?

—Harry, deja de hacer preguntas y pinta —lo increpó Hancock.

—Haga caso a su amigo —añadió Adam Freeman—. Le aseguro que no duele.

Harry mojó la brocha en el óleo amarillo, aunque él no lo supo en ese momento, y luego dibujó la cabeza de un conejito, tal como hacían sus hijos.

—¿Lo he hecho bien? —preguntó al terminar, casi como si se sintiera orgulloso.

—Lo ha hecho de forma auténtica. ¿Quién soy yo para hablar de lo bueno y de lo malo? —vociferó el artista—. Ahora usted, por favor —le indicó a Hancock al tiempo que le entregaba otra brocha y lo acompañaba frente al lienzo.

Harry se quitó el antifaz y comprobó que más de treinta personas lo habían estado observando y, algo confundido, se limitó a ofrecer una sonrisa como si hubiera realizado un acto heroico. Luego fijó su atención en el lienzo para observar el resultado. La mayoría pintaba en el mismo lugar, por lo que había bastantes zonas en blanco y varias con saturación de trazos uno encima de otro. Su conejito se confundía con lo demás. Lo cierto es que, estéticamente, producía más rechazo que atracción.

Hancock, antes de dibujar, tanteó el tamaño del lienzo y luego trazó algo que se parecía a una espiral áurea y devolvió la brocha sin demasiado interés.

—Todo un clásico —comentó Adam Freeman.

Cuando se quitó el antifaz, no solo fue consciente del público expectante, sino que vio regresar a la joven de la mano de otro hombre que también llevaba los ojos tapados y lo dejó a su lado.

—Pueden retirarse —les indicó el artista a Harry y a él.

—Bien, ya somos artistas —le comentó Harry a su socio.

—Creo que hoy en día es fácil ser artista —le respondió Hancock en tono confidencial, mientras echaba un vistazo al resto de cuadros de la exposición.

Un hombre de traje blanco y corbata negra le sonrió. Hancock pensó que tal vez no había sido lo suficientemente prudente al hablar bajo y que ese tipo lo había escuchado.

La acción de pintar sin ver se repitió varias veces más, hasta que el artista dio por finalizado el cuadro. Luego lo firmó y lo colgó como si fuera uno más de la muestra. Todos aplaudieron y Hancock y Harry sintieron que tenían que hacer lo mismo. Todos no, el hombre del traje blanco se limitó a mantenerse de brazos cruzados. En aquel momento, otro tipo, que parecía ser el dueño de la galería, llamó la atención de los presentes y agradeció que hubieran venido. Alabó la obra de Adam Freeman y aludió a su nombre:

—Adam, el origen; el hombre libre, porque el arte, hecho desde la libertad, a su vez libera al hombre.

—Es un pseudónimo —le susurró a Hancock el hombre de traje blanco.

—¿Y cuál es su verdadero nombre?

—¿Qué importa eso? En Culturburgo, lo importante es el personaje, no la personalidad.

Hancock estuvo a punto de enseñarle la fotografía del cuadro de Gin Fizz, pero el hombre enseguida se fue a hablar con un grupo que estaba algo apartado.

—¿Qué hacemos? —preguntó Harry a Hancock.

—De momento, contemplar la exposición. No debemos parecer unos intrusos. Muévete como si entendieras de esto.

—¿Y si alguien me pregunta? Sabes que no tengo ni idea. A mí, todo esto me parecen fantochadas. Si alguien me pregunta si me gusta, diré que no.

—A cualquier pregunta, responde siempre: «Interesante».

—¿Interesante? ¡Oh, sí, sí, es muy interesante! —se burló Harry.

Antes de empezar a fingir interés, se acercaron a una mesa y se sirvieron dos vasos de un ponche de un extraño color añil.

—Esto ayudará —comentó Hancock.

—La embriaguez y el arte siempre han ido juntos —añadió Harry mientras fingía un brindis.

En la sala principal, estaban los lienzos que, entre todos los presentes, habían ido creando al entrar. El dueño de la galería colgó un cartel con el rótulo: «Qué más quisiera Hoffmann» y ni Hancock ni Harry entendieron nada. Pero después leyeron, en otro cartel que colgaron al lado, que Hans Hoffmann era, además de pintor, el director de la Escuela de Arte Greenwich Village y uno de los que promulgaba la idea del arte por el arte. Hancock y Harry se miraron el uno al otro con cara de extrañeza y decidieron cambiar de lugar.

Pasaron primero a una sala titulada «Naturaleza y Azar», donde había, al menos, diez grandes lienzos que parecían estar sin pintar, aunque bastante sucios. Un cartelito informaba del proceso de creación. Según indicaba, esos lienzos habían sido encolados y dejados expuestos en un jardín durante siete días. Sobre ellos había actuado la naturaleza. Y, si uno se fijaba bien, parecía cierto. Había algunos insectos pegados en ellos, hojas secas, polvo... Incluso dos papeles de caramelo.

—¿En serio debo decir «interesante»? —murmuró Harry a Hancock.

—Tal vez sea mejor no decir nada. Vamos a ver si en las otras salas la cosa mejora.

Continuaron caminando hasta una sala más pequeña, en la que había una gran jaula colgada del techo con pájaros dentro. La parte de abajo también era de reja y quedaba aproximadamente a un metro del suelo, que mostraba un gran lienzo que se iba manchando con los

excrementos de pájaros y las gotas de pintura que caían cada vez que uno de los animales comía alpiste. Tanto Hancock como Harry buscaron inmediatamente un cartel que explicara algo.

Antes de verlo, Harry preguntó:

—¿Naturaleza viva?

—No. Mira —dijo Hancock mientras señalaba el rótulo—: «Libertad».

—¡Oh! ¿Lo ves? No entiendo nada.

—Ha dicho que se apellidaba Freeman, ¿no? Nos falta el hombre.

—A lo mejor es un hombre-pájaro.

Hancock sonrió.

Una vez más, leyeron la pancarta que justificaba que la obra aún estaba en proceso y, a pesar de ello, continuaron con los mismos interrogantes.

Salieron de allí y, antes de pasar a la última sala, decidieron ir a rellenar sus vasos con aquel extraño ponche añil que, sin embargo, tenía un sabor dulzón que hacía que entrara bien.

—¿Estás seguro de que es para beber? Tal vez sea otra obra de arte —ironizó Harry.

—No creo, no hay ningún cartel —respondió Hancock.

Cuando se dieron cuenta, el hombre del traje blanco volvía a estar tras ellos y, de nuevo, sonreía como si los hubiera escuchado.

—Para no conocer este mundillo, aprenden deprisa —les comentó—. Más que algunos de los presentes.

—¿Es usted pintor? —inquirió Harry.

—Ni siquiera me he puesto el antifaz ni he participado de esa farsa. —Sonrió el hombre.

—¿Marchante? —insistió Harry.

—Digamos que más bien soy una persona curiosa —respondió él mientras que les tendía la mano—. Pueden llamarme Lobo. ¿Y ustedes? Nunca los había visto en estos sitios. ¿Pretenden comprar?

—No, no, en absoluto. Bueno, tal vez, pero solo si encontramos al autor de este cuadro. Enséñale la fotografía, Hancock, tal vez este señor pueda ayudarnos.

Trece

Cuando Olivia regresó a casa aquella noche, le preguntó a Annie por la aspiradora, pero la criada, en lugar de responderle, le mostró un ramo de flores.

—Ha llegado al mediodía. Y tiene una tarjeta. Supongo que no hace falta adivinar de quién es.

—¿Jack?

—Si le digo que sí, pensará que la he leído.

—La has leído, Annie. —Sonrió Olivia—. Déjame ver —comentó mientras cogía la tarjeta que la otra le mostraba. Enseguida procedió a leerla en voz alta:

«Aunque no puedan hacerte justicia, para que sepas que pienso en ti. Jack»

—¿No es un amor de hombre? —preguntó Olivia sin esperar respuesta—. Y las flores son preciosas.

—Ese hombre ha conseguido que usted se olvide de Oscar Hancock y eso ya le otorga mi favor. ¿No recuerda que le dije que los posos del café nunca mienten?

—Ha sido una casualidad, Annie. Yo no creo en esas cosas. Además, no lo he conocido por el proyecto del Eden Hotel.

—Precisamente porque no le concedieron el proyecto fue por lo que usted decidió llamar a Jack.

—Te recuerdo que no ha habido ninguna señal de que Hancock haya tenido algún accidente. Así que, insisto, esto ha sido una casualidad, porque lo de tu muñequito no ha funcionado.

—¿No? La próxima vez que tome usted café, miraré cómo será su futuro con el señor Bradley.

—Si no encuentras augurios de que será maravilloso, será otra evidencia de que los posos mienten —respondió con mirada soñadora, aunque enseguida reflexionó sobre lo que había dicho su asistente—. De todas formas, tienes razón, Annie. Hancock ya no me importa tanto. Ya he confirmado mis sospechas de que jugaba sucio, pero me temo que no conseguiremos pruebas para denunciarlo ante la opinión pública.

—¿Quiere eso decir que ya no necesita a Jack?

—¡Claro que lo necesito! Pero... de otra manera.

—¿Y va a despedirlo como detective privado?

Olivia se detuvo un momento. Lo cierto era que no había pensado en eso.

—No sé qué debo hacer. Ahora nuestra relación ha cambiado.

—Sí, bastante —sonrió Annie.

—Es un hombre limpio, transparente, sin malicia. No pensé que pudiera existir un hombre así.

—Está usted enamorada, señorita Joyner.

—Me siento una privilegiada, Annie. Me estremezco solo con pensar que podría estar con un hombre como Hancock, tal como le ocurre a Heidi Brincombe. Un hombre que solo pretende aprovecharse de una mujer.

—Ese hombre es un mal bicho.

—Sí, pero ella tiene que estar cegada. No encuentro otra explicación —dicho esto, miró a Annie como si la viera por primera vez, y de pronto, le preguntó—: ¿Conoces algún remedio para curar la ceguera?

—¿Ahora sí cree en mí?

—¡Oh! No me hagas caso, Annie, es que solo deseo que a Hancock le salga todo mal.

—No conozco nada para curar la ceguera, pero si me vuelve a prestar la foto de ese hombre, tal vez haya algo que pueda hacer para estropearle la noche.

Olivia, tras dudar un instante, fue a buscar el periódico en el que había una foto de ella y la recortó.

—Aquí tienes —le dijo sonriente—. ¿Qué vas a hacer?

—¡Oh! Algo que le aseguro que le quitará ganas de ir tonteando por ahí.

Annie cogió la foto y se dirigió a su habitación. Al cabo de un minuto, regresó con el muñeco y unos hilos. Olivia la contempló expectante mientras Annie rodeaba el muñeco con el hilo y lo apretaba hasta reducir su cintura a la mitad. Luego, lo anudó.

—¿Qué se supone que acabas de hacer? —preguntó Olivia.

—No se preocupe, señorita Joyner. Un dolor de barriga no es algo grave. No estoy asesinando a nadie.

—Haces trampas. Los dolores de barriga no salen en los periódicos. Así no vas a demostrarme que tus poderes funcionan.

—No son mis poderes, señorita Joyner. Son los de ellos.

—¿De quiénes?

—¡Oh! ¡Eso no se lo voy a decir! ¡No quiero que los invoque!

Hancock, Harry y Lobo salieron de la galería y se dirigieron a una cafetería cercana. El último observaba con interés la fotografía que le habían pasado y negaba con la cabeza una y otra vez.

—Necesitaría un panel en el que explicara la obra —dijo con sarcasmo.

—No creo que sea un gran artista, dado que trabaja para una decoradora —añadió Hancock.

—Pero, si se fija, no pone su nombre, solo las iniciales. Muchos hacen

lo que llaman obra menor para sobrevivir.

Entraron en el local y pidieron unas copas. Harry, a quien le había cambiado el color de la cara, optó por una infusión.

—Había unos quince cuadros similares, aunque variaban las tonalidades.

—Parece infantil, pero eso es algo que se puede decir de casi todo lo que veo últimamente. Hablan de originalidad... Yo me pregunto si eso tiene que ver con ir a los orígenes de uno mismo, es decir, a la infancia.

—¿Estamos en la época de la inmadurez del arte? —preguntó Hancock con una ceja arqueada.

—¿Ya nadie pinta paisajes? —se interesó a la vez Harry, procurando aparentar normalidad, a pesar de que el estómago había empezado a jugarle malas pasadas.

—Ya nadie hace nada figurativo. Eso fue solamente durante la guerra, por la propaganda, ya sabe. Pero, ahora, con las represalias que está tomando McArthur contra cualquier sospechoso de ser un traidor al país, nadie se atreve. Cualquier cosa reconocible puede tacharse de apología del comunismo. Ya ve usted cómo anda de alterado el mundo del cine.

—¿En serio es por eso?

—Por eso y porque la mayoría de estos tipos no saben nada de técnica. Y porque se dejan llevar por la crítica y la moda. Picasso sabía dibujar, su obra clásica es magnífica y, como ustedes sabrán, vivió de su obra vanguardista. Que no la critico, en absoluto, también es maravillosa en su mayor parte. Pero para poder romper algo, hay que dominarlo antes. Y eso ya no ocurre. A esto que se lleva ahora yo lo llamo pintura panfletista. Hay más artesanía y cuidado en los panfletos que la explican que en las obras mismas.

—La palabra que pinta —bromeó Hancock.

—Algo así. No fue solo el gesto de Duchamp con el urinario, eso

queda ya muy lejos. El año pasado, Rauschenberg hizo una exposición de lienzos en blanco en el Black Mountain Collage. Algunos dicen que John Cage le copió la idea, pero él lo niega.

—¿John Cage?

—¿No conoce 4'33”?

—No.

—Supuestamente, es una pieza musical. Algunos también lo llaman *El silencio*. Como sospechará, nadie toca ni una nota durante ese lapso de tiempo. Pero lo más curioso es que hay distintas versiones de la partitura.

—Entonces, tampoco hace falta ser músico para ser músico, ¿no?

—No, amigo, estamos en el mundo de la disonancia.

—Bueno, entonces, ¿qué cree usted? —preguntó Harry señalando de nuevo la fotografía y sin poder disimular que tenía prisa. A Hancock le dio la impresión de que estaba nervioso o se encontraba mal—. ¿Quién sospecha que puede ser el autor?

—Creo que es alguien que aún no ha despuntado en el mundo del arte. Es todo lo que les puedo decir. No me imagino a quién pueden pertenecer esas iniciales, si hombre o mujer, o si también ellas son falsas. ¿Por qué les interesa tanto?

—Mi madre adora ese cuadro. Y ahora está hospitalizada. Me gustaría mucho regalarle otra obra del mismo autor —fingió Harry ante la estupefacción de Hancock, pero, de pronto, este vio que su amigo estaba pálido y temblaba.

El rostro que ofreció el tipo del traje blanco tampoco dio muchas señales de creerse esa versión. Apuró su copa y añadió:

—No puedo ayudarlos. Podría pertenecer a cualquiera, incluso a un gracioso que busca mofarse de los demás...

Harry, que había estado más ausente que expectante ante las palabras del crítico, ya no pudo más y los interrumpió:

—Lo siento, ¿sabe usted dónde está el lavabo?

El hombre del traje blanco señaló una puerta situada al fondo del local y, volviendo la mirada a Hancock, sugirió:

—O puede ser una obra de la que alguien quiera librarse.

Harry había comenzado a caminar hacia los lavabos, pero ahora Hancock veía que corría hacia ellos. Procuró despreocuparse de las manías de su amigo y continuó escuchando al hombre que tenía enfrente.

—Me gustaría decir que puede ser un encargo de cualquier periódico para denunciar lo que está ocurriendo en las buhardillas de los artistas —continuaba—, pero creo que la crítica está más interesada en mantener este estado que en deshacerlo. Mientras se necesite la explicación, los críticos tendrán un papel preferente, y la gente, incapaz de entender la obra, buscará saciar su curiosidad en la palabra. Es una lástima. En fin, espero que tengan éxito en su búsqueda. Aunque yo, si fuera mi madre, trataría de regalarle algo de más valor.

Hancock, viendo que estaba a punto de marcharse, añadió:

—Hemos oído que hay un artista que se llama Glen Fuller. Por las iniciales, pensamos que podría tratarse de él. ¿Lo conoce usted?

—¿A Glen? ¡Olvídense de él, no es el hombre que buscan!

Tras un instante de desconcierto, insistió:

—De todas formas, nos gustaría hablar con él si es posible.

—Puedo buscarlo y decirle que contacte con ustedes, pero ya les digo que no se trata de él.

Hancock apuntó su número en un papel y se lo entregó. En esos momentos, Harry regresaba hacia ellos.

—Que pregunte por Oscar Hancock. Le agradezco mucho su colaboración.

Lobo agarró el papel y se lo guardó. Se levantó del taburete, cogió su

sombrero y se despidió. Harry se acercó apresuradamente hacia él y tocó el ala de su sombrero.

—Disculpe, es que a veces tengo manías —se justificó.

Después de mirarlo desconcertado, Lobo se marchó.

—¿Nunca puedes estarte quieto, Harry?

—Lo siento. Ya sabes que es irremediable. Tenía que tocar su sombrero.

—Dime, al menos, que te has lavado las manos. ¿Era tan urgente tener que ir al lavabo precisamente ahora?

—Muy urgente, Hancock. Creo que algo me ha sentado mal. Ha sido un apretón de los serios.

—No me cuentes los detalles.

—En fin, ¿qué más te ha contado? ¿Has sacado algo en claro?

—Que esto y nada es lo mismo. Estamos igual que antes. A no ser que se equivoque y Glen Fuller sí sea nuestro hombre.

—Por lo visto, el arte del engaño está por todas partes.

—Lo que no entiendo es que nadie diga nada sobre lo que ocurre en el mundo del arte.

—No mata a nadie. Y, al fin y al cabo, estamos en la época del consumo. Lo que antes eran obras, ahora son productos.

—Eso parece —añadió Harry—. De todas formas, aunque te pese, creo que, si Glen Fuller nos falla, no tendrás más remedio que ser más insistente con Joyner.

—Preferiría conseguir los cuadros de otro modo.

—¿A qué vienen esas reticencias? ¿Quieres que Brinicombe nos cancele el proyecto? —Lo miró sorprendido.

—¿En serio crees que para ella son más importantes esos cuadros que su hijo?

—Mira, Hancock. Nuestra idea fue brillante porque ella tenía que tomar una decisión en unas horas y eso iba a nuestro favor. A día de

hoy, ya ha tenido tiempo de asesorarse con los mejores abogados y sabe que su hijo no irá a la cárcel. El resto es dinero y, si se le ocurre poner un investigador privado a Prudence, ni eso. Tenemos que ceder en el tema de los cuadros.

—Pero si ya has oído que podría haberlos pintado un niño...

—Pues que los pinte un niño. Porque parece ser que tu labor de investigador privado da pocos frutos.

—No te metas en eso...

—¡Oh! No nos va a quedar más remedio que buscar a un falsificador, aunque tampoco te guste la idea. Estoy convencido de que cualquiera de los que estaban allí podría hacer algo como eso.

—Preferiría cenar algo antes que volver allí, no vaya a ser que tengamos que pintar otra vez.

—Yo no tengo ningún deseo de comer nada. No me fío de mi estómago. ¿Tú te encuentras bien?

—Sí, ¿por qué debería encontrarme mal?

—Creo que ese ponche tenía algo.

Pagaron y salieron de la cafetería. Se dirigían hacia el coche cuando, de pronto, Harry dijo:

—No te enfades, Hancock, pero siento una necesidad imperiosa de entrar ahí.

—¿Otra vez? —preguntó Hancock al tiempo que miraba hacia el local al que señalaba Harry y sobre cuya puerta había un cartel que ponía «Mamma Mia»—. Acabas de decir que no tienes hambre.

—Acabo de decir que no me fío de mi estómago, pero está vacío. Te lo aseguro.

—Lo siento. No voy a hacerte caso. Esta vez, no.

Hancock continuó avanzando hacia el coche mientras Harry dudaba de qué hacer.

—¡Ten piedad de un cojo! —le suplicó al ver que no reculaba.

Pero Hancock, que tenía ganas de quedarse a solas consigo mismo para pensar por qué no lograba quitarse a Olivia Joyner de la cabeza, no se giró, y Harry entró solo en el restaurante italiano.

Catorce

El local tenía varias mesas vacías y lo atendieron enseguida. Aún dudaba de si había hecho bien cuando un camarero, un hombre moreno que fingía acento italiano, le recomendó los *tagliarini* al pesto.

—*Noi riquísimos* —le dijo exagerando la dicción.

—De acuerdo. Y un lambrusco, por favor —añadió Harry como si hubiera olvidado los retortijones que lo habían puesto en un apuro hacía nada.

Sus manías siempre lo ponían en situaciones que no deseaba, así que decidió aprovechar la ocasión y disfrutar de la cena. Estaba enfadado con Hancock por no haber querido acompañarlo y decepcionado por la estéril visita a la galería. Pero de pronto, sus ojos quedaron clavados en un punto de la pared y todo eso desapareció de su cabeza. Por un instante, pensó que le volvían los retortijones, pero no, no era eso. Parpadeó varias veces como si quisiera asegurarse de que no estaba ante una alucinación. Desde donde se encontraba, el cuadro que había al lado de un espejo se parecía demasiado al de la fotografía de Heidy Brinicombe, aunque con distintos matices en los colores. Pero sí parecía del mismo estilo.

Aún sorprendido, se levantó para cerciorarse de que estaba firmado con las iniciales de Gin Fizz. Y así era: la ge y la efe aparecían en la parte inferior de la derecha. Le costaba dar crédito a su suerte y se quedó observando el cuadro.

—¿Le gusta? —le preguntó el camarero al notar su interés.

—Es... interesante. ¿Sabe quién es su autor?

—Lo siento, *signore*, pero solo hace unos meses que trabajo aquí —le respondió—. Puedo avisar al encargado, seguramente él lo sepa.

—Me haría usted un gran favor.

Harry regresó a su mesa y, al cabo de un minuto, el encargado se presentó allí.

—Me han dicho que quiere comprar un cuadro...

—No, no comprar exactamente. Pero me gustaría saber quién es el autor de aquel lienzo —añadió Harry a la vez que señalaba a la pared en la que estaba el cuadro.

—¡Ah! ¿Le gusta? Fue el regalo de una clienta. Una señora muy dicharachera y peculiar —sonrió.

—¿Y sabe quién es el autor?

—Eso debería preguntárselo a ella, en el caso de que lo sepa. Igual es de algún sobrino o le tocó en alguna tómbola, ¡vaya usted a saber!

—¿Y esa señora viene por aquí a menudo?

—Antes era una clienta habitual. Ahora hace ya unos meses que no la veo.

—¿Cómo se llama?

—El apellido es Filardi, pero ahora no recuerdo su nombre. Sé que es italiana y que reside en Little Italy, pero no puedo decirle más. Para nosotros siempre ha sido la *signora* Filardi.

—Filardi... Sí, es probable que se trate de algún sobrino o incluso de su hijo. Sí, eso debe de ser —comentó Harry—. Aunque me temo que habrá muchos Filardi en Little Italy.

—¡Oh! Seguro que ella estaría encantada si supiera que usted se ha quedado impresionado con ese cuadro. Yo no le veo nada especial, pero ella estaba muy interesada en que lo colgásemos aquí. Si no hubiera sido una buena clienta, no habría aceptado. Pero a una mujer mayor no hay que agraviarla... Recuerdo una vez que la *mia mamma*

se ofendió solo porque...

—¿Les regaló más? —lo interrumpió Harry.

—No, no, por fortuna, no. Como verá, lo he puesto al lado del espejo. La gente suele mirarse en él y así consigo que no se fijen en el cuadro. No habría sabido dónde colocar otros si me los hubiese regalado. Ya le he dicho que no es de mi agrado.

—¿Tiene bolígrafo y papel? —le preguntó cada vez más agradecido por su suerte. Me gustaría anotarle mi teléfono por si esa señora regresa. ¿Sería tan amable?

—¡Oh! ¡Claro, claro! Como les he dicho, la señora Filardi estará encantada de saber que alguien tiene tanto interés.

Cuando el encargado se marchó, Harry comentó para sí mismo:

—Ya sabía yo que tenía que entrar aquí. Hancock no se lo va a creer.

—¿Gin Fizz? —preguntó Hancock, que estaba escuchando toda la conversación.

—El mismo. Y a ti puede parecerle una casualidad, pero estoy convencido de que fue el instinto lo que me llevó hasta él.

—¿Y te dijeron quién es el autor?

—No, pero cuando regrese la señora que se lo regaló, me avisarán.

—¿Y si esa señora no sabe quién es el autor?

—¿Cómo va alguien a regalar un cuadro sin saber quién es el autor?

—Bueno, desde ayer, tú y yo también somos artistas y quiero pensar que quien se atreva a comprar esos cuadros nunca nos conocerá.

—Hancock, estás celoso porque lo he descubierto sin ti.

—Que yo sepa, aún no lo has descubierto. Y, ahora, si me permites, he quedado con Brinicombe.

—Espera. Se me ocurre una idea. Y es una buena idea.

Hancock se detuvo ante la puerta y lo miró con resignación.

—Deberías invitar a Joyner a cenar allí.

—¿Ahora vas a decidir sobre mi vida privada?

—¿Ahora lo llamas vida privada? Pensé que salías con ella para averiguar quién es Gin Fizz y yo te voy a poner en bandeja el poder descubrirlo.

Hancock lo observó escéptico.

—Si cenáis en el Mamma Mia, ella inevitablemente hablará del cuadro. Es la ocasión ideal para que salgamos de dudas de una vez por todas.

—No.

—Hazme caso. Por cierto, no veo a Prudence. ¿Ha vuelto a usar la misma táctica para que le des el día libre?

—Ha llamado para decir que se encuentra mal por culpa de la resaca. Ha tenido suerte de que no descolgara yo el teléfono, porque, cuando la pille, le voy a decir cuatro cosas y a acabar de una vez con todas sus estrategias.

—Se las merecerá. Yo he pasado mala noche. Sigo con problemas en el estómago y aquí estoy.

Ese martes a mediodía, Hancock fue a buscar a Liv a su oficina para invitarla a almorzar. Necesitaba verla. Necesitaba aclarar lo que le había sucedido, comprobar que el influjo que ella ejercía sobre él no había desaparecido. Lo que había ocurrido entre ellos lo había sorprendido y no lograba recuperarse.

Se sentía mal. O bien, demasiado bien. No estaba seguro. Sabía que no debería haberla besado. Lo supo antes, cuando no podía dejar de mirar su boca con ansia y ternura, y lo supo mientras la besaba, como quien disfruta de un fruto prohibido. Pero, sobre todo, fue cuando ella lo miró encandilada al interrumpir el beso, pues un sentimiento

doloroso lo embargó. En aquel momento deseó no tener nada que ver con Hancock, ser de verdad el Jack al que ella besaba y abandonarse para siempre a esa nueva identidad. Sin embargo, a pesar de todas las alarmas, algo en él no había podido evitar besarla, quizá un deseo que lo había sorprendido despacio a medida que la iba conociendo. Sí, le gustaba esa chica. Más de lo conveniente. Sobre todo, hallándose en la situación en la que se encontraba. En algún momento debería dejarla. No podía alargar más esa farsa. O, tal vez, debería confesarle quién era. Pero el simple hecho de imaginar sus ojos de decepción le complicaba la capacidad de tomar esa decisión. Se sentía atrapado en su propia mentira. Pero, al mismo tiempo, no podía dejar de desearla. Así que, también sin proponérselo, apareció en su despacho. Como si ese acto ni siquiera hubiera pasado por su conciencia, sino que había emergido directamente de una voluntad irracional.

—Espero que no estés muy ocupada —le dijo en cuanto la vio.

Ella levantó la cabeza y sonrió. La estancia, o tal vez fue su alma, se iluminó en un instante y fue como si se despejaran todas sus dudas. Era preciosa.

—No. Bueno, un poco, pero puedo encontrar tiempo para ti —respondió contenta de su inesperada visita. Cada vez que lo veía, ella también se sentía un ser de luz. Debía reconocer que estaba más que ilusionada, enamorada, por mucho que hubiera intentado negarlo ante Meg. Jack había aparecido en su vida para demostrarle que aún quedaban hombres hechos y derechos, mientras ella era testigo de la falta de honestidad de tipos como Hancock. Y era encantador, tal vez esa era la palabra que mejor lo describía. Se sentía afortunada de que alguien como él se hubiera fijado en una mujer independiente como ella. Sin dejar de sentir que el sol brillaba en su interior, añadió—: Además, suelo hacer un descanso para comer algo. Por cierto, gracias por las flores. Son preciosas.

—No tanto como tú.

Ninguno de los dos se atrevió a acercarse a besar al otro, aunque ambos lo anhelaban. Una, por timidez. El otro, por inseguridad ante sus propios actos. Hallarse en un despacho en el que había bocetos de decoración le recordaba demasiado que no era Jack.

Con el corazón acelerado en el pecho y unos sentimientos que no llegaban a aflorar en palabras, fueron a una cafetería cercana y pidieron unos emparedados y cafés. Mientras esperaban sentados a la mesa, él puso su mano sobre la de ella, que jugaba nerviosa con una servilleta.

—Ya tengo casi terminado el diseño del apartamento de la señora Woodhouse. He quedado el jueves para enseñárselo —rompió el hielo ella, que se sentía azorada y solo se encontraba segura si hablaba de su trabajo.

—Seguro que le gustará.

—Te gustaría a ti porque ves con buenos ojos todo lo que yo hago —respondió mientras dejaba que él acariciara su mano—. Pero me parece que ella es de esas personas que exigen modificaciones. Aunque, mientras no sea algo estructural, no me importa.

—A veces, modificar algo implica más cambios.

—Sí, claro. Una pieza afecta al conjunto. Creo que podrías ser un buen decorador.

Hancock negó con la cabeza al tiempo que una camarera les servía el almuerzo.

—En absoluto. Es que me gusta escucharte y retengo todo lo que dices.

—No hay muchas personas que sepan escuchar. Tú eres especial en todo. —Le sonrió.

—También sé silbar —bromeó al tiempo que comenzaba a sincronizar su silbido con la música de Billie Holiday que sonaba en la radio.

Ella rio de una manera que parecía despertar la vida en quien pudiera escucharla.

—También sabes bailar —dijo Liv cuando paró de reír.

—Contigo es fácil. Será un placer volver a repetirlo —respondió embelesado y, tras un instante, en el que procuró reaccionar, su voz se tornó más grave. No debía flirtear y lo sabía. No antes de solucionar su situación—. No he conseguido pruebas contra Hancock, Liv. Tal vez sea mejor que ya no trabaje para ti. Además, después de lo que ha pasado entre tú y yo, creo que me costaría aceptar tu dinero.

—Has trabajado y te pagaré por ello, ni se te ocurra pensar lo contrario. Y no, no has aportado pruebas contra ese tipo, pero me has demostrado que tenía razón. Ya no dudo de la calidad de mi trabajo —lo defendió ella.

—¿Te hizo dudar? No puedes permitir eso, eres muy buena.

—Gracias, pero, como he dicho antes, tú me ves con buenos ojos.

—No, lo digo en serio. Eché un vistazo a tu proyecto del Eden Hotel y me pareció no solo adecuado, sino con encanto. No permitas que un tipo como Hancock te haga dudar de ti.

¿Realmente le había hecho tanto daño sin saberlo? Por supuesto, no pensaba cobrarle por un falso trabajo, pero, mucho menos, se había propuesto que se sintiera insegura.

—También quería hablarte de él —añadió Liv—. He estado pensando y me gustaría conocerlo, Jack.

Hancock se sobresaltó, pero luchó por disimularlo.

—¿Conocerlo? ¿Para qué quieres tú conocer a ese tipo? Ya sabes cómo se las gasta...

—Es lo último que te encargo, no me lo niegues, por favor. Tienes razón en que probablemente no valga la pena seguir investigándolo. Es listo y no permitirá que haya pruebas de nada. Además, aunque lo fotografaras en una situación comprometida con Heidy Brinicombe,

eso no demostraría que se ha aprovechado de ella. Pueden decir que es un amor que ha surgido con el contacto a través del proyecto.

—Eso es cierto —admitió y, de pronto, la miró de otra manera—: Entonces, ¿estamos de acuerdo en que vas a despedirme? —preguntó, al principio con una sonrisa, porque él también deseaba librarse de esa situación, pero enseguida, al reparar en las posibles consecuencias, el rostro alegre de su faz se borró—: Aunque espero que no vayas a contratar a otro...

—No, no. No voy a contratar a nadie más.

Hancock suspiró.

—Lo que no entiendo es por qué quieres conocer a ese tipo.

—Necesito decirle cuatro cosas. Y, después, te prometo que no habrá más Hancock en mi vida.

—¿Para desahogarte?

—Sí. Y no me parece oportuno presentarme en sus oficinas. Allí se sentirá seguro, arropado por los suyos. Me apetece sorprenderlo. Necesito que averigües qué lugares frecuenta.

—No, no. Ni se te ocurra ir a su despacho —se preocupó Hancock.

—Entonces, busca la manera de sorprenderlo —sentenció—. Gracias por este rato, pero debo irme. Tengo mucho trabajo.

Hancock sacó su billetera y dejó unos billetes en la mesa mientras ella se ponía la chaqueta. Acompañó a Liv hasta el portal de su oficina y allí sí se atrevió a besarla, pero de un modo parco que lo dejó con ganas de más. No sabía cuántos besos iban a ser necesarios para saciarse de ella.

Al regresar al coche, ya no tenía ninguna duda: se estaba enamorando.

Quince

Aquella noche Hancock tardó en conciliar el sueño. La intranquilidad anidaba en su cuerpo. Antes de acostarse, había estado mirando el álbum de fotografías de sus padres, tal vez para justificarse a sí mismo por qué había chantajeado a Brinicombe, por qué suplantaba la identidad de otra persona y por qué engañaba a la mujer que despertaba en él sensaciones que, hasta entonces, siempre había creído que solo existían en las películas.

Si en algún momento había pensado que dominaba la situación al besar a Liv, si había tratado de decirse que había sido una táctica para derrumbar sus defensas y acceder a ella con más facilidad, ya no podía seguir mintiéndose. El derribado era él o, al menos, la coraza que pensaba que llevaba puesta.

Ahora, ni la remodelación del Eden Hotel ni el maldito pintor desconocido eran importantes. De repente, esa importancia la había empezado a acaparar Liv. No sabía desde cuándo. Al principio, cuando vio que ella pretendía investigarlo, se había sentido ofendido en su orgullo masculino y, sobre todo, retado a una lucha por alguien a quien consideraba inferior. Pero su trabajo lo había sorprendido. Y su empeño. Y su entusiasmo. O tal vez la dulzura de sus ojos... Sí, aunque se había jurado que el engaño era una venganza por ponerle un detective privado y, luego, lo había mantenido para localizar al autor de los cuadros, debía reconocer que desde el primer momento le había gustado estar con Liv. Que le gustaba Liv. Que durante todo este tiempo la imagen de ella se había filtrado peligrosamente en sus

pensamientos y que, desde allí, había ido arraigando en su piel, en sus venas, y que a través de una sangre bullente le había llegado al corazón. No había habido trampa en el beso. Se había entregado a él.

Y, ahora, no había vuelta atrás. No podía desprenderse de lo que sentía.

Él, que se creía inmune al amor. La sorpresa ante sus propios sentimientos lo tenía aturdido. Había contemplado las fotografías de sus padres durante años con cierta envidia. Él no había conocido algo así, y no es que no hubiera mujeres revoloteando a su alrededor. Pero ninguna había llamado su atención lo suficiente como plantearse un futuro con ella. Con Liv era distinto y, sin embargo, no había futuro.

Porque... ¿cómo hacerse perdonar? Ella odiaba a Hancock y él había alimentado ese odio. Ya no tenía nada de divertido. Y no sabía cuánto tiempo podría mantener el desdoblamiento en Jack. Tal vez, si consiguiera que ella estuviera más enamorada, si continuara su relación hasta un punto en el que Liv tampoco encontrara el retorno... No. No había esperanzas. En cuanto descubriera quién era, no lo perdonaría. Solo le cabía disfrutar de aquel regalo que le hacía la vida, aunque tuviera fecha de caducidad. Sí, eso era lo único que podía hacer. Contentarse con su presencia hasta que inevitablemente desapareciera.

No tenía ganas de hablar con Harry ni de regañar a Prudence por haber faltado al trabajo durante dos días, así que, tras ducharse y vestirse, decidió pasar antes por la tienda de cerámica para encargarse de los revestimientos de los aseos del Eden Hotel.

El miércoles por la mañana Liv salió a visitar la tienda de cerámica. Le había entregado tres proyectos a la señora Woodhouse y estaba ansiosa por conocer si aceptaría alguno de ellos. Ya no se trataba solo

de ella, también sentía la necesidad de demostrarle a Jack que era una decoradora solicitada. Porque ya no sabía hacer nada sin pensar en Jack. Aunque ahora debía centrarse en su trabajo actual. Necesitaba baldosas y azulejos para los cuartos de baño del señor Higgins y la habían avisado de que habían llegado novedades.

Hancock también se encontraba en la tienda de cerámica cuando Liv entró allí. Había llegado cinco minutos antes y, tras preguntarle al encargado, el señor Harrington, si tenían suficientes azulejos de un modelo que le había gustado, el encargado había ido al almacén a comprobarlo y él estaba esperando tranquilo y confiado.

Por fortuna, la vio antes de que ella se fijara en él, y se escondió tras un panel de azulejos. Sin embargo, sabía que ella tardaría en salir y uno de los encargados, que había ido a buscar otra muestra, lo llamaría de un momento a otro. Cruzó los dedos a la espera de tener suerte.

Liv se dirigió a otro de los dependientes y se presentó.

—Soy Olivia Joyner. El señor Harrington me ha avisado de que le han llegado nuevas baldosas de porcelana para revestir un cuarto de baño. ¿Podría verlas?

—¡Buenos días, señorita Joyner! El señor Harrington está atendiendo a otro cliente, pero si pasa por aquí, yo le enseñaré lo que nos ha llegado nuevo. ¿Tiene ficha de cliente?

—Sí. Tengo una firma de decoración.

El comercial amplió su sonrisa y le pidió que lo siguiera. La tienda era grande y tenía distintas zonas según el producto: baldosas para suelo de interior, de exterior, revestimientos, baldosas de pared de cocina, de cuartos de baño, decorativas... También tenía una parte dedicada a lavabos, sanitarios y bañeras y, otra, a encimeras de cocina. Sin embargo, las novedades todavía no estaban ordenadas y las tenían en un lugar apartado; muy cerca, tras un panel con cenefas decorativas,

se había escondido Hancock.

Liv pasó a poca distancia de Hancock sin saberlo, él respiró aliviado al ver que continuaba sin percatarse de su presencia. Sin embargo, también comprendió que no podía salir de allí sin ser visto. Y lo último que deseaba era que Liv lo sorprendiera mientras el señor Harrington regresaba y lo llamaba «señor Hancock».

El comercial que atendía a Liv le enseñó lo último en cerámica de baño y ella hizo varias preguntas sobre la calidad de los materiales.

—Son unos azulejos preciosos, pero no es solo una cuestión estética. Me gustan esos de allí, aunque eso me obligaría a cambiar el color que tenía pensado para las cortinas de la bañera.

—Tiene usted criterio, señorita Joyner. Los que hasta ahora los han visto se inclinan por esos de allí porque son más llamativos, pero yo creo que con el tiempo tienen que cansar.

—Demasiado protagonismo. Además, no es lo mismo ver dieciséis baldosas que cuatro paredes llenas de ellas.

—Exactamente.

—Un revestimiento tiene que acompañar, ayudar a un ambiente, pero no acapararlo.

Hancock la escuchaba al tiempo que se asomaba un poco para calcular sus posibilidades de escapar. En esos momentos ella le daba la espalda. Si él decidiera salir, tendría medio minuto para llegar a la calle y escabullirse entre los transeúntes. Sin embargo, temía que en cualquier momento pudiera girarse. Pero cuando Liv cogió un azulejo entre las manos para examinarlo mejor, vio la oportunidad y avanzó unos pasos. Sin embargo, contra todo pronóstico, Liv se ladeó para comparar el color del azulejo que tenía en la mano con otro que estaba a su espalda, y Hancock se vio obligado a detenerse y refugiarse tras otro panel.

Exhaló un suspiro cuando comprobó que había vuelto a esconderse a

tiempo. Aunque de nuevo se sobresaltó cuando notó que varios ojos lo miraban. Su corazón aún palpitaba a toda velocidad cuando comprendió que era su propia imagen multiplicada, porque se había colado en la sección de espejos. Ahora Liv quedaba más apartada, pero él tenía menos visibilidad, debía volver a intentar marcharse antes de que fuera demasiado tarde. No sabría cómo explicar su presencia allí.

Por suerte, notó que en los cristales del escaparate se reflejaban la figura de Liv y la del encargado que la atendía, así que se dedicó a observarla para encontrar otra oportunidad de escapar.

—Si lo prefiere, podría combinarlo con un espejo que tiene los bordes a juego con los azulejos —comentaba el encargado.

En ese momento Hancock comprendió que iban a dirigirse hacia donde él se encontraba. Miró hacia todos lados y solo se vio a sí mismo repetido en los espejos. Más que angustiado, se sintió perdido. Se acercó a un espejo que parecía esconder un armario, pero solo era la lama principal y no había lugar detrás donde protegerse. Los pasos y la voz de Liv se acercaban. Continuó estudiando su situación y, por fin, vio un hueco entre dos largos espejos y se filtró por él antes de que Liv lo sorprendiera.

Ya a cubierto, cuando comenzó a resoplar, oyó una voz que le decía:

—Lo estaba buscando, señor Hancock.

Alzó los ojos hacia arriba y observó al señor Harrington, que lo miraba de forma interrogante por su actitud huidiza.

—He mirado en el almacén y creo que tenemos suficiente *stock*. ¿Le ocurre algo?

Fue oír «Hancock» y el corazón de Liv se aceleró. Comenzó a mirar hacia todos lados, primero aturdida, como si estuviera comprendiendo despacio que su enemigo se encontraba allí. Luego, fijándose en todos los rincones, aunque solo vio imágenes de sí misma que la observaban con los ojos muy abiertos en todos los espejos.

Con el azulejo aún en la mano, dejó al comercial con la palabra en la boca y se dirigió hacia donde había oído la voz. Se sintió afortunada al ver un hueco entre dos espejos y llegó hasta él a paso rápido. Se asomó de forma vertiginosa, pero solo acertó a distinguir a un hombre con el mismo uniforme que el que la atendía a ella y a otro, de espaldas, con un traje azul marino que desaparecía tras la zona de las bañeras.

—¡Oiga! —la llamó su comercial—. El espejo es este de aquí.

Liv se giró un momento, le dispensó una expresión de disculpa y añadió:

—Vuelvo enseguida.

Hancock se apresuró a coger del brazo al señor Harrington y a decirle:

—Quiero verlas.

Y comenzó a conducirlo hacia el almacén, pero antes se desvió a la zona de baldosas de terraza a fin de evitar ser visto si Liv continuaba tras él.

—Para entrar en el almacén, deberá ponerse un casco. Son las normas del establecimiento —respondió su acompañante, extrañado por su misteriosa conducta mientras caminaban por lo que parecía estar convirtiéndose en un laberinto.

—Pues busque un casco. Pero quiero asegurarme de que tienen la misma textura rugosa que las que están expuestas —añadió al tiempo que continuaba empujándolo.

—Señor, le acabo de confirmar que son las mismas. ¿Por qué no iban a ser idénticas?

—Me he llevado muchas sorpresas en mis compras. Si voy a gastarme una buena suma de dinero, no quiero arrepentirme.

—¿Por qué susurra?

—Es mi garganta —volvió a musitar como si carraspeará.

Liv se había detenido en la zona de las bañeras y se dedicaba a abrir

de una en una todas las cortinas. Lo hacía rápidamente, para sorprenderlo si se había ocultado tras alguna de ellas, como si intuyera que Hancock la había descubierto y trataba de evitarla.

Cuando salió de la zona de las bañeras, volvió a mirar a su alrededor y vio a un hombre de espaldas al que otro comercial atendía y se dirigió hacia ellos. Pero cuando el hombre se giró, vio que no era Hancock. Aunque la fotografía que le había enseñado Jack estuviera borrosa, una barba como la que lucía ese tipo no crecía en una semana.

Los dos hombres la miraron, ella sonrió como si no pasara nada y reuló cohibida. Volvió a fijarse en otros clientes de la tienda, pero no encontró a Hancock por ningún lado. En esos momentos, su comercial llegó hasta ella.

—¿Le ocurre algo? —le preguntó.

—No. No, no, lo siento, solo ha sido... ¿Conoce usted a Hancock?

—¿De la firma Hancock? Sí, estaba aquí hace unos momentos —respondió al tiempo que miraba a su alrededor—. Tal vez ya se haya ido.

—No puede haber llegado tan deprisa hasta la puerta... —calculó ella en voz alta.

El comercial la miró desconcertado mientras Liv se ponía de puntillas y continuaba observando toda la tienda, de un lado a otro.

—Entonces, ¿no le interesan las baldosas?

—Sí, sí, claro. Pero ¿antes podemos acercarnos allí? —preguntó al tiempo que señalaba el lugar en el que se hallaban otras personas. Tal vez, una de ellas fuera Hancock, aunque ninguno de los presentes llevara un traje azul marino.

El encargado aceptó con resignación su capricho y la siguió, pues ella ya había comenzado a encaminarse hacia allí. Olivia se detuvo al comprobar que ninguna de esas personas se parecía a la fotografía de Hancock y, resignada, se giró hacia el comercial y le dijo:

—Creo que me he equivocado. Lo mejor será que me enseñe esos azulejos.

Una vez en el almacén, Hancock se sintió a salvo y de nuevo agradeció su suerte. Se pasó una mano por la frente y el señor Harrington lo malinterpretó y pensó que el casco le daba calor.

—No se quite el casco, por favor.

—¿Y qué peligro corro?

—Lo ignoro, pero yo solo soy el encargado. El dueño es quien dicta las normas de seguridad. Antes tenía una tienda de cascos y otros objetos de protección.

Hancock sonrió.

El señor Harrington lo llevó hacia unos grandes paquetes llenos de baldosas y le dijo:

—¿En serio quiere verlas una a una?

—No, con una muestra será suficiente.

—Entonces, podría habérmela pedido. No era necesario que viniera hasta aquí.

—¡Oh! Sí que lo era, le aseguro que lo era. Por cierto, ¿este almacén tiene una salida directa al exterior?

—Sí, allá al fondo —le señaló.

—Gracias —respondió al tiempo que emprendía la marcha.

—¡Oiga! ¿No quería ver la rugosidad de las baldosas?

—¿Tengo algún motivo para dudar de su palabra?

El señor Harrington se quedó con la boca abierta, pero no dijo nada mientras observaba al señor Hancock dirigirse a toda prisa hacia la puerta trasera. Pero más aturdido se quedó aún cuando Hancock se detuvo y regresó para preguntarle:

—Por cierto, ¿tiene una americana de mi talla?

—No vendemos americanas, señor.

—Me refiero a una que pueda prestarme. O cambiarme por la mía. Es

de un traje hecho a medida.

—Tengo una chaqueta de lana en la taquilla, señor, pero no creo que quiera cambiármela. La suya es mucho más cara.

—¡Oh! Le aseguro que sí quiero —dijo al tiempo que comenzaba a desprenderse de su americana—. Siempre que esté usted conforme, claro.

—Será un placer, señor —afirmó el encargado al tiempo que se dirigía hacia la taquilla.

Cinco minutos después, cuando Hancock salió por la puerta trasera de la tienda de cerámicas, celebró el sol que en aquel momento cegó su rostro y, aún nervioso, pero ya satisfecho, comenzó a caminar a buen paso hacia su coche.

Sin embargo, cuando giró la esquina, de nuevo se sobresaltó.

—¡Jack! ¿Qué haces tú aquí? —le preguntó Liv, que en esos momentos también se disponía a dar la vuelta a la calle.

Dieciséis

Hancock volvió a quedarse aturdido durante unos instantes al ver a Liv ante él, pero enseguida reaccionó y le pidió silencio.

—Estoy siguiendo a Hancock —comentó.

—¡Oh! ¡He estado a punto de verlo! Estaba en la tienda de baldosas y...

—Eso imaginaba. ¿Sigue ahí?

—No, ha salido sin que me diera cuenta —respondió frustrada—. Y, tú, ¿por qué lo estabas siguiendo? Te dije que ya no era necesario que siguieras investigando.

—No lo seguía exactamente —reculó—. He venido a comprar un espejo y me ha parecido verlo —comentó al tiempo que alzaba los hombros.

—Deberíamos buscar su automóvil en el aparcamiento —razonó Liv—. Y esperarlo allí. ¿Qué marca es?

—Eso estaba haciendo ahora, pero no veo su Mercury por ninguna parte. Tal vez haya venido en taxi.

—¿Y no lo has visto marcharse? —preguntó al tiempo que volvía a mirar alrededor—. Porque te aseguro que dentro no está y, como mucho, habrá salido hace unos minutos.

—No, lo he visto entrar cuando yo estaba en la tienda y entonces he decido salir para buscar su coche y saber si Heidy Brinicombe lo esperaba allí —respondió Hancock comenzando a sentirse apurado.

—¿Y por qué debería esperarlo afuera? —preguntó, pero ella misma se respondió—: Claro, para evitar levantar sospechas de su relación.

Aunque, pensándolo bien, que fueran juntos a elegir azulejos tendría sentido...

Nervioso, Hancock levantó los hombros.

—Me temo que ya no lo encontraremos. Y tú, ¿qué haces aquí? —procuró cambiar de tema y dejar de hablar de sí mismo en tercera persona.

—He venido a ver azulejos para el cuarto de baño del señor Higgins. Estaba con unos cuando he oído que alguien llamaba a Hancock. Lo he visto de espaldas, casi un segundo, pero me ha parecido más alto que en la fotografía.

—Las fotografías engañan.

—Supongo que sí —admitió algo defraudada—. Habría sido una ocasión estupenda para decirle lo que pienso de él.

—Si sigues con esa idea, conozco un lugar en el que suele cenar. Creo que es mejor eso que sorprenderlo aquí —respondió para hacerla desistir y, sobre todo, con la idea de volver a cenar con ella.

—Será un restaurante caro y lujoso con vigilancia privada, seguro.

—Nada de eso. Yo también me extrañé al verlo en ese antro... Es un restaurante italiano bastante modesto.

—¿Allí lleva a Heidy Brinicombe?

—Que yo sepa, lo ha hecho en dos ocasiones.

—Tiene sentido. Seguro que mantienen sus encuentros en sitios discretos para no llamar la atención.

—¿Tienes tiempo para tomar un café?

—Me encantaría, pero los miércoles suelo visitar a mi abuela.

—¡Ah! Lo entiendo —se lamentó—. Tienes una abuelita desvalida que siempre está deseando que lleguen los miércoles para verte.

—Algo así —sonrió Liv—. Pero... ¿sabes una cosa? Me encantará que esta noche me invites a cenar a ese restaurante italiano. ¿Estás ocupado?

—No, no tengo nada. Aunque, pensándolo bien, creo que no es un lugar para ti. ¿No habíamos quedado en ir a bailar?

—Si es un lugar para Heidi Brinicombe, es un lugar para mí. Además, mi abuela es italiana y me encanta esa comida, ¿no te lo he dicho nunca?

—No, pero ahora entiendo mejor la belleza mediterránea de tus rasgos.

—Eres un amor —le dijo al tiempo que lo besaba en la mejilla—, pero ahora tengo que irme.

—Sí, tu abuelita... —respondió él, aún suspirando por no haber sido descubierto mientras la veía marcharse.

Cuando llegó a Little Italy, Olivia notaba que el corazón aún le latía desbocado, aunque albergaba sensaciones contradictorias. Por un lado, había estado a punto de descubrir a Hancock, lo deseaba, pero finalmente se le había escapado y eso la hacía sentirse decepcionada. Por otro lado, haberse encontrado con Jack le había alegrado el día. Era verlo y sentir que sonreía por dentro. Regresar a la niñez y pensar que los sueños son alcanzables. Tocar el cielo y saberse afortunada. Por un momento, se le había pasado la idea de invitarlo a conocer a Gilda, alguna vez tendría que hacerlo, pero en el último instante había temido que su abuela estuviera haciendo alguna de las suyas. Además, aún no le había hablado de él.

Cuando llamó a la puerta del apartamento de Gilda, nadie contestó. Volvió a pulsar el timbre dos veces más y acercó su oreja a ella, pero no escuchó ningún ruido en su interior. De pronto, oyó su nombre.

—¿Liv? ¿Liv? ¿Eres tú?

La voz no venía del interior del apartamento, sino de la propia escalera, y Olivia se asomó. Su abuela estaba subiendo en aquellos

momentos.

—Sí, soy yo, Gilda. ¿De dónde vienes?

—¡Oh! —exclamó en cuanto se asomó, aún sin llegar al rellano—. Me han tratado muy bien, muy bien. Me han hecho sentir una reina.

—¿Quién te ha tratado muy bien, Gilda? —preguntó Olivia con una sonrisa al ver que su abuela se encontraba bien.

—Todos los chicos del plató de televisión. Han sido muy amables. Y me han dicho cosas que ya le gustaría oír a una jovencita. Les he regalado uno de mis cuadros.

—¿Qué hacías tú en un plató de televisión?

—Enseñar mis manos —comentó al tiempo que le tendía una y, con la otra, abría la puerta—. ¿No te parece que son bonitas, finas y elegantes?

—Toda tú eres muy bonita, fina y elegante. Y un poco traviesa, me atrevería a decir.

—¡Oh! Lo que pasa es que tú eres muy seria —le recriminó su abuela—. Y a los hombres no les gustan las mujeres serias.

—Tal vez algún día te dé una sorpresa.

—¿Has conocido a alguien? —preguntó con voz picarona mientras entraban en el salón.

—¿Te sorprendería si te digo que sí?

—¡Oh, Liv! ¡Qué feliz me haces! ¡Voy a tener bisnietos!

—No vayas tan deprisa, Gilda, acabamos de conocernos.

—¿Y cuándo me lo vas a presentar?

—Bueno, es todo muy reciente. Preferiría esperar un poco.

—No esperes. Cázalo. Si ha picado, ahora tienes que asegurarte de que se engancha al anzuelo.

—No es un pez, Gilda, y prefiero no asustarlo.

—¿Acaso crees que se va a asustar si me conoce?

—No, pero ya te he dicho que es todo muy reciente.

—¿Quién es? ¿Lo conozco?

—No, no lo conoces.

—¿Y de dónde lo has sacado?

—Se llama Jack y es un investigador privado.

—¿Como los de las películas?

—Más o menos —sonrió al tiempo que se dejaba caer plácidamente sobre un sillón.

—¿Y no es ese trabajo muy peligroso? ¿No lo persiguen los malos para acabar con él?

—Bueno, no es exactamente eso, Gilda. Más bien hace trabajos para particulares como conseguir pruebas de infidelidades, sobornos y cosas así.

—¿Y te estaba espiando a ti?

—No. Yo lo llamé para contratarlo.

—¿Has alquilado un novio?

—¡Qué ocurrente! —exclamó, aunque se notaba que la alusión no le había hecho nada de gracia.

—Ya sabía yo que, con tu carácter, tendrías que acabar alquilándote un novio. ¿Por mucho tiempo?

—No, Gilda. Lo contraté para que investigara a Hancock.

—¿Y quién es Hancock?

—Mi competencia. El hombre que se ha empeñado en amargarme la vida. ¿No recuerdas que te lo mencioné cuando te hablé del proyecto que me había robado?

—¡Oh! Seguro que ese tiene más carácter que un investigador privado.

—Parece que no me estás escuchando. O que quieres interpretarlo mal.

—No te enfades conmigo. Ni que hubieras tenido tu primera pelea de enamorados y lo quisieras pagar con tu propia abuela...

—Gilda...

—Olivia Joyner, si de verdad tienes un novio, quiero conocerlo. No soportaría que aceptaras a cualquiera.

—Me parece que basta con que yo le dé el visto bueno. Creo recordar que tú no me consultas nada de lo que haces. Has ido a la televisión y acabo de enterarme. De todos tus asuntos, me entero después y no gano para sustos.

—¿Tú te asustas de mí y por eso crees que tu novio también se asustará?

—Se asustará si lo trato como a un pez al que quiero asegurar al anzuelo, Gilda, eso es lo que me has recomendado tú que haga hace un momento. ¿Por qué no podemos comunicarnos?

—¿Me ocultas cosas y me hablas de falta de comunicación?

—¡Pero si te lo acabo de contar!

—¿Cuánto hace que lo conoces?

—Dos semanas, más o menos.

—¿Y has tardado tanto en decírmelo?

—Es que antes no había nada.

—¿Y qué hay ahora? ¿Estáis comprometidos?

—No hemos hablado de eso, Gilda. Hemos salido juntos varias veces y el domingo pasado me besó.

—¿Cómo en las películas?

—Como en las películas... —sonrió Olivia.

—¡Oh! Si te ha hecho sentir mariposas en el estómago, es posible que tenga mi aprobación. Pero antes de dársela, tendré que conocerlo.

—Y lo conocerás, Gilda, pero no inmediatamente. Y te gustará. Es una persona muy tierna y sensible.

—Tierno y sensible... Eso suena poco varonil.

—Te aseguro que es muy varonil.

—Ummmm....

—Bueno, ¿y vas contarme tú lo de la televisión? Se supone que presumes de contármelo todo, aunque sea cuando ya no hay vuelta atrás.

—¡Oh, nada, nada! Es lo mismo que lo de *Vogue*. Ya te dije que fotografiaron mis manos y que las van a usar para promocionar una crema antiarrugas, *Âge d'Or*. Y es una crema muy buena, aunque no sirve para el cuello ni para el rostro. Sin embargo, ¿no me digas que mis manos no parecen las de una jovencita?

Olivia miró de nuevo sus manos y puso una expresión ambigua.

—Toda tú pareces una jovencita, Gilda —repitió Liv.

—No sé si tomármelo como un halago... Siempre estás con que parece que tengo el espíritu de una adolescente.

—Y eso te mantiene vital. Sabes que no es un reproche, solo una advertencia de que a veces hay que ser más comedida.

—Recuerda que te he educado yo, Olivia Joyner, y no creo que sobre eso tengas ninguna queja.

—Ninguna, Gilda, y como ahora ya tengo con quién discutir, procuraré ofrecerte a ti solo mi lado amable.

—No discutas con él si no quieres perderlo.

—Solo bromeaba. ¿Cómo es el anuncio?

—Ha sido muy divertido rodarlo —dijo con una gran sonrisa—. Primero aparezco de espaldas.

—¿Vestida?

—Con una gran bata blanca manchada de colores.

—¿Por qué manchada?

—Porque se supone que estoy pintando un lienzo. Luego limpio el pincel con acetona y esta se me vierte por las manos. A continuación, aparece una jovencita con un bote de *Âge d'Or* y dice que no me preocupe, que ella tiene la solución a todo. Me pone crema en las manos, que en esos momentos se ven arrugadas y, en la siguiente

toma, las luzco así de bonitas. —Y, al decirlo, volvió a tender las manos con un gesto coqueto.

Diecisiete

A estas alturas, Heidy Brinicombe estaba mejor asesorada en asuntos jurídicos y tenía constancia de que las posibilidades de que su hijo acabara en la cárcel eran remotas. Había firmado el contrato, cierto, e incumplirlo supondría una penalización económica. Pero era una mujer orgullosa y Hancock sabía que era capaz de hacerlo. Además, cada vez le cambiaba más detalles de su proyecto original y, curiosamente, lo encauzaba hacia algo más parecido a lo que le había presentado Liv. Y lo hacía con acierto. Si fuera su hotel, debía admitir que él también preferiría las propuestas de ella.

Por si tenía alguna duda, esa tarde recibió una llamada de la señora Brinicombe y, después de un saludo protocolario, pasó a preguntarle directamente por los cuadros. Hancock se sintió en un atolladero y ella debió de notar su indecisión, porque se permitió el lujo de presionarlo. Más bien sonó a amenaza. Sin los cuadros, no habría proyecto, aunque ya hubieran empezado las obras.

Tenía que conseguir encontrar a aquel maldito pintor, lo sabía. Pero, a la vez, no quería engañar a Liv. Y esa noche había quedado con ella para llevarla al restaurante italiano en el que había uno de los cuadros del mismo autor. No. No podía hacerlo. No era ese el medio que quería para acceder al pintor. No quería seguir ensuciando su relación con Liv.

Una relación transitoria. Y esa idea de transitoriedad le dolía. Sin embargo, seguía sin reaccionar. ¿Sería mejor si le confesara quién era? No, sin ninguna duda, ella le arrojaría lo primero que encontrara a

mano a la cabeza. No podía confesarle quién era, o no sabía, porque no quería perderla, pero, paradójicamente, cuanto más tardara en hacerlo, más crecería su culpa.

Confuso, o cobarde, descolgó el teléfono y llamó al despacho de Liv. Ni siquiera preguntó por ella, sino que habló directamente con su secretaria y alegó una disculpa para anular la cena de esa noche. Le dolió. Le apetecía verla, pero estaba cansado de fingir un papel. Ese día no tenía ánimos para ello. No desde el momento en que había comprendido que la amaba.

Se preguntó qué ocurriría si se acercara a ella con su nombre real, pero sabía que no podía decirle que Jack y él eran la misma persona. Fantaseó con la idea de dejarse barba, de cambiarse el corte de pelo, de... Era una estupidez. De cualquier modo, ella lo reconocería enseguida. No había manera de conocer a Liv sin que mediara Jack Bradley y Hancock, que había querido ser él, empezaba a odiar a ese Jack.

Mortificado consigo mismo, terminó unos arreglos y recogió sus cosas. Al salir, sonrió condescendiente cuando vio la mesa vacía de Prudence. No la había llamado para regañarla porque en el fondo se alegraba de que su borrachera fuera un pretexto para disfrutar de un tiempo con su familia. Prefería ese engaño a imaginar que había vuelto a caer presa del alcoholismo, y suplicó para que algún día Liv también tuviera la misma indulgencia con él.

Regresó a casa con un amasijo de remordimientos, de esperanzas y de ideas pesimistas, como si todos ellos estuvieran enzarzados en una lucha sin tregua en su interior. La señora Banning ya se iba cuando él llegó, pero sonó el teléfono y se detuvo para contestar. Hancock se anticipó y le dijo:

—Puede irse tranquila. No tiene que hacérmelo todo.

—Buenas noches, señor Hancock —se despidió ella, agradecida.

—Dígame —respondió él al aparato.

—Hancock, lo tenemos.

—¿Harry?

—Sí, claro que soy Harry, ¿quién si no iba a descubrir a Gin Fizz?

—¿Has descubierto a Gin Fizz? —preguntó entre sorprendido y preocupado, pues ahora ya no tenía ningún interés en aumentar los agravios contra Liv.

—¡Ajá!

—¿Y está dispuesto a vendernos los cuadros? —insistió deseando que le dijera que ya los había vendido.

—Aún no he hablado con él, pero tengo las señas de Glen Fuller.

—Pero no sabemos si se trata de Glen Fuller —recordó un tanto aliviado—. El tipo ese de la galería nos dijo que no era su estilo.

—¿Quién si no? No hemos encontrado a otro con esas iniciales. Lo cual, a día de hoy, es una suerte. Imagínate que hubiera cientos. Nunca daríamos con él.

—Entonces, deduzco que aún no has hablado con él.

—No, no he hablado con él. Pero sé dónde encontrarlo. Esta tarde he paseado por algunas galerías y me han dado sus señas. Mañana deberíamos hacerle una visita, aunque no temprano, pues me han dicho que no suele madrugar.

—Tengo toda la mañana ocupada, mejor lo dejamos para otro momento.

—No te preocupes, me encargaré yo. Hoy el médico me ha dado el alta, aunque supongo que a ti te importa bien poco mi salud.

—Harry, no te pongas meloso... —comentó al tiempo que buscaba una excusa para que su amigo no se encontrara con Glen Fuller, pero no le vino ninguna idea a la cabeza.

—No se me ocurriría. Sé que no soy tu tipo.

El jueves por la mañana Prudence regresó al trabajo. Hancock la notó más feliz de lo normal y se acercó a ella con sonrisa irónica.

—¿La ginebra era de Boston? —le preguntó recalcando el nombre de la ciudad.

—¿Ginebra de Boston? No te entiendo. ¿Me estás preguntando si me encuentro mejor?

—¡Qué susceptibles sois en esta oficina con mi interés por vuestra salud!

—¿Vas a compararme con Harry? —Lo miró ofendida, pero, antes de dejarle contestar, añadió—: Ya que mencionas Boston, te diré que la hermana de Melissa, que vive allí, acaba de pasar unos días en Nueva York. ¿No te parece mucha coincidencia que Harry sufriera un accidente justo cuando los visitaba su cuñada?

Hancock se quedó cuadrado. Era cierto que la hermana de Melissa vivía en Boston y la verdad es que no sabía si Prudence tenía familia allí. Las dudas detuvieron la regañina que iba a dirigirle y pensó que ya aclararía las cosas con Harry cuando lo viera. ¿En serio había fingido la cojera para librarse del trabajo durante unos días? ¿O la que mentía era Prudence? Con esas dudas, regresó a su despacho.

Llevaba una hora trabajando en el proyecto de Brincombe cuando salió en dirección a la máquina de café. Había dormido mal y se sentía atascado. Al pasar junto a la mesa de Prudence, sonó el teléfono. Iba a pasar de largo, pero se detuvo al oír que su secretaria hablaba con Liv.

—Buenos días, señorita Joyner —respondió Prudence—, el señor Bradley la atiende ahora mismo —dijo al tiempo que miraba a su jefe.

Hizo una seña a Hancock y este le indicó que pasara la llamada a su despacho, así que, sin el café, regresó.

—¡Hola, Jack! —dijo alegre Liv al oír su voz.

—¡Buenos días, Liv!

—¿Estás muy ocupado?

—Algo, pero puedo encontrar un hueco para ti. ¿Quieres que nos veamos?

—Sí, pero no quiero interrumpirte. Si me das la dirección de tu despacho, pasaré por allí a lo largo de la mañana. Lo cierto es que aún no sé dónde trabajas. Tengo la dirección de tu antigua oficina, pero desde que te has mudado, solo me has pasado el número telefónico.

—¡Dios mío! —exclamó en un grito exagerado que no era más que un intento de huir de esa trampa que él mismo se había creado.

—¿Qué ocurre? —preguntó su interlocutora, preocupada.

—Disculpa, Liv. Prudence, mi secretaria, acaba de desmayarse.

—¡Oh!

—Te llamo en cuanto pueda.

Hancock colgó el teléfono con el corazón agitado. Esa idea no se le había ocurrido. Que Liv quisiera visitarlo en el supuesto despacho de Jack Bradley resultaba todo un inconveniente. Y temía que, aunque ahora solventara esta situación, volviera a repetirse en breve. Salió y se lo contó a Prudence.

—Pues alquila un despacho y decóralo como los de las películas —le indicó ella.

—Cuando una ha bebido, todo parece fácil —le recriminó.

—Era broma, Hancock. Y no he bebido. Al final, tu mentira te saldrá cara.

—No es mi mentira, es la de nuestra empresa. Todos estamos implicados.

—Si no recuerdo mal, te metiste en este embrollo tú solito. Nadie te aconsejó hacerte pasar por ese Bradley.

Hancock se quedó pensativo y, aún nervioso, no podía dejar de avanzar de un lado al otro de la estancia.

—Ayer estuvo a punto de sorprenderme en la tienda de cerámica.

—Y te ocurrirá en más ocasiones. Si ya tenéis a Gin Fizz, díselo o deja

de ver a esa chica.

—¡Decírselo! ¡Ni que fuera tan fácil!

—¿Qué más te da? En cuanto consigas lo que querías de ella... Ni que le debieras algo.

—Me gusta —la interrumpió mirándola fijamente a los ojos.

Prudence se quedó sorprendida un momento, pero enseguida sonrió y miró a su jefe con cierta ternura.

—¡Te lo mereces! Y me alegro de que haya ocurrido, ¿sabes? No me das ninguna pena.

—No te burles, Prudence, creo que la quiero.

—¿Tan serio es? ¿Y ella?

—Está enamorada de Jack.

—¡Uf! Entonces, no esperes más. Dile quién eres o la defraudarás dos veces si no lo sabe por ti.

—La defraudaré igualmente.

—Eso ya no tiene solución. Pero puedes no seguir aumentando el daño que le estás haciendo. Porque creo que no eres el único que va a sufrir con todo esto. Deberías pensar en ella.

—Tienes razón. Nunca he conocido a una mujer con tanto entusiasmo ni tan decidida a luchar por sus sueños. No soporta la falta de honestidad.

—Entonces, olvida la idea de alquilar un despacho para continuar con tu falsa identidad de detective privado, cómprale unas flores y dile quién eres cuanto antes.

Hancock la observó unos instantes. Volvió a pensar en Liv y, tras asentir con los ojos a Prudence, regresó a su despacho. Cerró la puerta y cogió el teléfono.

—¿Liv?

—Despacho de Olivia Joyner, dígame.

—Soy Jack, Meg. ¿Está la señorita Joyner?

—Enseguida se la paso.

—Gracias.

Tras unos segundos de espera, volvió a oír la voz de Liv.

—¿Jack? ¿Va todo bien? ¿Cómo se encuentra tu secretaria?

—Mejor. Solo ha sido un vahído y ahora se está tomando un café.

—¡Qué alivio! Oye, sobre lo de pasar por tu despacho, me ha surgido un inconveniente, aunque es un inconveniente maravilloso. ¡La señora Woodhouse ha aceptado uno de mis proyectos!

—Eso es estupendo. ¡Enhorabuena! Ya te dije que eres fantástica en tu trabajo.

—Lamento no poder pasar a verte. Pero te compensaré esta noche. ¿Te va bien llevarme al italiano al que suele ir Hancock?

—¿Estás segura de que quieres ir allí? Yo había pensado en...

—Por favor... —suplicó con voz melosa.

—Está bien. —Al fin y al cabo, qué más daba un lugar que otro para confesarle que le había mentido, pensó Hancock—. Pasaré a buscarte a las siete. Me he comprado un coche de segunda mano.

—¡Oh! ¡Eso es estupendo! Pero esta vez pago yo. Quiero celebrar la noticia de la señora Woodhouse.

Hancock pensó que eso no iba a ser cierto, que lo dejaría plantado a mitad de cena en cuanto le dijera su verdadero nombre, pero fingió que sonreía y respondió:

—Muy bien. Como tú quieras. Pero será una excepción.

—Espero que tengas un día tan bueno como el mío. Y que lo de tu secretaria quede en nada. Te dejo, que tengo que llevarle el contrato a la señora Woodhouse.

Hancock colgó el auricular y se dejó caer sobre el sillón. Luego miró el reloj. Quedaban solo unas horas para que despertara del sueño que había vivido con Liv.

Harry llamó a una puerta, pintada con distintos colores, y esperó a que le abrieran. Había subido los escalones de dos en dos, tal como le había indicado una voz interior que a veces resultaba demasiado incómoda y, como se trataba de un sexto piso, resoplaba una y otra vez.

Le abrió un joven despeinado, con cara de sueño y una camisa y unos pantalones sin planchar, como si se los hubiera puesto rápidamente cogidos de cualquier lado.

—¿Qué desea? —le preguntó al tiempo que bostezaba y pasaba su mano sobre el flequillo revuelto.

—¿Es usted Glen Fuller?

—Sí —respondió abriendo más la puerta y permitiendo que el desconocido entrara a una gran estancia en la que se veía una cama deshecha. No había paredes, todas las habitaciones eran la misma, aunque había espacios separados según su función. Olía tremendamente a acetona.

—Por fin lo encuentro. Llevo varias semanas tratando de averiguar la identidad del autor de este cuadro —comentó Harry mientras sacaba la fotografía del bolsillo de la solapa de su americana.

Harry entró en el desván y Fuller cerró la puerta tras él.

—Ahí tiene lo último —le comentó al tiempo que le señalaba un caballete y un cuadro con líneas de colores que se cruzaban entre sí.

—No, no me refiero a este tipo de obra, sino a esta otra —insistió Harry para que cogiera la fotografía que le tendía.

Fuller cogió la imagen y la observó.

—Este cuadro no es mío.

—Pero aquí hay una ge y una efe, y usted es el único cuyo nombre coincide con estas iniciales.

—Lo siento, pero si yo hubiera pintado eso, ni siquiera habría dejado mis iniciales. Es ridículo y está desfasado.

Dieciocho

A mediodía, Harry entró en las oficinas de la firma Hancock y, tras guiñar un ojo a Prudence, se dirigió al despacho de su jefe. Allí le explicó lo ocurrido en su reciente entrevista con Glen Fuller.

—Lo siento, Hancock, pero se nos terminan las oportunidades de encontrar a Gin Fizz. Debes preguntarle a Joyner quién es ese maldito pintor. Ya no hay excusas.

—No lo haré, Harry —respondió Hancock, impassible ante la mesa de su despacho.

—¡No te entiendo! Al fin y al cabo, ya la estás engañando. ¿Qué más te da hacerle una simple pregunta? ¿Te vas a volver escrupuloso precisamente ahora? ¿Quieres que Brinicombe rompa el contrato? ¿Ya no te importa que tus padres se conocieran allí?

—Hay cosas más importantes, Harry. Hoy le voy a decir a Liv quién soy. No puedo continuar con esto. No puedo soportar engañarla más. Y no, no voy a utilizarla para averiguar el nombre de ese pintor. ¡Me importa un bledo el cuadro!

—¡No puedes estar hablando en serio!

—Muy en serio, Harry.

—¿Ya no te acuerdas de todo lo que hemos montado para conseguir este proyecto? El accidente que Prudence fingió, la pelirroja que contratamos, el médico sobornado, las pesquisas que tuvimos que hacer para averiguar el punto débil de Brinicombe y los hábitos de su hijo...

—No, Harry. No lo he olvidado. Y me avergüenzo de ello. Liv me

recuerda tanto a cuando empecé... que no sé cómo he llegado a esto. Por eso le voy a proponer a Liv que se asocie conmigo.

—¡Oh!

Hancock se levantó de su asiento y descolgó su americana del perchero. Se la puso y luego se colocó el sombrero, mientras Harry cogía una silla y le daba la vuelta.

—Se acabó —insistió Hancock—. Se acabaron las trampas. Esta noche jugaré mi último cartucho, seré franco con ella. Tal vez la pierda, pero, al menos, volveré a sentirme limpio.

—Me sorprendes, Hancock. Pensé que esto era lo más importante para ti.

—Pues ya ves. Tal vez yo también tengo una cuñada en Boston y la alegue como pretexto para tomarme unas vacaciones de tanto trabajo.

Luego salió del despacho, dejando atónito a Harry, se despidió de Prudence y se marchó. En el fondo, se había alegrado de saber que Glen Fuller no era Gin Fizz. Así tendría una cosa menos que pesara en su conciencia cuando esa noche se lo confesara todo a Liv.

Harry no estaba de acuerdo con Hancock. Pensaba que su socio cambiaría de opinión en cuanto se tomara en serio la posibilidad de perder el contrato con Heidy Brinicombe y él no quería quedarse cruzado de brazos mientras tanto. Se había sentido decepcionado al comprobar que la pista de Glen Fuller tampoco lo llevaba hasta su objetivo y solo le quedaba un cartucho por quemar. Así que le dijo a Melissa que tenía una cena de trabajo y le prometió que la compensaría en otra ocasión.

—Pero si tenemos reserva en Buggys... —protestó ella.

—Ahora mismo llamo para anularla. ¿Qué te parece si mañana pasamos la tarde en el museo con los niños y luego te llevo a cenar al

Blue Diamond?

—¡Oh! Pero no tengo ropa para un sitio tan lujoso.

—Entonces, es un buen pretexto para que antes vayas de compras. ¿Te parece bien?

—Sí, querido —añadió con una sonrisa inmensa—. Sin límite, ¿verdad?

Harry salió, se montó en su Pontiac y se dirigió hacia el Mamma mia. No esperaba coincidir con la señora Filardi, pero quería volver a hablar con el encargado y, de paso, con cada uno de los camareros. Tal vez así podría conseguir nueva información para continuar tras la pista del misterioso pintor.

Llegó poco antes de las siete y escogió una mesa solitaria cerca del cuadro que le interesaba. Se dejó recomendar, pero no hizo ninguna pregunta. Prefería esperar la ocasión en que todo surgiera de forma más natural, ya se encargaría de propiciarlo. Era bueno bromeando y ganándose la confianza de los demás.

Hancock había prestado el coche a uno de sus empleados. No quería presentarse ante Liv con su Mercury *coupé*, demasiado lujoso para un detective privado. La recogió poco antes de las siete y también se dirigieron al Mamma mia. Ella había insistido en escoger ese lugar por si tenía la suerte de sorprender a Hancock con Brinicombe y a él le había parecido una buena idea porque, al fin y al cabo, era un lugar discreto al que no solía ir gente conocida y se cenaba bien. Porque lo único que necesitaba para su confesión era discreción.

En cuanto Liv entró en el coche, a pesar de que respondió a su beso, notó que su entrecejo estaba fruncido y que su mirada parecía encontrarse en otra parte. Hancock se temió que lo hubiera descubierto antes de tener la oportunidad de decírselo él mismo.

—¡No sabes de lo que me he enterado esta tarde cuando he ido a visitar a la señora Woodhouse! —confesó por fin ella con indignación.

—No tengo ni idea, pero muy importante ha de ser para que no me digas nada de mi automóvil. ¿De qué se trata? —le preguntó él con una sonrisa fingida al tiempo que ponía el motor en marcha.

—¡Oh, disculpa, tienes razón! Es muy cómodo, pero... es que todavía estoy sorprendida: ¡Hancock me ha recomendado! ¿Te lo puedes creer?

—¿Qué significa que te ha recomendado? —preguntó fingiendo sorpresa.

—La señora Woodhouse quería contratar a la firma de Hancock, pero él le dijo que no tendría un hueco para ella hasta el año que viene y que sabía que yo trabajaba bien. ¿Cómo sabe ese hombre que trabajo bien? Pensé que ni siquiera conocía mi existencia, y ahora resulta que me va recomendando.

—Eso habla bien de tu trabajo y también de él, que te lo reconoce —procuró justificarse. Lo que contaba Liv era cierto, pero no imaginaba que la señora Woodhouse llegaría a ser tan indiscreta.

—No, no, no. No seas tan bien pensado. No se trata de un reconocimiento, sino de limosna. Estoy segura de que Heidy Brincombe le habló de mí y él habrá sentido remordimientos. ¡Si es capaz de sentirlos! Eso, pensando bien. Pero me pregunto si no hay otro proyecto que le interese y solo quiere mantenerme ocupada.

—¿En serio crees eso? Piensas demasiado mal de él. Yo estoy convencido de que es una persona muy capaz de sentir remordimientos. Seguro que lo han atormentado más de una vez.

—Lo dices porque eres incapaz de pensar mal de nadie, a pesar de lo que has descubierto sobre él. Pero yo le he encargado a Meg que revise todos los anuncios de periódico que salgan en las próximas semanas y he llamado al señor Campbell.

—¿Campbell?

—Sí, te hablé de él. Es uno de los arquitectos para los que trabajé anteriormente y que se jubiló hace unos años. Es quien me ayuda con las cuestiones estructurales y suele enterarse de proyectos interesantes. El del Eden Hotel lo supe por él.

—Sí, recuerdo que me lo contaste.

—El señor Campbell cree que estoy obsesionada con Hancock porque no sé perder.

—Yo también creo que estás obsesionada con Hancock, Liv. Basta ver que por eso me contrataste a mí. Y ahora vamos a cenar al restaurante italiano por si la casualidad te lleva a encontrarte con él y piensas lo peor en cuanto te enteras de que te ha recomendado. Yo me lo tomaría como un halago.

—No puedo pensar nada bueno de ese hombre, Jack, ya lo sabes.

—Tal vez sea mejor persona de lo que hemos sospechado.

—Sabes que eso no es cierto, tú mismo lo has comprobado.

Hancock no supo responder y trató de centrarse en la conducción.

Llegaron al restaurante pasadas las siete y, aunque había más clientes que cuando estuvo Harry, encontraron mesa a pesar de no haberla reservado..

—Desde aquí se ve la puerta —dijo Liv en cuanto se sentó—. Si Heidi Brinicombe entra, la distinguiré enseguida.

Hancock sonrió, aunque sabía que Heidi Brinicombe no vendría a ese restaurante esa noche. Probablemente no lo hiciera en su vida.

El camarero les entregó la carta y les mencionó los canelones como recomendación del día y a Olivia le habría extrañado que Jack no escogiera por ella si no estuviera todavía pensando en por qué la había recomendado Hancock.

Tras encargarse sus platos, Hancock dudó si era el momento de confesarle su verdad a Liv o si era mejor esperar a que hubieran

cenado. Tal vez no fue una decisión, sino la necesidad de aferrarse a los últimos minutos con ella lo que lo hizo callar. Fue ella la primera en decir algo.

—Mañana tengo que visitar cristalerías. Quiero encontrar unas vidrieras para separar el salón del comedor de la señora Woodhouse y aún no he pensado nada para ello.

—¿Por qué no vas al museo Metropolitano? En la sala de los vitrales hay auténticas obras de arte, podrías inspirarte en ellas.

—¡Me parece una idea estupenda!

—Me gusta ir a museos.

—Sé que te gusta el arte. Y ¿sabes? A mí me gusta tu trabajo. Consigues devolver las cosas a su sitio.

Él dudó un momento, pero por fin se armó de valor para confesar.

—De eso quería hablarte, Liv. De devolver las cosas a su sitio. A que todo esté donde debería haber estado desde el principio.

—Sé que esa es tu idea y el motivo que te empuja a seguir.

—No. Déjame hablar, que te estás confundiendo.

Olivia le sonrió, pero enseguida llevó su atención hacia la puerta, que acababa de abrirla una pareja que estaba entrando. Esperaba que fueran Hancock y Brinicombe.

—¡Tampoco son ellos! —suspiró.

—No me estás escuchando, Liv, y lo que quiero decirte es importante para mí. Y para ti. Para nosotros.

—Disculpa, Jack. Ya sabes que Hancock me obsesiona y tienes razón, debo quitármelo de la cabeza. No me hace ningún bien. Además, hay muy pocas probabilidades de que venga aquí esta noche. Sería una verdadera casualidad.

—Hancock ya está aquí, Liv —confesó él al tiempo que la miraba fijamente a los ojos.

Se hizo un silencio extraño, pero justo en aquellos momentos, un

hombre que estaba sentado en una mesa alejado de ellos, se levantó y dio tres vueltas a su silla de un modo excéntrico. Quedaba a espaldas de Hancock, pero Liv lo vio perfectamente.

—¡Hancock está aquí! —exclamó ella.

—Sí, Liv. Hancock. Lo tienes enfrente de ti.

Pero ella ya lo sabía y no se fijó en su expresión. Se levantó de inmediato y se dirigió hacia ese hombre, el hombre al que odiaba, el que le había señalado Jack en una fotografía de periódico y que ahora se había vuelto a sentar como si no hubiera pasado nada.

Olivia se acercó a él dejando al verdadero Oscar Hancock sin saber qué estaba ocurriendo hasta que se giró y vio a Harry.

—¡Buenas noches! —lo saludó Olivia sin ninguna simpatía—. No sabe las ganas que tenía de conocerlo. Supongo que usted sabe quién soy, dado que va recomendando mi firma a los clientes que ya no desea.

Harry la miró aturdido y negó con la cabeza.

—No tengo ni idea de quién es usted.

—¿No? ¿Le suena el nombre de Olivia Joyner? Pues a partir de ahora le prometo que lo recordará.

Y, dicho esto, cogió el plato de macarrones que Harry tenía frente a él y se lo colocó como sombrero.

—¡Jack! ¡Ya podemos irnos! —exclamó al tiempo que comenzaba a salir del restaurante.

Hancock dejó unos billetes sobre la mesa mientras él y Harry se contemplaban sin saber qué decir. Sobre la cabeza de Harry chorreaba salsa de tomate y lo cierto es que tenía un aspecto ridículo, casi grotesco, y supo que en realidad era él quien merecía ese agravio. Hancock decidió ignorar a su amigo e ir tras Liv.

Ya en la calle, la agarró de una muñeca y le preguntó:

—¿Estás bien?

—¡Mejor que nunca! —exclamó ella, aunque enseguida bajó los ojos y

añadió—: ¡Oh, Jack! Lo siento. Siento mucho haber dado el espectáculo y estropearle la noche, pero no he podido resistirme. ¡Odio tanto a ese hombre!

Hancock la abrazó. Él también se sentía intranquilo al haber visto truncado su intento de confesión. Ahora, ambos se hallaban demasiado nerviosos como para afrontar la verdad.

—No te preocupes por eso. Lo importante es que tú estés bien.

—Deberíamos irnos antes de que se le ocurra llamar a la policía.

Él iba a decir que Harry no haría eso, pero calló y prefirió hacerle caso.

—¿Dónde te apetece cenar?

—Tal vez lo mejor será que me dejes en casa. En lugar de tranquilizarme, esto me ha puesto más nerviosa.

A él le ocurría lo mismo. Había estado a punto de confesarle su identidad y no se sentía con fuerzas para volver a intentarlo en aquellos momentos. Tampoco sabría estar cómodo aumentando su engaño. Además, se preguntaba qué hacía Harry allí, aunque bien podía sospecharlo. Su socio se había obsesionado con el autor de los cuadros.

Cuando la dejó frente al portal de su casa, salió del coche para abrirla la puerta. Necesitaba volver a abrazarla. Ella aún no se había recuperado, aunque parecía más decepcionada que nerviosa.

—No quería estropear la cena contigo. Lo siento mucho, Jack.

—Bésame, Liv. Bésame como si fuera la última vez que fueras a hacerlo —le suplicó.

Y, tras mirarse ambos con desesperación, se fundieron en un beso que se convirtió en invierno y en verano, en tierno y apasionado, en todos los polos opuestos como pueden ser el placer y el dolor.

Diecinueve

—¿Qué diablos le pasa a tu Joyner? —le reprochó Harry en cuanto vio a Hancock al día siguiente.

—Te confundió conmigo.

—¿Contigo?

—Cree que eres Oscar Hancock desde que vio la fotografía en el periódico.

—¿Y por qué cree eso?

—Recuerda que en aquella fotografía salía yo también y que al pie de la instantánea aparecía mi nombre. Pensé que me había reconocido, pero tuve suerte y me preguntó cuál de los otros era Hancock.

—¡Y tú le dijiste que era yo!

—Sí, Harry, tuve que hacerlo. En aquellos momentos tenía que evitar que me descubriera. Sin embargo, me equivoqué. Debería haber admitido que Hancock era yo.

—Un día seré yo quien te ponga a ti un plato de macarrones por sombrero.

—Tiene motivos para odiarme... para odiar a Hancock. Como Jack, no he hecho más que empeorar su imagen. Es decir, mi propia imagen.

—De todas formas, a pesar de lo difícil que me fue explicarle a Melissa por qué mi traje y mi cabello estaban sucios de tomate, me alegro de haberte visto allí con Joyner. Ya sabía que al final sería más fuerte tu curiosidad por descubrir al pintor. Dime que lo tenemos y que mi accidente ha valido la pena.

—Ni le mencioné el cuadro ni pienso hacerlo, ya te lo dije. Ayer quería

descubrirle la verdad, pero tú lo estropeaste.

—¿Yo lo estropeé? ¡Oh! ¡Eso sí que no te lo consiento!

—¿Y tú? ¿Qué hacías en el italiano? Querías volver a indagar sobre el autor del cuadro, ¿verdad?

—Alguien tendrá que hacerlo, dado que tú te has echado atrás. ¿Sabes? Me alegro de que no se lo dijeras, aún tenemos la oportunidad de...

—No. No más mentiras. No se lo dije, pero lo haré en cuanto vuelva a verla, Harry. Lamento mucho que acabaras con el cabello lleno de una salsa que estaba destinada a mí, pero no volverá a ocurrir. No puedo continuar fingiendo. Y, ahora, si me disculpas, tengo algo que hacer.

—¿Puedo saber adónde vas? Yo no puedo quedarme aquí, le prometí a Melissa que esta tarde los llevaría a ella y a los niños al museo.

Pero Hancock no contestó. Al abrir la puerta para salir, descubrió que Prudence había estado escuchando toda la conversación y la miró de arriba abajo, como si de ese modo la regañara por andar espiando lo que no le interesaba.

Prudence lo ignoró y entró al despacho para dejar unos papeles y, viendo a Harry todavía malhumorado, comentó:

—El jefe se nos ha enamorado.

Ese mediodía Olivia llegó pronto a casa y encontró a Annie barriendo el salón con la escoba de siempre. La escrutó severamente y le preguntó:

—¿Y la aspiradora que te regalé? ¿No es más cómoda?

—¡Ay, señorita Joyner, que a mí esas cosas que rugen me dan mucho miedo!

—¿Miedo? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque la vi tan ilusionada cuando la compró...

—¿Quieres decir que no la has usado nunca?

—No, señorita Joyner, pero le paso el trapo cada día.

Olivia sonrió.

—Yo te voy a enseñar a usarla, pero no tienes que tenerle ningún miedo —le dijo con cariño y paciencia—. Tiene un botón que hace que deje de rugir.

—¿Y si me aspira antes de que logre tocarlo?

—Te prometo que eso no ocurrirá. Es muy fácil —comentó al tiempo que iba a buscar la aspiradora.

Le mostró cómo funcionaba, pero como vio que Annie continuaba mostrándose recelosa, acabó por decirle:

—¿Prefieres la escoba?

—Sí, señorita Joyner.

—¿Y no temes que sea un vehículo de brujas? —le preguntó con tono de burla.

—Nosotros no tenemos esas supersticiones, señorita.

—Como quieras —desistió al tiempo que recogía la aspiradora.

—¿Por qué ha regresado tan pronto? No la esperaba, no tengo nada preparado —se justificó Annie.

—He venido a cambiarme. No te preocupes por el almuerzo, si me preparas un emparedado y un zumo, me bastará.

Olivia había decidido hacer caso a Hancock y visitar el museo Metropolitano para tomar ideas en la sala de los vitrales, así que pensaba volver a salir en breve.

Era un día luminoso. Escogió uno de los bonitos sombreros que se había comprado hacía poco y cubrió sus ojos con unas grandes gafas de sol. Antes de irse, le comentó a Annie:

—Si llama Jack, dile que sobre las siete ya estaré de regreso.

Llegó en taxi a la Quinta Avenida y subió, junto a mucha más gente que aprovechaba aquel día para visitar el museo, la escalinata que

conducía a un edificio de imitación medieval. Se puso a la cola para adquirir su entrada y esperó paciente. La cola avanzaba despacio, pero no tenía prisa. Aguardaba resignada cuando de pronto algo la sorprendió y sus ojos se agrandaron. Un poco más adelante, también guardando la cola, se hallaba Hancock. ¡Otra vez Hancock! E iba acompañado de una mujer y dos niños que eran idénticos. Olivia pensó que bien podrían pasar por una familia, y por primera vez se preguntó si estaría casado. No sabía por qué, siempre lo había imaginado soltero, tal vez por su falta de escrúpulos con las mujeres que seducía, pero si no era así, su falta era todavía más grave. ¡Qué estampa más idílica de familia feliz! ¡Qué gran impostor era ese hombre!

Olivia se puso de puntillas para verlos mejor y distinguió una alianza en su dedo. Luego lo vio sonreír a la que debía de ser su esposa y uno de los niños le cogió de la mano y lo llamó «papá». ¡Oh! Olivia sintió aún más rabia hacia ese hombre, su mujer le inspiró compasión. ¡Cómo podía estar tan engañada!

La noche anterior se había sentido mal por haber arrojado el plato de macarrones sobre su cabeza, pero en estos momentos echaba de menos no tener a mano el menú completo. Ese hombre solo despertaba su ira.

Ahora entendía mejor por qué Hancock llevaba a su amante a restaurantes discretos. Si estaba casado, era lógico que no quisiera que nadie lo sorprendiese en sus aventuras, aunque estas fuesen interesadas para lograr llevar a cabo sus proyectos.

Mientras Hancock compraba las entradas, Olivia miró con pena a su esposa. Se imaginaba que no debía de saber nada de la doble vida de su marido, pero eso se iba a acabar, ella se encargaría de que lo descubriera. Los vio entrar en el museo y entonces sí aguardó impaciente a que le llegara su turno.

Cuando por fin consiguió entrar, los Hancock ya habían desaparecido de su vista, así que vio frustradas sus intenciones. Miró a su alrededor con avidez. Aquel lugar era gigante y, en cinco minutos, podían haberse metido en cualquier sala. Se olvidó de acudir a la de los vitrales, el propósito que la había llevado hasta allí, y comenzó a buscarlos por todo el recinto. Sí, debía hacerlo. La esposa de Hancock llevaba un abrigo rojo y eso la ayudaría a localizarla, a pesar de que el museo cada vez se llenaba más.

Pasó de una estancia a otra en busca de la familia Hancock, aunque para ello volvió a ponerse las gafas de sol por si él la descubría antes y adivinaba sus planes. Cada vez que veía a una mujer con indumentaria de color rojo se sobresaltaba, pero ninguna de ellas era la señora Hancock. Continuó buscando en una sala y otra, sigilosa al principio y ya sin importarle si la descubrían cuando comenzó a cansarse.

Había perdido casi todas sus esperanzas cuando por fin los localizó al cabo de media hora, en la sala dedicada a Creta, y se mantuvo a una distancia prudencial a la espera de encontrar el momento ideal para llevar a cabo su venganza. Aunque no sabía cómo. ¿Qué hacer ahora? La falta de ideas la empujó a continuar siguiéndolos, dudando qué hacer. ¿Debía abordar a la señora Hancock? Pero seguramente su marido se lo impediría.

Cuando llegaron a la zona de los claustros vio que él se apartaba por primera vez de su esposa, así que, como si le hubieran brindado la oportunidad en bandeja, Olivia se giró para que no la viera y lo siguió con el rabillo del ojo. Bien. Iba al cuarto de baño, lo que le dejaba unos minutos para llevar a cabo su propósito. Así que se quitó las gafas de sol y se dirigió hacia la señora Hancock.

Cuando Harry salió del cuarto de baño, no encontró ni a Melissa ni a sus hijos donde los había dejado. Paseó nervioso en su busca hasta que se dio cuenta de que una joven de cabello castaño le sonreía mientras

lo observaba. Cuando comprobó que se trataba de Olivia Joyner, se puso nervioso.

Ella comenzó a aproximarse a él, mientras Harry pensaba que debía tocar la columna que se encontraba a unos metros si no quería que ocurriese algo desastroso, pero se quedó parado, como absorto, mientras observaba a Joyner con una sonrisa inescrutable y cada vez más cerca. Cuando por fin se encontraron frente a frente, le comentó:

—No tema, señor Hancock, no hay ningún plato con tomate por aquí.

—¡Está usted loca! —exclamó él.

—Tal vez ya era hora de que se cruzara con alguien como yo, porque eso es lo que usted necesita: que le planten cara.

Él la contempló atónito y sin saber qué decir. Si confesaba que no era Hancock, estropearía el plan de su socio, aunque en realidad ya no había plan desde que este se había enamorado de Joyner.

—Sé cómo consigue sus contratos —prosiguió hablando ella— y celebro decirle que ahora la señora Hancock también lo sabe.

La sonrisa cínica de Joyner le hizo temblar, y la imagen de la columna que no había tocado regresó a su mente.

—¿Qué quiere decir? —preguntó con voz entrecortada.

—Lo averiguaré cuando llegue a casa —añadió Olivia—, en el supuesto caso de que lo dejen entrar.

Hancock miraba el reloj del salón de su apartamento a la espera de que fueran las siete. Annie le había dicho que a esa hora Liv estaría en casa y estaba ansioso por arreglar, o desarreglar, las cosas con ella. De pronto, unos golpes en la puerta de entrada lo sacaron de su ensimismamiento. Más que llamar a la puerta, la aporreaban. La señora Banning miró a Hancock y le preguntó:

—¿Espera usted a alguien?

—No. ¡¿Quién diablos llama así?!

Hancock no permitió que la señora Banning abriera la puerta al energúmeno que había detrás y se le anticipó.

—¡¿Harry?! —exclamó más que preguntar al ver a su amigo—. ¿Qué haces aquí? ¿Qué ocurre? ¿Por qué actúas así?

—Esas son preguntas que bien podrías hacerle a tu novia. ¡Joyner está loca! ¡Y tú también estás loco por enamorarte de una mujer como ella!

—¿Otra vez con lo de los macarrones? Ya te expliqué que...

—Sí, sí, que piensa que soy Hancock, me ha quedado muy claro. Y, ahora, ¿puedes decirme qué le has contado exactamente a Joyner sobre mí, es decir, sobre ti, bueno sobre... ya sabes?

—¿A qué te refieres?

—¿Le has dicho que tengo una aventura con Heidy Brinicombe?

—Bueno, sí... Fue para que no sospechara lo del chantaje a su hijo.

—¿Y que tuve, o tuviste otra, con la esposa de Gilmour?

—¿Vas a contarme qué ha pasado?

—¡Melissa me ha echado de casa, Hancock! ¡Por tu culpa!

—No te entiendo.

—Hace un rato Joyner nos ha visto en el Museo Metropolitano y ha hablado con Melissa mientras yo estaba en el cuarto de baño. ¿A qué no adivinas qué le ha contado?

—No le habrá dicho...

—¡Pues claro que se lo ha dicho!

—Pero Melissa no puede creer eso de ti.

—¿Ah, no? Señora Banning —le pidió Harry—, haga el favor de preparar el cuarto de invitados, me temo que me voy a quedar unas cuantas noches hasta que se solucione todo esto.

—Mira, hoy no puedo ayudarte, tengo que ver a Liv, pero mañana iré a hablar con Melissa y se lo explicaré todo.

—¡Claro! ¡Esa Joyner es lo primero! ¡Ya sé que esa mujer te ha hecho perder la cordura!

Hancock se quedó callado un instante y, a continuación, miró fijamente a su amigo y le preguntó.

—¿Tan grave es, Harry?

—¿No te he dicho que me ha echado de casa? ¡Y me ha pedido el divorcio!

Hancock descolgó el auricular y marcó el número del apartamento de Liv mientras contemplaba cómo Harry hacía aspavientos como muestra de enfado.

—Annie, soy Jack. Por favor, cuando regrese Liv dígale que me es imposible cenar hoy con ella. Me ha surgido un imprevisto. Dígale... dígale que mañana la llamaré y se lo explicaré todo. Y dígale también que la quiero, por favor. Muchas gracias.

—Dígale que la quiero —repitió Harry a modo de burla.

—Cállate, Harry, y vámonos.

—Entonces, ¿arreglo la habitación de invitados? —preguntó la señora Banning.

Veinte

Aquella noche no consiguieron que Melissa les abriera la puerta, pero al día siguiente, después de esperar apostado en el automóvil desde primera hora de la mañana, Hancock logró interceptarla cuando ella salía hacia el colegio a acompañar a los niños. No fue fácil convencerla, pero por fin se atuvo a escucharlo y, poco a poco, fue comprendiendo, aliviada, el entuerto del que habían sido víctimas ella y su marido.

Cuando, somnoliento, regresó a casa, Harry se acababa de despertar y la señora Banning estaba preparando café. Mientras su amigo se alegraba de la noticia, él solo deseaba acostarse. Había dormido poco y lo último que le apetecía era que le doliera la cabeza por la efusividad que demostraba Harry ante la solución de su problema.

Sin embargo, cuando Harry se marchó para reencontrarse con Melissa, no se acostó, sino que se tomó otro café y se dio una ducha para dirigirse a la oficina.

Cuando llegó, le pareció ver que Prudence sonreía demasiado y que tenía los ojos brillantes.

—¿Dónde guardas la ginebra? —le preguntó de malhumor.

—Llegas tarde. Sobrio, pero tarde. No creo que tengas derecho a reprocharme nada.

Pero Hancock no se lo tomó a broma, se dirigió a su mesa y abrió los cajones uno a uno, hasta que encontró una botella de ginebra empezada y la sacó sin miramientos.

—¡No tienes derecho a registrarme! —protestó Prudence.

—¡Oh! ¡Vaya si lo tengo!

—¡Devuélvemela!

—No. No hasta que seas de fiar.

—Soy de fiar, Oscar Hancock, y, si no me crees, prueba ese líquido: no es ginebra.

—¿Ahora te has pasado al vodka? —Hancock observó bien la botella y vio que la etiqueta era de ginebra.

Se dirigió al cuarto de baño y comenzó a vaciar la botella ante las protestas de Prudence.

—¡Esto es allanamiento de morada!

—Esto no es allanamiento de morada, Prudence, y si no dejas de beber, yo mismo te encerraré en un centro de desintoxicación hasta que se te pase.

—Te estás equivocando.

—¿Y puedo saber en qué?

—El dispensador de agua se ha estropeado y yo me he traído mi propia botella. Siento no tener una cantimplora para preservar las apariencias. Lo que estás arrojando al lavabo es agua.

Hancock notó que el líquido no olía a alcohol, puso un dedo debajo del chorrillo que caía y lo llevó hasta su boca. Efectivamente, era agua.

—Ahora tendrás que comprarme una botella de *whisky* para compensarme, mal pensado.

—Lo siento. Pensé que...

—Pensaste, pensaste. Cuando traes ese humor de perros, es mejor que no pienses.

Era cierto que estaba de malhumor. No solo era la falta de sueño, sino la sensación, una vez más, de que estaba a punto de perder a Liv. No podía demorar por más tiempo su confesión y estaba nervioso, muy nervioso. Una vez más, debía hacer acopio de todas sus fuerzas para decir las palabras que supondrían perderla, pero estaba decidido a que no pasara de esa noche. Ella no se merecía continuar engañada. Así

que la llamó y la citó, aunque en esta ocasión no pensaba llevarla a ningún restaurante italiano. Liv merecía algo mejor.

Fue un día poco fructífero. Prudence se equivocó en varios encargos que le hizo, y no fue porque estuviera algo achispada, sino porque se sentía vengativa. Harry no apareció en todo el día y Hancock empezó a pensar que se había tomado demasiadas licencias para una simple reconciliación. Al fin y al cabo, solo habían estado una noche separados.

Menos mal que, al llegar a casa, la señora Banning no tenía nada que reprocharle y estaba casi amable. Simplemente se limitó a preguntar:

—Dígame que el señor Sanders no se quedará hoy a dormir.

—No, señora Banning. Harry no volverá.

Luego, se aseó y se cambió para Liv.

A las siete menos cuarto pasó a buscarla por su apartamento de Chelsea y la llevó hasta uno de los mejores restaurantes de Gramercy Park, que tenía unos reservados en los que podrían gozar de cierta privacidad. Sabía que esta vez no aparecería Harry, así que esperaba que nada pudiera fallar. Es decir, deseaba ser capaz de afrontar la situación.

Lo cierto es que la vio más bonita que nunca, tal vez porque la miraba con la nostalgia de quien es consciente de que ve un paisaje hermoso por última vez. Una tristeza premonitoria lo envolvía y se maldijo una vez más por haberse metido en esa situación. La quería. E iba a perderla esa noche.

—Espero que la urgencia de ayer no tuviera nada que ver con ninguna abuela enferma —le dijo ella—. Sé cómo me sentiría si le pasara algo a la mía. A mí también me faltan mis padres y tengo una relación especial con Gilda.

—No, no. Fue algo que tuve que resolver para Harry, un amigo. ¿Por qué siempre llamas Gilda a tu abuela?

—No le gusta que le llame abuela, dice que la hago mayor.

Hancock sonrió. En esos momentos, le gustaría conocer todo lo que rodeaba a Liv y sentirse parte de su familia, aunque se encontraba a las puertas de perder el único vínculo que los unía.

Después de aparcar, salió para abrirle la puerta.

—Estás preciosa —quiso halagara él, sabiendo que probablemente no podría volver a hacerlo.

—¿Vamos a cenar en este restaurante? —preguntó ella al ver lo lujoso que era el lugar al que se dirigían—. Ere un sol, Jack, pero no quiero que me mimes tanto. No me lo merezco.

A Hancock le dolió que lo llamara Jack. Ya no quería ser Jack, quería ser él, pero en cuanto lo supiera, Liv dejaría de pensar que era un sol. Y ella sí se lo merecía todo.

—Hoy quiero decirte algo importante, Liv. Y espero que me escuches, que me dejes terminar hasta que diga todo lo que tengo que decir —comentó mientras se acercaban a la entrada.

—¡Qué misterioso! —bromeó ella.

Un portero se encargó de abrirles la puerta; un mozo recogió sus abrigos y sombreros y un camarero los condujo hasta la mesa de un reservado a modo de palco con un arco adintelado. No eran ajenos al resto de comensales, pero sí se sentían protegidos.

—Creo que no necesito mirar la carta —dijo ella—, seguro que vas a pedir por mí. Siempre lo haces. Pero, como siempre aciertas, no me quejaré.

—¿Yo hago eso?

—Sí, ¿no te has dado cuenta?

—Lo cierto es que no... No me gustaría haberte ofendido con ello.

—En absoluto. Es como si quisieras cuidarme.

—Quiero cuidarte, Liv. A pesar de lo que vaya a decirte esta noche, quiero que sepas que eso también lo hago para cuidarte.

—Confío en ti, Jack.

Hancock se sintió incómodo con la sonrisa que le dedicó. Bajó los ojos y se refugió en la carta.

—Te recomiendo la crema de langosta, pero no lo veas como una obligación.

—Precisamente estaba pensando en la crema de langosta.

—Y, de segundo, ¿prefieres carne o pescado?

—¡Oh! ¡Qué gran dilema! ¿Qué me recomiendas tú, Jack?

—Olvídate de las recomendaciones de Jack, Liv —respondió muy serio.

—Entonces —comentó ella sin entender su comentario—, un bistec. ¿Te parece bien?

—Me parece bien, siempre que lo acompañes con un buen vino.

El camarero tomó nota y volvió a dejarlos solos.

—¿Qué es eso tan misterioso que querías decirme? Me estás poniendo nerviosa. ¿Algún caso nuevo?

—No, no se trata de ningún caso. Lo que quiero comentarte tiene que ver con mi trabajo, pero no es nada referente a lo que tú piensas.

—Está bien, te escucharé.

—Quiero hablarte de Hancock, Liv.

—¡Oh! Te aseguro que después de haberle arrojado los macarrones por la cabeza y haber hablado con su esposa, es como si ya no tuviera nada pendiente con ese tipo. Me siento mejor, y te aseguro que no he vuelto a pensar en él. Estoy curada, Jack.

—Tal vez las cosas no sean como parecen.

—¿A qué te refieres? ¿Hay otro proyecto a la vista y está preparándose para seducir a alguien más?

—No, no es eso. No es fácil contártelo —dijo al tiempo que alargaba la mano para agarrar la suya y estrecharla—. Escucha, Liv, ante todo, quiero que sepas que te quiero. Que nada de lo que voy a contarte va a

cambiar eso y lo que siento aquí —añadió mientras se llevaba la otra mano al pecho— es lo más importante de todo.

—Lo sé, Jack —volvió a sonreír ella confiada.

—No, Liv. Lo piensas ahora, pero después dudarás. Quiero que me prometas que, pase lo que pase, oigas lo que oigas, no pondrás en cuestión mis sentimientos.

—Me estás preocupando, Jack, ¿qué ocurre? ¿Y qué tiene que ver Hancock con todo esto?

—Verás, Liv, todo empezó sin mala intención. ¿Recuerdas los cuadros que añadiste en el proyecto para decorar el salón del Eden Hotel?

—¡Oh, sí, los cuadros! Recuerdo que te gustaron. No puedo entender qué les viste, yo no sabía cómo deshacerme de ellos.

—No fue a mí, sino a Heidy Brinicombe a quien entusiasmaron. Le exigió a Hancock que los incluyera en su proyecto o, si no, se negaba a firmar el contrato... ¿Cómo que querías deshacerte de ellos? ¿Los tienes tú?

—Los pintó Gilda en una época en la que le dio por ser pintora. Mi abuela es algo distinta a las demás ancianitas, ¿sabes?

—¿Gilda qué más? ¿Cuál es el apellido de tu abuela?

—Gilda Filardi. Ya te dije que es italiana. Pero ¿qué ocurre con los cuadros de Gilda? ¿Y qué tienen que ver con lo que sientes por mí? Estoy confusa, Jack.

Ninguno de los dos se percató de que un grupo de personas pasaba a su lado en dirección a otra mesa y, mucho menos, distinguieron entre ellas a Heidy Brinicombe. Pero ella sí los vio.

—Lo que siento por ti es algo que quiero que tengas presente cuando haya terminado de hablar, Liv —dijo Hancock muy serio.

—¡Buenas noches! —los interrumpió una voz de mujer—. Me alegro de verlos juntos. Me haría feliz saber que la señorita Joyner también está participando en la remodelación —comentó la señora Brinicombe

dirigiéndose a Olivia. Iba acompañada de tres personas más y se había detenido al verlos—. Ya sabe que me gustó mucho su proyecto.

Liv no entendía nada, pero su rostro mostraba sorpresa y ella intuía que estaba ocurriendo algo que no iba a gustarle. Hancock, con un nudo en la garganta, trató de solventar la situación.

—Creo que se ha confundido, señora Brinicombe. La llamaré mañana para contarle los avances.

—¿Qué avances? —preguntó Olivia aún aturdida—. ¿Ahora trabajas para ella?

—¡Claro que trabaja para mí! —añadió Heidy Brinicombe—. Ya le comenté que había firmado un contrato con el señor Hancock.

—Pero... —Al ver que Jack cerraba los ojos y se mordía los labios, Liv se quedó callada.

—En fin, señor Hancock —dijo ahora mirándolo a él—, me alegro de que intercambien opiniones. Ya me contará mañana. —Y, dicho esto, se despidió y regresó con sus acompañantes.

—¡¿Hancock?! —exclamó Olivia mirando a quien pensaba que era Jack.

—Liv, iba a decírtelo.

—¿Eres Hancock? ¡Eres Hancock!

—Liv, te quiero —musitó él con una súplica en los ojos al ver que ella se levantaba y le arrojaba la servilleta a la cara. Por suerte, aún no les habían servido la crema de langosta.

Liv comenzó a marcharse, pero él también se levantó deprisa y la agarró a tiempo. La obligó a girarse hacia él e insistió:

—Te lo iba a decir la otra noche, pero me confundiste con Harry. Y, ahora, había empezado a contártelo... No quería mentirte más porque te quiero. Me he enamorado de ti y eso debes creerlo. Me lo has prometido.

—Disculpe que no le crea, señor Hancock. De hecho, no suelo confiar

en desconocidos y eso es lo que es usted para mí.

—Liv, por favor...

Pero Olivia ya se había zafado de su mano y el encargado del local lo miraba con dureza, para que no montara el espectáculo. Hancock se entretuvo en pagar la cena que no iban a degustar y, cuando salió del restaurante tras Liv, ella estaba subiendo a un taxi y no llegó a alcanzarla.

La había perdido.

Veintiuno

La paz había regresado al hogar de los Sanders y el maniático padre de familia solo deseaba que fuera para quedarse.

—Solo te quiero a ti. Y a los gemelos —insistía Harry al tiempo que abrazaba a Melissa—. No puedo entender por qué creíste a esa mujer, me ha dolido que no confiaras en mí. Yo nunca he mirado a otra mujer que no seas tú.

Las palabras sonaban por encima del sonido del televisor. Habían acostado a los gemelos después de cenar y ahora permanecían en el sofá, tan juntos como los primeros meses de casados.

—¡Me asusté tanto, Harry! Y te odié, debo reconocer que te odié.

—Odiabas a otro, Melissa. Yo no soy así.

—Lo sé, pero esa mujer fue tan convincente... Ahora la odio a ella.

—Es de armas tomar. Ya te he contado que quería ponerle un investigador privado a Hancock.

Harry iba a añadir algo, pero dejó de prestar atención a su esposa cuando una imagen del televisor reclamó toda su atención.

«Sus manos volverán a ser jóvenes», decía la voz de una mujer mayor a través del aparato mientras mostraba un cosmético reparador.

Sin embargo, lo que había llamado su atención no era eso, sino un cuadro que se veía en la parte posterior. Era igual a los de Gin Fizz. Inmediatamente, Harry se levantó del sofá, pidió disculpas a Melissa y se dirigió hacia el teléfono.

—¿Hablo con DuMont? —preguntó en cuanto le respondieron al otro lado—. Me llamo Harry Sanders y me gustaría hablar con el

responsable del anuncio publicitario que acaban de emitir, el de Âge d'Or.

—¡Liv, abre! —suplicaba Hancock al tiempo que llamaba a su puerta
—. ¡Annie, por favor, déjeme hablar con Liv!

—Ni se te ocurra abrir, Annie —le ordenaba Olivia al otro lado de la puerta.

Hacía cinco minutos que había llegado a su apartamento y aún no le había explicado a Annie lo que había sucedido. Ni tampoco esperaba que Jack, o mejor dicho, Hancock, la siguiera e insistiera en que debía darle la oportunidad de explicarse.

—Pero, señorita Joyner, ese tipo se va a pasar la noche pegando golpes a la puerta. —La miraba extrañada Annie.

—¡Que lo haga! ¡Pero no quiero hablar con él! —exclamó sin poder reprimir unas lágrimas.

—¡Liv, tienes que escucharme! Iba a contártelo todo esta noche, la otra noche, pero parece como si todo el universo se hubiera conjurado para que no pudiera hacerlo —insistía Hancock.

—¡Lárgate, Jack! ¡No quiero hablar contigo!

—¡Te quiero, Liv! ¡En eso no te he mentido!

—No entiendo qué ha pasado. Se los veía muy enamorados... —comentó la criada al tiempo que miraba de forma interrogante a Olivia.

—Te explicaré lo que ha pasado, Annie: ese hombre es un farsante. No se llama Jack. Ni tampoco es un investigador privado. Se ha estado burlando de mí todo el tiempo.

—¡No me lo puedo creer!

—¡Pues créetelo, Annie! Porque eso no es lo peor, lo peor es que en realidad se llama Oscar Hancock.

—¿Jack es Hancock?

—¡El mismo! ¡Se ha reído de mí y yo he quedado como una tonta!

—¡Oh, señorita Joyner, eso es terrible!

—¡Terrible y muy humillante! ¡No se lo perdonaré jamás!

—Entonces, ¿quién era el de la fotografía a quien le hice vudú?

—Ese es Harry Sanders. Creo que trabaja con él —comentó al tiempo que se llevaba un pañuelo a los ojos y se los frotaba—. Pero si tuviera una fotografía de Jack... quiero decir, de Hancock, te aseguro que ahora mismo probaría cualquier cosa para devolverle el daño que me ha hecho.

—Estas cosas hay que meditarlas mucho, señorita Joyner.

—¡Oh, Annie! ¡Es un farsante, un aprovechado, un manipulador...! ¡Y yo he sido tan tonta de enamorarme!

—A mí también me ha engañado, señorita Joyner.

Los golpes a la puerta y los gritos de Hancock no cesaban, hasta que un vecino salió al rellano y no solo le llamó la atención, sino que lo amenazó con llamar a la policía.

—Parece que ha desistido —comentó Annie al cabo de unos minutos.

—¡Más le vale! Porque ya estaba agotando mi paciencia, y no sé de qué sería capaz en estos momentos.

—Si esto es cierto, yo cogería una sartén y lo freiría a sartenazos.

—Es lo que se merecería. Sus besos han sido tan falsos como los que regaló a la señora Gilmour o la señora Brinicombe. ¡Qué vergüenza pensar en cómo me ha utilizado!

—¿Y qué quería conseguir de usted?

—Supongo que sacar ideas de mi proyecto. A Heidi Brinicombe le gustaba... Sí, eso es. Insistió mucho en verlo ya el primer día y me ha preguntado muchas veces por él. ¡Seguro que me ha copiado las ideas! Además, hoy me estaba hablando de los cuadros de Gilda cuando ha aparecido la señora Brinicombe —comentó volviendo a llorar—. Debo

admitirlo, Annie, he sido una tonta. Una tonta seducida por un canalla que solo quería robarme mi proyecto.

—No me lo esperaba, señorita Joyner. Se supone que yo debo velar por usted y no he sido capaz de ver qué tipo de hombre era. No sé cómo me haré perdonar...

—Tú no tienes que hacerte perdonar nada, Annie. Yo he sido la culpable de mi ceguera. Han bastado unas palabras bonitas y una brillante interpretación para caer seducida ante un hombre sin escrúpulos.

—Lo que no acabo de entender es por qué tiene un despacho de investigador privado y se hace llamar Jack Bradley. ¿Llevará una doble vida?

—¿Crees que me ha puesto micrófonos en la oficina? —preguntó alarmada.

—Eso me parece muy sofisticado, pero si la considera competencia, es posible. Dígame, señorita Joyner, ¿hasta qué punto confía usted en la señorita Meg? ¿Cabe la posibilidad de que la tenga sobornada y sea su informante?

—¡Meg nunca haría algo así! ¡Somos amigas desde niñas!

—Cuando hay dinero de por medio, nunca se sabe. El dinero puede romper grandes amistades.

—¡Annie! ¿Crees que Jack... Hancock también ha seducido a Meg? Ha dicho varias veces que era un hombre muy atractivo.

—Si la hubiese seducido, no creo que ella hubiera aceptado que después hiciera lo mismo con usted. Creo más en la posibilidad de que la haya comprado.

—¡No puedo pensar eso de Meg!

—Tampoco podía pensarlo de Jack hace unas horas...

—¡Jack no existe! ¿O sí? Ahora recuerdo que, en cuanto lo contraté, cambió su número de teléfono. Déjame comprobar una cosa.

Olivia se dirigió a su mesa de trabajo y cogió una agenda. Contrastó el número de teléfono que le había pasado Hancock cuando pensaba que era Jack y luego miró el de las oficinas de la firma Hancock en la guía telefónica.

—¡Es el mismo! ¡Cómo no me he dado cuenta antes!

—Bueno, uno no va memorizando esos números.

—Annie, esto exime a Meg. Ella debió de llamar al verdadero Jack Bradley. Mañana iré a hablar con él. Necesito saber por qué nunca vino a verme.

—Y rebusque bien, porque empiezo a pensar que sí hay micrófonos en su oficina. Por lo que veo, ese tipo es capaz de todo.

—Incluso de fingir que me quería...

—Tal vez la quiera, señorita Joyner. Es lo que decía tras la puerta...

—¡Ni se te ocurra creer ni una palabra más de ese tipo, Annie! Seguro que aún no me ha robado todo lo que quería —dijo al tiempo que sus ojos se humedecían—. Y, también, mañana por la tarde iré a hablar con Gilda para evitar que venda sus cuadros, aunque por fortuna no le he dicho a Hancock dónde puede encontrarla. ¡Menos mal que no se la presenté!

—¿Le va a contar a su abuela lo que ha ocurrido?

—No. Eso no —negó con decisión—. Gilda no tiene tacto en casos como este.

Olivia volvió a llorar.

—¡Todo lo que me rodea es mentira! Cuando lo sepa el señor Campbell, se va a burlar de mí.

—El señor Campbell no hará eso.

—Pero seguro que piensa que le he decepcionado. Igual que me he decepcionado a mí misma —añadió sin cesar de sollozar.

—Llore, señorita Joyner, llore y sáquelo todo, le vendrá bien.

—¡Hancock no merece mis lágrimas!

—Pero es peor tragárselas. Llore esta noche y mañana despiértese como si ya lo hubiera olvidado.

Tras explicarle a Melissa adónde se dirigía, Harry llegó a la dirección de Little Italy que le habían facilitado desde la cadena de televisión. Aparcó el Pontiac y buscó el número del portal. Sintió la repentina necesidad de dar la vuelta a una farola y luego entró y comenzó a subir la escalera, ya que no había ascensor. Cuando estuvo ante la puerta, se colocó bien el sombrero, cruzó los dedos y llamó.

—Buenos días, ¿es usted Gilda Filardi? —preguntó Harry cuando la mujer le abrió la puerta, aunque, efectivamente, vio que era la misma que hacía dos horas había aparecido en su televisor.

—Sí, soy yo. ¿Qué desea a estas horas, joven?

—Me llamo Harry Sanders y quiero decirle que, desde hace un rato, soy su más ferviente admirador.

Gilda sonrió y abrió la puerta del todo.

—Tengo muchos admiradores. No sé si será usted el más ferviente.

—Estoy convencido de que muchos la admiran por su belleza e inteligencia, pero yo también estoy fascinado con su talento. Me han dicho que es usted la autora del cuadro que a salido esta noche en el anuncio publicitario que protagonizaba.

—Sí, sí, soy yo. Aunque ahora me decanto más por el *collage*, ¿sabe? Sí, el *collage* me hace sentir realizada. Yo siempre digo que, para el desarrollo personal, no hay edad. Pero mi nieta no me entiende. ¿Desea ver mis nuevas obras?

—Deseo ver todas sus obras, señora Filardi. Y me haría muy feliz si me dijera que están a la venta.

—¡Oh! Por supuesto que están a la venta. Una no hace estas cosas por amor al arte, ¿sabe? Hay mucho esfuerzo detrás de cada uno de mis

cuadros. Sí, señor, mucho esfuerzo y mucha reflexión.

Veintidós

Después de pasar una noche pésima, Hancock llegó a su despacho quince minutos antes de lo habitual. Estaba acostumbrado a que Prudence o alguno de sus empleados ya estuvieran allí cuando él aparecía, y el vacío del lugar le recordó al estado de su corazón. Se acercó a la mesa de su secretaria y rebuscó entre sus cajones, pero no encontró ninguna botella de ginebra. Y necesitaba un trago. Esta vez era él quien necesitaba un trago.

Entró en su despacho sin encender las luces y abrió las cortinas de las ventanas para que el sol borrara parte de la oscuridad, aunque no consiguiera traspasar a su interior. Se encerró allí, miró si tenía algo urgente que hacer y firmó unas autorizaciones de compra. En cuanto vinieran Prudence y Harry les pediría que se encargaran del resto de asuntos y él se centraría en intentar recuperar a Liv. En su despacho no podría atrincherarse y, aunque no lo perdonara, al menos estaría obligada a escucharlo.

El reloj marcó las nueve, oyó el ruido de la puerta, y se asomó para decirle a Harry que se iba. Pero no vio a Harry, sino a Prudence, que se asomó para ver si tenía algún encargo. Al menos parecía sobria. Y algo debió de notarle, porque enseguida le preguntó:

—¿Qué sucede? Y no me digas que nada porque no te voy a creer. Tienes una cara horrible.

—Gracias por tus ánimos.

—¿Esa chica?

—Sí, Prudence. Se trata de Liv. No quiere saber nada de mí, tal como

era de esperar.

—¿Por fin le confesaste quién eras? Pensé que no te atreverías.

—No tuve tiempo. Iba a hacerlo, pero nos encontramos a Heidy Brinicombe y ella sola se encargó de descubrirme.

—¡Eso es todavía peor que si se lo hubieras contado tú!

—Pero pienso resolverlo. No sé cómo, pero tengo que hacerlo.

—¿Vas a hablar con ella?

—Sí. Ayer no me dejó entrar en su casa.

—Bueno, debo decir que te lo mereces. Por cierto, tienes que saber que el contrato con Brinicombe ya no corre ningún peligro. Ayer me llamó Harry y me dijo que...

—Ahora no, Prudence —le reprendió Hancock—. Ahora no tengo fuerzas para hablar del maldito hotel.

Luego se puso el sombrero y se marchó.

—Pero... ¡es importante que te lo cuente!

—He dicho que ahora no.

—Sobre Gin Fizz... No te vas a creer lo que...

Pero Hancock ya había salido y no podía escucharla.

En cuanto Meg vio entrar a Hancock en su oficina, se levantó del asiento de forma precipitada y se interpuso entre él y el despacho de Olivia.

—¡No puede entrar! —le ordenó.

—Lo siento, Meg, pero debo hacerlo.

—Por favor, Liv me matará si se lo permito.

—Sabrá que es culpa mía.

—Además, está reunida. Ahora es un mal momento.

Hancock se detuvo y observó bien a Meg.

—¿Es eso cierto?

La secretaria asintió con los ojos y la cabeza y a Hancock le pareció sincera.

—Está bien. Esperaré diez minutos, pero si no sale nadie en ese tiempo, entraré igualmente.

Meg se relajó un poco, y cuando vio que Hancock empezaba a caminar de un lado a otro, regresó a su sitio.

—Además —añadió con voz reprobadora—, tiene que entenderla. Lo que usted ha hecho no tiene nombre.

—Las cosas no son lo que parecen, Meg.

—Por lo visto, quien no es lo que parecía es usted, señor Hancock. Y le aseguro que es inútil que espere. Cuando el señor Barnes se vaya, ella no va a querer recibirlo.

—Tiene que escucharme, Meg. Aunque no quiera perdonarme, creo que tengo derecho a ser escuchado.

—Permítame que dude de que le quede a usted algún derecho, señor Hancock —pronunció *señor Hancock* con retintín, tal como lo había hecho cada vez que había mencionado su verdadero nombre.

Hancock desistió de convencer a Meg y se limitó a mirar la puerta del despacho de Liv mientras se encendía un cigarrillo. La secretaria lo miraba con estupor, mientras iba echando algún vistazo a la puerta del despacho con temor a lo que pudiera decirle Liv al ver a Hancock ahí.

Pasados cinco minutos, la puerta se abrió y salió el señor Barnes, al que Hancock conocía porque era el comercial de una cristalería con la que también trabajaban. Se saludaron y, apresuradamente, Hancock se dirigió hacia el despacho. Meg también se levantó e intentó avisar a Liv, pero él se anticipó y cerró la puerta tras él.

—No culpes a Meg. Ha hecho todo lo posible por evitar que entrara.

—¡Ya veo que su desfachatez no tiene límites, señor Hancock! —le reprochó Olivia casi resoplando—. Sabe que no es bienvenido, así que haga el favor de marcharse o llamaré a la policía.

—No sin que antes escuches mi propuesta, Liv, ya que ayer no me dejaste.

—¿Propuesta? ¡Yo no quiero ninguna propuesta de usted!

—¿Ni siquiera pasar a formar parte de mi firma?

Ella lo miró con desconfianza y su enfado creció. Él aprovechó su mutismo para continuar hablando:

—No me refiero solo a colaborar con el proyecto del Eden Hotel, sino a trabajar para mí. Quiero decir, a trabajar juntos, a unir nuestras firmas. Me gusta cómo trabajas, ya lo sabes, y a ti te vendría muy bien que yo te catapultara.

—Si tuviera usted una catapulta, bien a gusto se la arrancaría, lo metería dentro y lo enviaría al infierno.

—Perjura, insúltame, ódiame, me lo merezco, pero luego piensa en mi propuesta.

—No tengo nada que pensar. De hecho, conozco sus métodos para anular a la competencia y lograr sus objetivos, usted mismo me informó de ellos —se burló y luego intentó mirar por la ventana para no enfrentarse a sus ojos de súplica.

—Eso no es cierto. Te mentí, Liv. Todo eso me lo inventé para molestarte.

—¿Y tampoco se acercó a mí para quitarme de en medio? —le preguntó volviendo a mirarlo a los ojos.

—Mis sentimientos por ti en todo momento han sido sinceros. ¿Qué puedo hacer para que me creas?

—¡Ah! ¿Pero acaso cree que tiene alguna posibilidad de que le crea, señor Hancock? —le reprochó—. Me temo que usted mismo se ha encargado de matar toda ingenuidad que pudiera haber en mí. Desde el primer momento ha sido un farsante. Hace un rato he hablado con Jack Bradley y me ha explicado que un tal Joyner lo interceptó en la entrada y le pagó para que se largara. ¿También se hizo pasar por mí?

—Eso tiene una explicación, Liv. Si me hice pasar por Jack, fue una casualidad. Meg me confundió y yo aproveché la situación para...

Olivia hizo un aspaviento y mostró una expresión de hartazgo.

—Para burlarse de mí, para engañarme, seducirme y copiarme las ideas...

—No es cierto. Estoy realmente enamorado de ti. Solo me hice pasar por Jack al saber que ibas a contratar a un detective privado para espíarme. No me pareció tan grave mi engaño, viendo que tú eras la primera en atacarme.

—¿Y no tenía motivos para querer atacarlo, señor Hancock? Usted mismo me entregó las facturas de las flores que envía a Heidy Brinicombe.

—Esas flores se las envié a mi secretaria, que tiene más de cincuenta años, por cierto.

—Ya sé que usted no le hace asco a las edades.

—No te confundas, Liv, no soy ese tipo de hombre. Es cierto que no he conseguido el proyecto del Eden Hotel de forma limpia, pero eso fue idea de Harry.

—¿El de los macarrones?

—Sí.

—Me acaba usted de quitar un peso de encima —dijo ella de forma contundente.

—Es cierto que no me adjudiqué el proyecto del señor Gilmour de un modo limpio. Ni tampoco el de Heidy Brinicombe, pero puedo explicártelo todo.

—¿Y piensa que voy a escucharle? Y, si lo hiciera, ¿que volvería a creerle?

—Si me dejaras explicarme...

—¡Creo que ya he escuchado suficiente! ¡No voy a creer una sola más de sus excusas! ¡Haga el favor de marcharse! —exclamó Olivia al

tiempo que se dirigía hacia la puerta.

Hancock la interceptó y le impidió el paso.

—Liv, por favor...

—Si no se aparta de inmediato, le arrojaré ese jarrón, señor Hancock. Sabe que soy capaz y no creo que dude de mis ganas.

—Te quiero...

Volvió a decirlo mientras se apartaba y la veía salir. Tras resoplar y maldecir su mala suerte, decidió ir tras ella e insistir. Pero no solo Liv lo miraba mal, también Meg, que acababa de colgar el teléfono y dijo:

—Liv, acaba de llamar Gilda.

—¿Qué le ocurre?

—Ayer por la noche vendió todos sus cuadros a un tal Harry Sanders que, curiosamente, trabaja para nuestro amigo Hancock.

Olivia y él se miraron con expresiones muy distintas. Si en uno había sorpresa, incredulidad y un juramento de: «No sé nada», en la otra, el enfurecimiento no podía ser mayor.

Veintitrés

—¡Por Dios, Harry! ¿Cómo has podido hacer eso? —increpó Hancock a su socio en cuanto regresó al despacho.

—¿Hacer eso? ¿Te refieres al hecho de que he conseguido los cuadros? ¡Eso es lo que buscábamos en todo momento! ¡Vaya forma de felicitarme!

—¿Felicitarte? ¡Acabas de frustrar todas las opciones de que Liv me perdone! ¿Por qué no me lo has contado antes? ¡He hecho el ridículo ante ella!

—Creo que el ridículo lo has hecho tú solito. Además, se supone que Prudence te lo ha contado. Como no contestabas, la llamé a ella ayer por la noche y se lo expliqué —dijo al tiempo que la señalaba.

—Iba a contárselo —se defendió la secretaria—, pero me ha dicho: «Ahora no, Prudence» y, cuando se pone así, no hay quien le diga nada.

—Se acabó, Harry. No quiero saber nada más de este proyecto. Devuelve los cuadros a la abuela de Liv.

—¿Devolver los cuadros? ¡Eso es imposible! Esa mujer estaba deseosa de venderlos, y ya sabes lo importantes que son para Brinicombe.

—Ya no habrá más Brinicombe, Harry. Voy a renunciar al proyecto.

—¿Te has vuelto loco?

—Sí, he estado loco todo este tiempo, pero ya va siendo hora de que recobre la cordura. Si a Brinicombe le gustaba más el proyecto de Liv, que se quede con él. Es lo único digno que puedo hacer.

—Pero... ¿y tus padres?

—Mis padres se avergonzarían de mí si vieran cómo he actuado. Y tú también deberías sentirte avergonzado, Harry. Este no era nuestro propósito cuando fundamos la firma.

—¡No puedes hacer eso!

—¡Claro que puedo! Y lo voy a hacer inmediatamente —dijo al tiempo que le daba la espalda.

Harry corrió hacia él y lo agarró del brazo.

—Espera, Hancock. No te pido que no lo hagas, solo que esperes. Hemos luchado mucho por esto, no merecemos que todo se vaya al traste por un impulso. Al menos, reflexiónalo.

—¿Qué hay que reflexionar? Jugar sucio no es luchar. Todos los reproches de Liv son ciertos.

—Pero eso no te va a devolver a esa chica. Pude comprobar su genio, Hancock. Esa no es de las que perdonan.

—Ya no es por ella, Harry, es por mí. ¿No lo entiendes?

—¡Oh, no, Hancock! ¡No puedes estar hablando en serio!

—Llama a Kenny para que detenga lo que tenga en marcha y deja sobre mi mesa la dirección de Gilda Filardi —añadió con determinación mientras esta vez sí se marchaba.

Heidy Brinicombe hizo pasar a Hancock a su despacho cuando observó la seriedad con la que le decía que necesitaba hablar con ella de un tema importante y urgente. Llevaba unos papeles en la mano y se temía que se tratara de un aumento en el presupuesto.

Le ofreció una copa y él aceptó un *whisky*, a pesar de ser temprano. También lo vio encenderse un cigarrillo con la mano alterada y comprendió que estaba nervioso.

—¿Algún problema? —le preguntó preocupada.

—En realidad sí y no —respondió él—. He venido a liberarla de

nuestro acuerdo.

—¿Cómo dice?

—Soy consciente de que usted prefería el proyecto de la señorita Joyner al mío y que se ha visto abocada por... voy a decir por las circunstancias, a firmar conmigo —dijo al tiempo que la miraba fijamente—. Pues queda liberada de ello.

Hancock le mostró los papeles que llevaba, que no era otra cosa que el contrato que ambos habían firmado, y lo rompió ante Heidy Brinicombe.

Ella lo observó sorprendida y algo incrédula y comentó:

—Pensé que la señorita Joyner y usted trabajaban juntos. Como ayer los vi...

—No. No trabajamos juntos. Yo se lo propuse, pero ella no aceptó.

—¿No aceptó? Esa chica estaba muy interesada en el hotel, no puedo creer que rechazara su oferta.

—Le aseguro que tiene buenos motivos para haberlo hecho. No voy a entrar en detalles, pero yo, si estuviera en su lugar, la llamaría y firmaría con ella. Olivia Joyner vale mucho.

—¿Por qué hace esto?

—Porque creo que es lo justo.

—¿Y qué va a pasar con Prudence Evans? ¿Va a denunciar a Tim?

—No se preocupe por ese asunto. No habrá ninguna denuncia. La señora Evans se está recuperando mejor de lo que habían previsto los médicos y en breve no quedarán secuelas.

—Esa es una noticia feliz.

—Espero que también lo sea el hecho de recuperar las decisiones sobre su propio hotel, señora Brinicombe.

—¿Y qué ocurrirá con lo que han hecho hasta ahora? Ya han empezado a derribar las paredes de la zona este...

—Esas paredes tampoco aparecen en el proyecto de Olivia Joyner, así

que no es necesario volver a levantarlas. Y, por supuesto, los costes de nuestro trabajo corren de mi cuenta.

Heidy Brinicombe lo observó en busca de alguna trampa, pero la expresión de Hancock le pareció sincera.

—Sigo sin entender por qué hace esto y, mucho menos, por qué lo hace ahora.

—Es lo que debería haber hecho desde el principio y eso lo sabemos los dos.

—Como comprenderá, hubo una rueda de prensa en la que anunciamos nuestro acuerdo, ahora deberé rectificar y anunciar la contratación de la señorita Joyner, en el caso de que ella acepte formar parte de esto.

—Aceptaré. Debe hacerlo.

—Eso espero. Pero lo que quería decirle es que la firma Hancock no quedará en buen lugar, a no ser que demos unas explicaciones convincentes.

—Tal vez ese sea el lugar que me corresponde, señora Brinicombe.

—Me está sorprendiendo usted, señor Hancock.

—Bien. Si ambos estamos de acuerdo, no hay más que hablar —
sentenció él levantándose y tendiéndole la mano.

Por la tarde, tras presionar a Harry para conseguir la dirección, Hancock se dirigió a Little Italy para hablar con Gilda Filardi. Estaba dispuesto a rectificar todas las trampas que le había tendido a Liv. Ya no lo hacía para intentar recuperarla, sino para sentirse bien consigo mismo. No entendía cómo había sido capaz de llegar tan lejos, cuándo se había desviado de sus principios, pero era hora de recular y volver a empezar. Ese era el mejor homenaje que podía hacer a sus padres.

Gilda le abrió con un tutú y el cabello recogido en un moño muy

estirado. Dentro, se oía la música de un piano.

—Buenas tardes, joven. ¿A quién busca? —le preguntó.

—Me llamo Oscar Hancock y supongo que usted es Gilda Filardi.

—¡Ah! Supongo que viene a por los cuadros, pero no los tengo todos aquí. ¿Le interesan también los de *collage*?

—No, no he venido a llevármelos. He venido a decirle que ha habido un error, señora Filardi, pero no se preocupe, usted no saldrá perjudicada.

—¿Un error? ¿Qué tipo de error? ¡Oh, disculpe un momento! —añadió al tiempo que lo dejaba pasar y se dirigía al salón.

Hancock entró y cerró la puerta.

—¡Pierre! Vamos a descansar un momento, ¿sí? —comentó Gilda al pianista mientras se ponía una bata rosa—. Pase, señor Hancock.

Hancock la siguió y vio que los muebles del salón estaban retirados y, en medio, habían colocado una barra de *ballet*. Volvió a mirar a Gilda y recordó que Liv le había dicho que su abuela era algo peculiar.

—¿Le gusta el baile, señor Hancock? —le preguntó la anciana.

—Soy un ferviente admirador —mintió.

—Bueno, todavía no estoy preparada para que me vea bailar. Empecé ayer, pero Pierre dice que progreso adecuadamente.

—La dama tiene talento —comentó el tal Pierre.

—Estoy comenzando a pensar que tengo algún tipo de don. He tardado mucho, pero por fin he descubierto que soy polifacética.

—No lo dudo, señora Filardi.

—Bueno, dígame, ¿de qué tipo de error habla? ¿Hay algún cuadro en mal estado?

—No, no, no se trata de eso. He venido a decirle que nosotros ya no llevamos el proyecto del Eden Hotel, para el que habíamos comprado sus lienzos.

—¿Está diciendo que quiere devolvérmelos? No lo voy a aceptar,

señor Hancock. Su socio, el señor Sanders, los alabó mucho y, como comprenderá, si no hubiese sido por eso, yo no habría estado interesada en venderlos. Pero ahora no voy a cambiar de opinión. Ya he cobrado el cheque.

—No quiero que me devuelva el dinero, señora Filardi, y los cuadros serán utilizados igualmente para decorar el hotel. Lo que quería decirle es que yo no seré el encargado de dirigir el proyecto, sino que lo hará su nieta, Olivia Joyner.

—¡Oh! ¿Liv dirigirá el proyecto? ¡Oh! ¡Ahora recuerdo! Ella estaba muy enfadada con usted, había trabajado mucho en él y se desilusionó cuando supo que se lo habían otorgado a otra persona. ¿No es así? ¿O lo recuerdo mal?

—Tiene buena memoria, es así como usted dice.

—Entonces, no entiendo nada.

—Verá, señora Filardi, existen circunstancias que me han llevado a abandonar el proyecto. Circunstancias que ahora me resultaría difícil explicar, pero lo que quería pedirle es que si mi socio, Harry Sanders, viene a buscar los cuadros, usted debe negarse.

—Pero si él los ha pagado... Tiene derecho.

—No, los ha pagado la firma Hancock y yo soy el dueño. Como le he explicado, no quiero que me devuelva el dinero, los cuadros decorarán igualmente el hotel y son muy... vistosos. Así que es justo que usted cobre por ello.

—Lo cierto es que Liv iba a pagarme muy poco... Mi nieta piensa que yo no me tomo las cosas con seriedad, pero está muy equivocada. Y ahora va por ahí saliendo con un tal Jack al que ni siquiera me ha presentado. Con lo apuesto que es usted... Seguro que ese Jack no está a su altura.

—Entonces, ¿trato hecho? —Sonrió irónicamente Hancock.

—¿Se refiere a que no se los entregue al señor Sanders, pero que

permita que se los lleve Liv?

—Exactamente. Si el señor Sanders viene aquí y los reclama, entréguele esto —dijo al tiempo que le tendía un papel—. Es una renuncia oficial con mi firma. Contra esto, Harry no podrá hacer nada.

—¿Por qué hace esto, señor Hancock? Me refiero a pagarme por nada.

—Hay muchas cosas por las que tengo que pagar, señora Filardi, esta es solo una de ellas.

Veinticuatro

Cuando al día siguiente Hancock llegó a sus oficinas, pasó de largo frente a Harry y Prudence, pero ambos lo siguieron corriendo hasta su despacho.

—¡Estás loco! —le gritaba Sanders; mientras la secretaria solo estaba allí por curiosidad.

—Creo que no es para tanto. Sobreviviremos sin esto —respondió Hancock muy serio.

—¿Que no es para tanto? ¿Sabes el enfado que tiene Kenny? —le reprochó Harry—. ¿Y qué es eso de regalar los cuadros que tanto nos costó conseguir? Si ibas a renunciar al proyecto de Brinicombe, podrías haber dejado que esa anciana te devolviera el dinero.

—El amor lo ha convertido en un hombre generoso —se mofó Prudence.

—Sí, sí, mucho amor, pero esto va a ser la ruina.

—¿Qué ruina, Harry? Tenemos otros proyectos en marcha. Somos una firma consagrada y esto no cambia nada. Si no fuera porque ya está terminado, habría hecho lo mismo con el proyecto de Gilmour.

—Gilmour quedó muy contento —le recordó Harry.

—Pero lo engañamos.

—Esto se llama redención. Creo que es la primera vez que veo un milagro en directo —añadió Prudence.

—¡Oh! ¡Y tú te lo tomas a broma! ¡Veo que aquí nadie va a hacerme ni caso! —exclamó Harry.

Dicho esto, salió del despacho y los dejó solos.

—Creo que te han pillado, Hancock. No sabía hasta qué punto estabas enamorado —comentó la secretaria ya en tono más serio.

—La llamé ayer por la noche y me colgó. Pero ya no es solo por Liv, Prudence. Me he dejado llevar por la ambición y ese no es el estilo que quiero para mi empresa ni para mi vida.

—¿Y el homenaje a tus padres? ¿No era por eso que te interesaba ese hotel?

—El mejor homenaje que puedo hacer a mis padres es mantener unos principios. Y eso es lo que voy a hacer a partir de ahora. Me da igual que a Harry le dé un síncope si no hacemos trampas.

—Me gustaría que te fuera bien con esa chica...

—No deseo otra cosa.

Olivia se sorprendió cuando Meg le anunció que Heidy Brincombe deseaba verla. Salió del despacho a recibirla, aunque fue más por curiosidad que por otra cosa, pues continuaba pensando que Hancock y ella tenían una aventura.

—Buenos días, señorita Joyner —la saludó la mujer.

—Buenos días, señora Brincombe. Me sorprende su visita.

—Espero que sea para bien —sonrió Heidy al tiempo que se quitaba la chaqueta—. ¿Puedo sentarme?

Olivia le ofreció asiento e hizo lo mismo.

—¿En qué puedo ayudarla?

—¿Ha hablado con Hancock?

—Sí. Y no voy trabajar con él, si es a eso a lo que ha venido. Nada de lo que diga podrá convencerme de formar parte de ese proyecto.

—¿Trabajar con él? Creo que lo ha entendido mal. El señor Hancock ha renunciado al proyecto. Rompió el contrato ante mis narices al tiempo que me sugería que la contratara a usted.

Olivia la miró con escepticismo, aunque con la misma dosis de atención.

—Ya sabe que su proyecto me entusiasmó —continuó diciendo la señora Brinicombe—, así que si usted está todavía interesada, me gustaría que su firma fuera la encargada de llevar a cabo la remodelación del Eden Hotel.

—¿Está hablando en serio?

—Muy en serio, señorita Joyner.

—¿No se trata de una trampa que me tienden Hancock y usted para plagiar mis ideas?

—Estoy dispuesta a firmar el contrato ahora mismo, ¿qué trampa puede haber? Si incumplo, puede demandarme.

Olivia volvió a mirarla con incredulidad.

—Mire, he pensado en pagarle un buen anticipo. ¿Todavía desconfía?

—Disculpe que sea tan suspicaz, señora Brinicombe, pero sé que entre Hancock y usted había algo más que una relación profesional. ¿Debo pensar que hace esto por resentimiento contra él?

—Sí, es cierto que firmé con él por motivos ajenos a los profesionales, pero esos motivos ya no existen. Y no, no hago esto por ningún tipo de resentimiento. No sé qué le ha ocurrido a Hancock, pero él mismo me ha liberado de mi compromiso y, libremente, he decidido contar con usted.

Una vez más, Olivia mostró una expresión de perplejidad. Por lo visto, Hancock había sabido librarse de su amante con cordialidad y sin ningún tipo de desdén. Lo que no entendía era por qué la había liberado de su compromiso.

—Discúlpeme, señora Brinicombe, por casualidad, ¿conoce usted a Jack Bradley?

—No, ¿debería?

—No, solo era curiosidad.

—¿Tiene alguna objeción más para aceptar el proyecto del hotel?

—Creo que usted estaba interesada en los cuadros que aparecían en las fotografías que le mostré, pero debo decirle que esos cuadros ya no están en mi poder.

—¡Una verdadera lástima! ¡Me gustaban mucho!

—Sin embargo, conozco al pintor y puedo conseguir que dibuje otros parecidos. ¿Le importaría que no fueran los mismos?

—Si siguen la misma línea, no me importará.

Olivia sonrió. Por primera vez comenzaba a creerse que lo que le estaba ocurriendo era real.

—¿Puedo decirle a su secretaria que vaya preparando el contrato? —preguntó la señora Brinicombe.

—El contrato está preparado desde hace tiempo. Le confieso que nunca me atreví a romperlo. Le pediré a Meg que lo traiga —comentó saliendo del despacho.

Olivia llamó al señor Campbell y le contó la noticia. Cuando colgó el teléfono, su alegría seguía empañada por sus dudas. ¿Por qué había hecho Hancock eso? ¿Qué pretendía? ¿Qué trampa había detrás?

¿Sería verdad que estaba enamorado de ella? Pero, aunque así fuera, eso no tenía que importarle. La ética de Hancock dejaba mucho que desear y ella no aceptaría a un hombre que iba seduciendo a mujeres con el único propósito de sacar algo de ellas. No. A pesar de su gesto, continuaba enfadada. Suponiendo que fuera un gesto, ya que la idea de que había algún tipo de engaño en todo eso no se le iba de la cabeza. ¿Habría descubierto Hancock algún problema estructural en el edificio que haría que el presupuesto se disparara?

¡Uf! Si era así, ya era demasiado tarde. Había firmado con la señora Brinicombe un presupuesto cerrado.

Inquieta, dejó lo que estaba haciendo y salió de su despacho.

—Meg, hoy no iré al apartamento de la señora Woodhouse. Quiero visitar a Gilda. Necesito encargarle que pinte unos cuadros cuanto antes.

Sonaba *El lago de los cisnes* en el interior del apartamento cuando Olivia llamó. Tuvo que hacer sonar el timbre varias veces porque la música estaba muy alta. Eso significaba que Gilda estaba en casa, a pesar de que un martes no la esperara.

Por fin abrió la puerta y la vio con un maillot negro y unas medias color carne. Tenía el pelo recogido y llevaba una especie de orejeras con plumas en los oídos.

—¿Qué haces así?

—¿Qué voy a hacer con ropa de baile? ¡Pues bailar! A veces tienes unas ocurrencias...

Olivia entró y dejó su bolso y el abrigo en la entrada. El piano continuaba sonando.

—¿No has traído a tu novio?

—¿Novio? ¿Qué novio? —preguntó sorprendida Olivia.

—La última vez me dijiste que tenías novio y que me lo presentarías. Se llamaba Jack, ¿verdad? ¿Ya lo has perdido?

—Solo te dije que estaba conociendo a alguien, pero he pensado que ya no vale la pena seguir conociéndolo, Gilda. No hay ningún novio.

—¿Y para qué interrumpes mi clase de baile? ¡Qué deprisa te han dejado! Claro que, con tu seriedad, no me extraña. Deberías sonreír más a los hombres.

—No me han dejado, Gilda, he sido yo. Y no quiero hablar más del tema. He venido por otra cosa.

—¿Qué tipo de cosa?

—Una que te gustará. No sé por qué estás tan recelosa conmigo.

—¿Tal vez te lo parece porque las mujeres estamos de mal humor cuando nos deja un hombre?

—Te repito que no me ha dejado él.

—Bueno, ¿qué es eso que me gustará?

—Quiero que pintes para mí. Finalmente, voy a llevar la remodelación del Eden Hotel y me gustaría poner unos cuadros como los que le vendiste a Hancock.

—¿Y por qué tengo que volver a pintarlos?

—Porque los originales los has vendido, ¿te parece un buen motivo, Gilda?

—¡Oh, no, no! ¡Ya no! El señor Hancock vino ayer a devolvérmelos.

—¿Te los devolvió? —preguntó Olivia nuevamente asombrada.

—Sí, pero no vayas a creer que he perdido dinero. Me dijo que los compraba para ti, para tu proyecto. Me pareció un hombre muy amable y muy apuesto. Cualquiera mujer lo querría como padre de sus hijos. Deberías fijarte en él y olvidarte de ese Jack. Una no debe perder la cabeza por los hombres que la dejan.

Veinticinco

Olivia continuaba sin dar crédito a la nueva actitud de Hancock. Cuando le había propuesto asociarse, se lo había tomado como una nueva burla a fin de engañarla una vez más, pero que hubiera liberado a Brinicombe del proyecto y que hubiese devuelto los cuadros a Gilda la tenían desconcertada. ¿Estaría arrepentido?

La pregunta no la abandonaba cuando regresaba a su apartamento, y su sorpresa fue mayor cuando se encontró a Hancock sentado en las escaleras de su portal con un ramo de flores como si la estuviera esperando.

—Liv... —susurró él en cuanto la vio.

Ella se quedó aturdida unos momentos, pero enseguida giró la cabeza y lo ignoró.

—Liv, ¿qué puedo hacer para que me perdones? —insistió él mientras le ofrecía el ramo de flores, pero ella no lo cogió.

—No puedo perdonarlo, señor Hancock, porque haga lo que haga, solo consigue despertar nuevas sospechas en mí.

—No hay nada detrás de todo esto. Sé que has firmado con Brinicombe, tal como debería haber sido desde un principio y solo quería demostrarte que estoy muy arrepentido.

—Bien, señor Hancock, acepto su arrepentimiento. Eso supone que no le pondré ningún investigador privado ni lo demandaré. No espere nada más de mí —sentenció.

—Liv, te quiero. Y sé que tus besos fueron tan sinceros como los míos.

—No mencione la sinceridad, señor Hancock. Conozco muy bien la

suya —respondió ella muy seria y mirándolo con determinación.

—No puedo creer que tus sentimientos hayan desaparecido...

—Mis sentimientos no eran hacia usted, señor Hancock, sino hacia un tal Jack, que ha resultado ser un fantasma. Usted sabe algo de fantasmas, ¿verdad?

—¡Vamos, Liv, dame una oportunidad! Empecemos de cero, conozcámonos sin mentiras.

—Yo nunca mentí, señor Hancock, no pretenda igualarme a usted. Y no crea que va a conmovirme porque renuncie a un proyecto que se apropió de forma fraudulenta, ni porque haya devuelto unos cuadros a mi abuela que consiguió porque yo confesé su autoría.

—Eso último no es cierto. Harry vio a tu abuela en la televisión y desobedeció mis instrucciones.

En esos momentos se abrieron las puertas del ascensor.

—Me alegro de que alguien le desobedezca, señor Hancock, así sabrá que no puede salirse siempre con la suya —comentó mientras entraba en el ascensor, y le dedicaba una mueca que pretendía ser una sonrisa cínica.

Hancock no la siguió. Sabía que no serviría de nada.

A mediados de verano, la remodelación del hotel avanzaba con buen pie. La señora Brinicombe estaba muy satisfecha y Olivia Joyner disfrutaba como nunca lo había hecho hasta ese momento. Un proyecto tan grande e importante era todo un reto y, cuando terminara, supondría para ella un aumento de clientela.

Debería sentirse eufórica. Pero algo empañaba esta época de bonanza profesional y es que continuaba recibiendo flores cada semana y con el ramo llegaban recuerdos que luchaba por ignorar. Por supuesto, el cubo de basura acogía de inmediato esas flores, pero algo de su aroma

quedaba siempre para perseguirla. Hasta el mes anterior, también cada viernes por la tarde había recibido una llamada de Hancock, aunque, por suerte, ya había desistido. Annie tenía instrucciones de no pasarle ninguna conferencia de él, así que de nada le había servido tanta persistencia. La criada le había hecho caso, aunque contra su voluntad.

—¿Y si tenía algo nuevo que decirle? —le reprochaba a la joven ahora que él ya no la llamaba.

—¡Ni nuevo ni viejo, no quiero saber nada de mentirosos compulsivos!

—Pero si le cedió el proyecto del hotel... Y le devolvió los cuadros de Gilda... ¿No cree que ha demostrado estar muy arrepentido?

—Es lo mínimo que podía hacer, Annie. Ya sabes que todo lo había conseguido con trampas.

—Pero podría haberlas mantenido y no lo hizo. Y usted no querrá ser una solterona...

—Annie, por favor, te prohíbo que intercedas por él —protestó muy seria—. Me engañó en un sentido que no puedo perdonarlo. Me utilizó, jugó con mis sentimientos para sonsacarme información y eso es más duro que ser una solterona.

—Yo creo que la quería de verdad. Si no, no continuaría enviándole flores.

—En caso de que tuvieras razón, Annie, que no la tienes, yo no soy la única a la que sedujo para sacar provecho de mí. Y yo no podría respetar a alguien de esa calaña.

—Entonces, usted está celosa.

—No, no son celos —dudó, aunque sabía que estaba celosa, muy celosa—. Es una cuestión de dignidad.

—Pues esa dignidad la va a dejar muy sola, señorita Joyner. Ya ni siquiera se compra ropa ni tiene ilusión por nada. Vuelve a estar

enfrascada en el trabajo, pero ahora es como si ese fuera el único modo de no sentirse vulnerable.

—Es asunto mío. Yo no te he forzado a volver a utilizar la aspiradora, así que abstente de comentarios de ese tipo. Y estoy trabajando tanto en el hotel porque es el sueño de mi vida.

—¿De qué le ha servido conseguir el sueño de su vida si tiene peor humor que nunca?

—Un comentario más y te mandaré una semana a trabajar para Gilda.

—¡Oh! ¡Eso no, señorita Joyner! Le prometo que en la boca de Annie no van a entrar moscas.

En otoño Prudence pudo certificar que Hancock era otra persona, que no se trataba solo de un sufrimiento fugaz, sino que algo en él se había apagado y que ni siquiera discutía con Harry, a pesar de que este estaba de mal humor desde que habían perdido el contrato de Brincombe. Y le dolía ver su sufrimiento como si fuera su madre. Porque, a pesar de las reprimendas de él cuando ella tomaba una copa, lo hacía con el cariño de alguien que quería protegerla. Le debía mucho a ese hombre, lo consideraba honesto y, aunque reconocía que ella también estaría enfadada si fuera Olivia Joyner, sabía que él no se merecía aquel tormento. Porque sabía que Hancock, aunque procuraba no aparentarlo, se estaba derrumbando por dentro.

—¿Para qué? No quiere saber nada de mí —respondía Hancock cada vez que ella le preguntaba por qué no iba detrás de Olivia Joyner. Así que, el viernes, mintió a su jefe, le dijo que tenía hora en el médico y dejó sus oficinas para dirigirse a la de la muchacha que lo hacía sufrir.

—¿La señorita Joyner? —preguntó a una joven morena de pelo rizado que la recibió.

—Está en su despacho. ¿De parte de quién?

—Me llamo Prudence Evans. ¿Puedo pasar?

—Voy a avisarla.

Al cabo de dos minutos, Prudence se hallaba ante Liv, y enseguida notó que la joven, aunque sonreía, tampoco era feliz.

—Usted dirá —la invitó a hablar Liv en cuanto ambas se hubieron sentado—. ¿Alguna reforma?

—Verá, señorita Joyner, tal vez piense que soy una entrometida, pero solo quería decirle que conozco al señor Hancock desde hace más de quince años y que es una buena persona.

La expresión de Olivia cambió.

—Señora Evans, si ha venido a hablarme de ese tipo...

—Por favor, déjeme continuar. Es cierto que lo quiero como a un hijo, pero el amor no me ciega. Sé de qué hablo. Él me sacó de la miseria y le debo mi felicidad. Permítame que intente corresponderle. Si después de escucharme, usted insiste en no hacerme caso, le prometo que no insistiré. Si no lo hace por él, hágalo por mí.

Algo en aquella mujer conmovió a Olivia, aunque empezó a escucharla de forma escéptica.

—¿Conoce usted a Harry?

—¿Harry Sanders? Sí, lo conozco.

—Todo fue idea suya. Me refiero a lo de engañar a la señora Brinicombe con el accidente de su hijo. Yo misma fingí las lesiones.

—¿El accidente de su hijo?

—Sí, con el coche, ya sabe...

—No, no sé.

Prudence la miró esperanzada y le contó con todo detalle la trampa que entre todos le habían tendido a Tim Brinicombe.

—Yo pensé que Hancock había seducido a la señora Brinicombe... —comentó Liv después de escucharla. Él mismo me lo dijo.

—No, no, en absoluto. Hancock sería incapaz de hacer algo así.

Olivia sintió cierto alivio, y en esos momentos descubrió que los celos la habían estado carcomiendo por dentro. Aunque estas palabras aún no la dejaron satisfecha del todo. Había otro precedente y eso impedía que creyera en el relato de esa mujer.

—Pues creo que ya lo hizo con la señora Gilmour —la desafió.

—¿Qué señora Gilmour? El señor Gilmour es viudo. —Tras una pausa, añadió—: Si eso es lo que piensa de Hancock, está muy equivocada, señorita Joyner. Precisamente lo que lo ha llevado a hacer trampas con el Eden Hotel no es otra cosa que su respeto por el amor.

—¿Respeto? —se burló Olivia.

—Sí, respeto. O tal vez el deseo de vivir una historia como la que tuvieron sus padres. Ahora lo veo así.

—¿Qué tienen que ver los señores Hancock en esto?

—Los señores Hancock se conocieron en el Eden Hotel. Por eso él tenía tanto interés en remodelarlo. Para él era una especie de homenaje al amor de sus padres. Se conocieron allí.

—No sabía nada... —admitió Liv.

—Sé que eso no justifica que hiciera trampas ni que se dejara influir por Harry, pero los señores Hancock murieron hace dos años y él necesitaba...

—Lo entiendo, señora Evans.

—¿Lo perdonará? —preguntó esperanzada.

—No conozco a Hancock, señora Evans. Yo me enamoré de una persona que no existe. El perdón no tiene nada que ver con esto.

—Quizá tenga razón, pero le prometo que el señor Hancock no es malo. Después de que la señora Brincombe le concediera el proyecto, él vino a verla a su despacho para proponerle un acuerdo. Quería que trabajaran juntos en el hotel. La señora Brincombe le había dicho que le había gustado su proyecto, señorita Joyner, y él no quería acapararlo todo. Sabía que era injusto para usted y para la señora

Brinicombe.

—El señor Hancock no tuvo escrúpulos a la hora de fingir que era otra persona.

—Porque su secretaria lo confundió con ese Jack Bradley. Debe entender la sorpresa que sintió. Y si se hizo pasar por él, fue solo porque quería averiguar por qué le había puesto un investigador privado.

—Tal vez fuera así, pero no puede negarme que después llevó su engaño mucho más lejos.

—Lo que usted dice no fue un engaño. Él se enamoró de usted, señorita Joyner, y no había vuelta atrás para lo anterior. Le aseguro que Hancock intentó decirle varias veces quién era, pero sus intentos siempre fueron frustrados. Y le prometo también que lo he visto sufrir por eso, él no sabía cómo se lo iba a tomar usted, pero tenía la necesidad de decírselo. Se lo juro por Dios. Igual que le juro que ahora es un hombre triste.

Olivia dudó unos momentos.

—Si eso es cierto, se lo merece, señora Evans.

—Es cierto, aunque la noto reticente a creerme. No sea orgullosa y pregúntese si también se lo merece usted —le preguntó—. No se avergüence, soy mujer y entiendo de esto. Puedo verlo en sus ojos, señorita Joyner.

—Mis sentimientos no son de su incumbencia.

—No sea tan dura...

—Usted me ha pedido que la escuchara y lo he hecho. No puedo cambiar de parecer en cinco minutos —dijo con autoridad, aunque en el fondo estaba confundida y, contra su voluntad, esperanzada—. Dígale al señor Hancock que de nada sirve que me envíe flores cada día y que continuaré sin ponerme al teléfono por mucho que me llame. Saldremos ganando los dos si deja de hacerlo.

—Dele una oportunidad, señorita Joyner. Solo una. Él admite su error, admita usted también que está equivocada al juzgarlo de un modo tan implacable —añadió Prudence al tiempo que se levantaba.

Olivia no respondió. La vio marcharse, aún confusa y, cuando la mujer cerró la puerta, sus ojos se humedecieron.

¿Tenía que creer en ella? ¿Era cierto lo que contaba o la había enviado Hancock en una de sus estrategias por conseguir sus propósitos?

Pero, si era así, ¿cuáles eran esos propósitos? Él le había ofrecido unir sus empresas y, en aquel momento, ella no le había creído. Pensaba que solo era un pretexto para volver a conseguir algo de ella, pero ahora se preguntaba si había hablado en serio. Porque, de no ser así, ¿por qué le había cedido el proyecto del Eden Hotel? ¿Y por qué había liberado a Gilda de su compromiso a pesar de perder el dinero de la compra?

¿De verdad se había enamorado de ella? ¿Sería cierto que estaba tratando de enmendar sus errores?

Esas eran cuestiones que ya se había planteado antes de la visita de la señora Evans, sin embargo, no había querido darles crédito. Y ahora sabía por qué: celos. La idea de que hubiera tenido una aventura con la señora Gilmour y otra con Heidi Brinicombe, la hacían sentir una más. Sin embargo, la señora Evans había desmentido esas acusaciones y le había confesado el verdadero carácter de las trampas de Hancock. Por otro lado, Heidi Brinicombe no había parecido entender muy bien a qué se refería ella cuando había señalado que tenían una relación especial y el propio señor Campbell, que lo conocía bien, le había dicho que no creía que Hancock se hubiera comportado de ese modo. ¿Sería cierto? ¿Podía confiar en Hancock? Ya la había engañado una vez al fingir ser Jack. Pero ¿la había engañado Hancock también con sus besos?

¿Quién era Hancock?

Apresuradamente buscó en su agenda el teléfono del señor Gilmour y salió del despacho al encuentro de Meg. Le tendió el número y le ordenó:

—Averigua si este hombre es viudo.

Veintiséis

—No puede estar así todo el tiempo, señorita Joyner —le decía Annie una y otra vez—. Debe enfrentarse a él y salir de dudas. Si esa señora tiene razón, yo también creo que el señor Bradley merece una oportunidad.

—Se llama Hancock, no Bradley, Annie.

—Pues el señor Hancock —rectificó ella—. Si vuelve a llamar, póngase al teléfono y aclare las cosas.

—Antes creería en los posos del café que en ese hombre.

—Y yo la entiendo porque está dolida. Es cierto que no se portó bien, pero fíjese en todo lo que después hizo por usted... Por fin tiene el hotel ese.

—¿Y eso no te hace desconfiar más?

—No, señorita Joyner, no logro ver las trampas de las que usted habla.

—Lo cierto es que yo tampoco, Annie. Por más que pienso, no sé dónde está el truco. Y eso es lo que me preocupa. Si no lo veo, es que lo está ocultando muy bien.

—Tal vez no haya ningún truco.

—No me digas eso, Annie, no puedo creerme que me quisiera... Y, aunque hubiera sido así, no creo que me quiera aún. Han pasado ya unos meses y seguro que sus sentimientos se han deshinchado. Los hombres no son constantes y no veo ningún motivo por el que él deba quererme a mí.

—¿Por qué no iba a quererla? Usted no es consciente de cuánto vale.

—¿Y por qué no me dijo antes quién era?

—Cuando uno miente, esa mentira se acaba convirtiendo en una red en la que uno también se ve atrapado. Tal vez no encontró el momento... Tal vez tenía miedo de perderla.

—Me voy a volver loca, Annie —se lamentó Olivia.

—Por eso debe hablar con él. Las miradas no mienten. En sus ojos verá si es verdad o mentira.

—Eso no es hablar con él, eso significa quedar con él. Y tengo miedo de volver a equivocarme...

—Si vive con miedo, estará muerta, señorita Joyner. Puede quedar con él, salir con él sin necesidad de fusionar sus empresas.

—No es solo por la empresa que tengo miedo...

Annie cogió sus manos y la miró detenidamente.

—Lo sé, es por su corazón —dijo con dulzura—. Pero su corazón ya está roto. Yo la veo sufrir. Y tal vez, donde esté el riesgo, esté lo que salve... No debe dejar que el orgullo mande sobre usted.

—¡Oh, Annie! ¿Qué debo hacer?

—¿Qué le apetece hacer, señorita Joyner? No, no me responda a mí, respóndase a usted misma. Pero no deje que hable el orgullo, escúchese de verdad.

El sábado por la mañana Olivia había decidido pasear por Central Park. Necesitaba pensar, ordenar sus ideas y, como decía Annie, escuchar sus sentimientos. Esa mañana, cuando habían llegado las flores, no las había echado directamente a la basura como en ocasiones anteriores; tampoco las había puesto en agua, sino que las había dejado sobre la mesa del salón a la espera de tomar una decisión sobre qué hacer con ellas. Igual que ocurría con su futuro.

Odiaba sentirse así. Pensaba que ya había superado sus inseguridades

al centrarse en una carrera profesional que le apasionaba y para la que creía que tenía cualidades. Sin embargo, era cierto que había vivido de espaldas al amor, tal como le reprochaba Gilda. Y, ahora que lo había conocido, le había arrancado tantas sonrisas como lágrimas. Pero ya no había vuelta atrás, no podía evitar sentir lo que anidaba en su corazón.

Olivia paseaba aturdida y deseosa de averiguar qué debía hacer. ¿Perdonar o dar carpetazo y esforzarse en olvidar lo que había vivido? El crujido de sus botas sobre las hojas secas no le aclaraba nada y es que no había nada que buscar fuera de ella misma.

¿Qué deseaba? Sí, tal vez Annie tuviera razón y el único motivo por el que se negaba a reconocerse lo que realmente quería era por orgullo. Porque las objeciones que podía ponerle a Hancock, él ya las había resuelto. Le había regalado el proyecto, devuelto los cuadros y no hacía más que repetirle que la quería. Además, Prudence Evans le había confirmado que el motivo por el que la señora Brinicombe había aceptado la propuesta de Hancock tenía que ver con un chantaje que afectaba a su hijo, por lo que quedaba descartada cualquier tipo de seducción por parte de él. Y nunca había existido ninguna señora Gilmour. Lo cierto es que el interés de Hancock en ese hotel no era económico ni de poder, sino la necesidad de rendir un homenaje a sus padres y sentir así que su amor seguía vivo. En realidad, eso resultaba conmovedor. ¿Por qué continuaba dudando de él?

Igual que Annie, Gilda también decía que era orgullosa. Y Meg. Meg, que se había convertido de repente en la máxima defensora de Oscar Hancock. ¿Por qué ella no podía aceptar que ahora estaba siendo sincero, tal como lo aceptaban todos cuantos la rodeaban?

Sin darse cuenta, se fue acercando al puente de Bow Bridge y comenzó a cruzarlo. Se detuvo a mitad, se apoyó en la barandilla y observó las aguas tranquilas que regalaban destellos de sol. Se sintió

triste. Tal vez porque recordó que allí él cogió su mano por primera vez, porque le dijo que en aquel lugar se declararon sus padres.

Debía reconocerlo. Hancock no era un seductor y nunca se había aprovechado de otras mujeres para conseguir sus objetivos. Y, aunque la había engañado, sus últimos gestos habían supuesto una expiación. Además, no podía negarlo, había habido dulzura en sus besos. Y pasión. Peter nunca había logrado despertar en ella nada de lo que había descubierto con Hancock. Tal vez fuese cierto que él también se había enamorado.

Y, si era así, ¿podría entregarle otra vez su corazón a riesgo de que nuevamente se burlara y volviera a rompérselo? «Vivir con miedo es estar muerta», le había dicho Annie, y quizá fuese cierto. Cuando su padre murió, vio a su madre marchitarse día a día hasta que en menos de un año lo acompañó. Y ella no quería entregarse de ese modo, se había protegido siempre del dolor y se había centrado en su trabajo. Y, sin embargo, el amor y el dolor habían llegado hasta ella igualmente. ¿En qué se había equivocado? Lo cierto es que las emociones habían sido tan intensas que se había olvidado de huir. Y, sin embargo, era lo que ahora estaba haciendo.

Unos patos pasaron bajo el puente y los observó con añoranza. En esos momentos deseó tener unos mendrugos de pan para poder arrojárselos, o tal vez para revivir un momento que recordaba feliz.

Pero diez minutos después se encontraba aún más confusa, así que decidió marcharse. Esa calma y esos recuerdos solo conseguían que las turbulencias aumentaran en su interior. Y, de pronto, cuando ya había cruzado el puente y se encontraba de nuevo en tierra firme, se detuvo con el corazón agitado. A lo lejos, Hancock caminaba en dirección a ella. Por suerte, no la había visto, pues parecía absorto y aún se hallaba a cierta distancia, y Olivia tuvo tiempo de abandonar el sendero y refugiarse entre los árboles del parque. Al cabo de poco tiempo, lo vio

pasar de largo y ella se atrevió a abandonar su escondite porque él no daba visos de girarse.

Observó su figura atlética encaminarse hacia el puente y, tal como había hecho ella poco antes, Hancock comenzó a cruzarlo. Y, aunque también se detuvo a mitad, él sí que llevaba una bolsa de papel con mendrugos de pan, que comenzó a arrojar al estanque. Enseguida, los patos revolotearon agradecidos, creando remolinos en un agua que antes permanecía calmada.

Olivia hubiera jurado que no era la primera vez que Hancock iba allí. Parecía como si tuviera interiorizado el ritual. También hubiera asegurado que estaba triste, a pesar de que sonreía. Sí, sonreía a los patos como quien busca su complicidad, aunque había un deje de melancolía en sus ojos que evidenciaba que no se trataba de una sonrisa feliz. ¿Sería ella la causa? ¿Tendría razón la mujer que la había visitado y Hancock estaba realmente enamorado de ella?

Conmovida, estuvo tentada de regresar al puente y decirle algo, pero no fue capaz. Se quedó pensativa, observándolo de esa forma clandestina, como si de algún modo vulnerara su intimidad, como si pudiera verlo sin disfraces ni intereses. Y lo que observó le gustó.

Se parecía más al Hancock que le había regalado el proyecto del hotel y devuelto los cuadros de su abuela que al miserable egoísta que ella se había empeñado en recordar. Tal vez para prevenirse de nuevos engaños, aunque esa imagen ya había empezado a desmoronarse.

Sin quererlo, ella también sonrió. Recordó lo que le había contado aquella mujer, que Hancock había hecho trampas con la intención de dedicar un homenaje a sus padres, que se habían conocido en ese hotel, y se sintió conmovida ante lo que ahora le pareció un gran detalle. A su mente le vinieron las cosas que él le había contado sobre ellos, la profunda admiración por su forma de amarse a pesar de los años y el cariño inerte en su espíritu de hijo devoto.

También recordó sus abrazos y sus besos y se inundó de una nostalgia que le mojó los ojos. Y supo que, por mucho que hubiera luchado, no había conseguido arrancárselo del corazón. Permanecieron así aún durante unos minutos más. Él, camelándose a los patos con las sobras del pan; ella, luchando contra el impulso de ir a suplicar otro tipo de sobras, las de un amor que tal vez ya había quedado en el pasado.

Luego, cuando él pareció regresar de su propio mundo, reemprendió el camino y desapareció hacia el otro lado del puente.

Olivia sintió un vacío tremendo. Y de nuevo se preguntó si no debería haberse acercado a él y decirle algo. Pero... ¿qué? ¿Cómo empezar una conversación después de todo lo que había pasado entre ambos?

Se dejó caer sobre la hierba húmeda y cerró los ojos, como si así pudiera aislarse de una realidad dolorosa y viajar a un mundo en el que sí existieran los besos de Hancock. No solo se dejó llevar por las sensaciones, sino también por los pensamientos, que fueron abriéndose hueco como ermitaños en la naturaleza. Y volvió a pensar. Una y otra vez, lo que ya iba sabiendo e, ignoraba por qué, se negaba a reconocer. Y fue así como se fue fraguando en su cabeza la idea, la que le pareció buena, porque antes había descartado otras muchas, y se levantó de pronto decidida a llevarla a cabo y convertirla en real.

Abandonó Central Park con ilusiones renovadas, cogió un taxi y se dirigió en busca de la señora Brinicombe. Debía convencerla, no sabía cómo, pero debía hacerlo. Todo dependía de que ella diera su consentimiento; sin él, no habría nada, así que tenía que poner todo su empeño en conseguirlo.

Y eso hizo. Aunque con argumentos muy distintos a los que la habían convencido a ella. Usó las metáforas más bonitas que se le ocurrieron sobre el amor, claro, pero centró su alegato, sobre todo, en la publicidad que un gesto como ese ofrecería al hotel y lo que favorecería a su negocio. Y eso fue lo que interesó a Heidy Brinicombe,

la idea de publicitar el negocio, así que no solo dio su visto bueno, sino que felicitó a Olivia por la idea.

Esa noche pidió a Annie que dejara preparado café porque ella tenía que rediseñar un par de cosas del proyecto.

—¿Cambios de última hora? —le preguntó la criada.

—Cambios eternos.

Veintisiete

A las puertas de Navidad, cuando las primeras nieves comenzaban a caer sobre los tejados y las transitadas calles, no había nadie en Nueva York que no ultimara las compras tradicionales de esas fechas. Los comercios exhibían sus mejores escaparates y ostentaban la iluminación adecuada para tentar a todo aquel que quisiera pasar de largo ante sus puertas, como si resultara imposible escapar a los tentáculos de las modas o a la ternura de los ojos de algún peluche. Coros de niños, o no tan niños, entonaban la melodía que les llevaría al aguinaldo y hombres disfrazados de Santa Klaus o perros con cuernos de plástico, aparatosos en su imitación de la cornamenta de un reno, aparecían de tanto en tanto ante las puertas acristaladas de alguna gran tienda. Tampoco faltaban abetos con adornos y bombillitas cimbreadas o ramitas de muérdago sobre algún portal. Había que sonreír. Sonreír y comprar y, aunque no se poseyera el resto del año, mostrar ahora un alma generosa tanto con allegados como con desconocidos. Eran momentos para el consumo, pero también para el reencuentro y la felicidad.

Hancock sabía que la felicidad no era para él. Ciertamente que los negocios iban mejor que nunca. Miles Van der Rohe iba a construir un edificio en Nueva York dedicado a despachos para grandes empresarios, y el señor Wallenberg, un magnate, había adquirido una planta completa de oficinas y había encargado su diseño y decoración a la firma de Hancock. No podía pedir más y, sin embargo, eso no era la felicidad. La había conocido, aunque empañada con mentiras, pero no había

logrado recuperarla. Sin esperanzas, hacía ya más de un mes que había dejado de mandarle flores y no había vuelto a intentar llamarla. ¿Para qué?

Ahora se sentía perdido en aquella atmósfera navideña que era tan sincera en ciertos rostros como artificial en muchos otros. No le gustaba ir de compras y, mucho menos, sentirse abocado a elegir algo por compromiso. Había encargado a Prudence que comprara algunos juguetes para los gemelos de Harry, un perfume para Melissa y una corbata para su socio, sin embargo, no podía delegarle su propio regalo, así que se encontraba de tiendas en busca de algo que pudiera gustar a su secretaria.

A pesar de sentir aquello como una obligación, deseaba satisfacerla, pero no tenía ni idea de qué podía gustarle a ella ni de si necesitaba algo. Por supuesto, nada de alcohol, ni tampoco nada que pudiera incitar a su consumo, pero, excepto eso, no tenía claro nada más. ¿Un abrigo? No, Prudence adoraba su vieja gabardina desgastada y no la habría cambiado por nada. ¿Zapatos? Conociéndola, tal vez mejor unas botas, pero no tenía ni idea de su número. ¿Unos bombones? No, imposible, sus favoritos eran los de licor. Tal vez lo mejor que podía hacer era dejarse tentar en una joyería, todas las mujeres amaban las joyas. ¿O no era así? Lo cierto es que Prudence no era aficionada a las joyas y tampoco había notado que a Liv le deslumbraran. Error. No debía pensar en Liv. Y menos en esas fechas. Y menos aún cuando pasaba al lado de un escaparate con anillos de compromiso como el que había estado a punto de comprarle meses atrás.

No. Debía centrarse en Prudence y curarse ya de ese regusto melancólico que provenía de su interior. No era de los que abandonaba las batallas sin luchar, pero en este caso no había nada que hacer. Liv se había encerrado en su orgullo y él no había podido traspasarlo. Y lo había intentado, palabra que lo había intentado.

Pero tampoco había logrado olvidarla. Harry se había dedicado a invitarlo a cenas y a presentarle a jóvenes tan deseosas de lamer sus heridas como de conseguir un buen matrimonio, pero ninguna había despertado su interés. Y, como le reprochaba su amigo, tampoco él se había esforzado. No. Se había centrado en devolver la dignidad a su trabajo, a renovar las ilusiones que de joven lo empujaron al diseño y a estar pendiente de todas las novedades, no solo en cuestión de materiales y estilos que aparecían cada poco, sino también en aires acondicionados, iluminaciones creativas y otro tipo de vanguardias que la ingeniería traía consigo. Y, sin embargo, le hubiera gustado compartir todo eso con Liv...

Al dejar atrás la joyería, volvió a esforzarse para dejar de pensar en ella. Una tienda de cosméticos le dio por fin una idea, y recordó que Prudence no salía de casa sin llevar los labios pintados. No es que fuera una mujer coqueta, en realidad solo lo era con el exceso de carmín, que luego se quedaba pegado en las mejillas de todo aquel a quien besaba. Sí, eso era, le regalaría un juego de productos cosméticos de los caros, para que no pringara cuando se ponía melosa y, si los había, un curso para aprender a maquillarse, que seguro que también le vendría bien.

Le sorprendió que todo eso costara mucho más de lo que había esperado, pero no le importó. Y, cuando abandonaba la tienda, vio a Heidy Brinicombe pasar a lo lejos, lo que provocó que su corazón se acelerara y sus ojos comenzaran a buscar si iba acompañada de Liv. Por mucho que buscó, no la vio, y la señora Brinicombe desapareció con las manos llenas de bolsas.

Tal vez fue esa casualidad la que lo llevó a pasar por el Eden Hotel antes de regresar a su casa. Había constatado que en esos momentos la dueña no estaba y sentía curiosidad por ver cómo habían quedado los salones, pues sabía que la remodelación había terminado unas

semanas atrás. Ciertamente que pasar por allí no era la mejor de las ideas para olvidar a Liv, pero en lugar de detenerse a pensar, se dejó llevar por un deseo irrefrenable. Había logrado su objetivo de comprar un regalo para Prudence, no merecía volver a sentirse atado a los deberes, así que se dirigió hacia Long Island. No había motivos para tener prisa, pero sin darse cuenta fue a una velocidad poco moderada.

Un gran árbol de Navidad presidía la rotonda que estaba enfrente del hotel y Hancock aparcó antes de llegar a ella. Al salir del coche, se subió las solapas del abrigo y se colocó el ala del sombrero como si quisiera camuflarse, aunque por suerte el frío justificaba su actitud.

Entró en el hotel sin que nadie pareciera fijarse en su presencia, sin embargo, él no perdió detalle de cómo había quedado todo y, como si fuera un cliente más, se dirigió a uno de los salones de la planta baja, donde se encontraba la cafetería principal, y que estaba decorado con los cuadros de Gilda. Los observó bien y tuvo que admitir que no quedaban mal, nada mal. No se podían llamar obras de arte ni gustaban vistos de uno en uno, pero, en conjunto, creaban un simpático juego decorativo. Hancock sonrió. No por recordar sus aventuras por las galerías en busca del pintor, era una sonrisa de aplauso a Liv, de complacencia por haberse enamorado de una mujer como ella y de nostalgia por haberla perdido. Pidió un *whisky*, doble, y se encendió un cigarrillo sin saber todavía por qué había ido allí. Tal vez para estar más cerca de Liv, a pesar de su ausencia, pues allí estaba su huella. Se justificó ante sí mismo recordando que nadie escapaba al influjo de la Navidad, que de algún modo aquellas fechas lo conmovían y se ponía sensiblero. O eso hubiera dicho Harry, que mucho criticar a los demás, pero bien que pasaba por el aro ante todos los caprichos de Melissa.

Cuando pidió el segundo *whisky* doble recordó que Prudence le había dicho ya un par de veces que últimamente era él quien bebía

demasiado, pero de nuevo pensó que era Navidad y que ya se preocuparía más adelante por ciertos excesos.

Había algo de recreo en su propio dolor al encontrarse allí. Era como si hubiera ido a buscar sal para las heridas que aún tenía abiertas o como si buscara cerrarlas a golpe de puntadas gigantes sobre una piel magullada. Era como llorar sin lágrimas, puesto que no lograba quitarse el ahogo que lo constreñía. Apuró la segunda copa de un trago y sacó un billete para pagar. No tenía ningún sentido continuar allí.

Pero no había dado aún dos pasos cuando escuchó su nombre. Se giró para ver quién lo llamaba, pero a su lado solo hablaban dos hombres y ni siquiera lo miraban.

—Cosas de mi mujer —decía uno—, yo no tenía ningún interés especial en hospedarme en la Hancock. Pero a veces es mejor no discutir con la parienta, aunque salga más caro.

El hombre que hablaba se calló al sentir que un intruso lo estaba escuchando mientras clavaba su mirada en él. Con intención de frenarlo, también lo miró con descaro.

—Disculpen —se vio apurado a decir Hancock al notar que lo había incomodado—, pero había pensado que me llamaban. Mi nombre es Hancock, pero creo que me he confundido.

El hombre que había hablado se relajó en cuanto entendió la confusión.

—¡Qué casualidad! Resulta que Hancock es el nombre de mi *suite*, lamento la confusión, caballero.

—¿Ha dicho el nombre de su *suite*?

—Sí. Es una gran *suite*, muy cómoda y espaciosa y con unas vistas estupendas. Nos contaron en recepción que una pareja llamada Hancock se conoció en este hotel y, en cuanto mi esposa oyó la historia, quiso que nos hospedáramos en ella. Piensa que así la voy a querer más. —Comenzó a reírse, pero paró en cuanto vio que aquel

hombre lo miraba muy serio—. Ahora no recuerdo la historia, pero, ya sabe, algo de amores sinceros y esas cosas que suben el precio de una habitación si se le cuenta a una mujer.

Por un instante, aquel hombre creyó que Hancock iba a abalanzarse contra él por haberse burlado de esa idea, pero cuando lo agarró y le estampó un beso en la mejilla, ya no supo qué pensar.

—Me ha hecho usted un hombre feliz —le dijo Hancock mientras se frotaba la boca con la mano y le decía adiós con la otra.

Antes de salir del hotel, pasó por recepción para asegurarse de que había una habitación dedicada a sus padres, porque sabía que esos Hancock eran sus padres, aunque lo cierto es que la sorpresa había sido tan grande que no había podido dudar de que fuera así. Cuando se lo confirmaron, y silbó al saber el precio, tampoco tuvo ninguna duda de que había sido idea de Liv.

El *whisky* debió de hacerle efecto, pues su cuerpo se llenó de un calor embriagador. Aquello era una señal. Tenía que ser una señal. ¿Por qué, si no, Liv habría hecho eso?

—Annie, recuerda que el día de Navidad usaremos los platos que pintó Gilda.

—Son horribles, señorita Joyner, ¿no podemos poner la vajilla buena?

—No, ya sabes que ella vendrá a comer, y prefiero que piense que me gusta cómo decora las vajillas y siga pintando platos de cerámica a que vuelva a ofrecerse para dar cursillos prematrimoniales. La señora Smith la escuchó una vez y salió escandalizada.

—¿Y le extraña?

Liv levantó los hombros y arqueó las cejas en señal de resignación.

—Si los pones sin protestar, prometo regalarte la escoba más bonita de toda la tienda.

—¿Todavía me regaña por haber donado la aspiradora a la iglesia? Seguro que la han vendido a buen precio y eso les permite hacer muchas obras de caridad.

—Lo cierto es que ocupaba espacio de almacenaje y que era un trasto que no se usaba —admitió sin ánimo de lucha.

En ese momento, el timbre de la puerta las interrumpió y Annie se dirigió al recibidor para abrir. Al cabo de unos segundos regresó, pero nadie la acompañaba.

—¿Quién era, Annie? —preguntó Olivia.

—Un recadero.

Olivia arqueó las cejas en señal de que continuaba sin entender.

—Un muchacho con una nota para usted. No ha esperado respuesta —dijo a la vez que le entregaba un sobre que llevaba en la mano.

—No hay remite —observó Olivia en cuanto lo cogió.

—¿Piensa que puede ser del señor Hancock?

Ante esa posibilidad, Olivia sintió que su corazón comenzaba a palpar de forma atropellada y, tras sentirse paralizada unos instantes, el nerviosismo empezó a apropiarse de ella y abrió el sobre apresuradamente.

Annie no dijo nada más. Se quedó quieta, como si quisiera camuflarse entre los muebles, mientras Olivia leía la nota. Ella también se sentía inquieta, y expectante e intrigada.

—¡Mies Van der Rohe! —exclamó de pronto ilusionada Olivia.

—¿Cómo dice? —preguntó Annie, deseando que la hiciera partícipe.

—¡La firma el señor Hearst y habla de un proyecto de Mies Van der Rohe! —exclamó de nuevo y, al ver que su criada no la entendía, añadió—: Van der Rohe es el arquitecto más importante del siglo, dirigió la Bauhaus y es el artífice del edificio Lake Shore Drive en Chicago.

—¿Y qué le dice ese señor tan importante?

—Por lo visto, Seagram Corp quiere que Van der Rohe construya un rascacielos en Nueva York y el señor Hearst va a adquirir una de las plantas. ¡Dice que quiere citarse conmigo para hablar de ese asunto! ¡Oh, Annie! ¿Se te ocurre mejor regalo de Navidad?

Annie iba a responder, pero se quedó con la palabra en la boca al escuchar un grito de exclamación de la señorita Joyner que poco a poco fue adquiriendo un matiz de indignación.

—¿Por qué me cita en las oficinas de Hancock?

Veintiocho

El 24 de diciembre por la mañana, Olivia se cambió de ropa varias veces hasta que por fin se decidió por un jersey con cuello de chimenea de color perla a juego con una falda de lana estrecha hasta la altura de los tobillos del mismo color. Luego se cubrió con un abrigo rojo y, aún indecisa, salió de su apartamento hacia las oficinas de Hancock. Había dormido poco, intrigada por lo que iba a encontrarse. No entendía nada. Y estaba nevando, ni siquiera se había detenido a asomarse a la ventana. Tuvo que regresar a por un sombrero y unos guantes impermeables, pero con ellos no logró protegerse de sus dudas. ¿Qué tenía que ver el señor Hearts, un magnate de la publicidad, con Hancock? ¿Acaso iba a pedirles un proyecto a cada uno y, de nuevo, iban a estar enfrentados por sus intereses profesionales? ¿Iba a ser ese su reencuentro? Porque se daba cuenta de que no solo estaba intrigada, también nerviosa por volver a verlo. Y temerosa de que hubiera pasado demasiado tiempo y él ya hubiera perdido todo interés en ella. Hacía tiempo que ya no le enviaba flores y, desde el mismo día que supo que ya no volvería a hacerlo, pensó que todo el amor que le había declarado se había desvanecido en el aire.

Para ser sincera consigo misma, había esperado que Hancock reapareciera antes en su vida. En algún momento debía de haberse enterado de que había dedicado una *suite* a sus padres y habría entendido que ella había vuelto a abrirle las puertas de su corazón. Porque en realidad eso era lo que había decidido desde que lo vio en Central Park con ojos nostálgicos. Pero, una de dos, o él no había

entendido el significado de su gesto o lo ignoraba por completo, porque no había vuelto a buscarla.

¿A qué venía ahora esta doble cita del señor Hearst? ¿Lo sabía Hancock? O, y eso no se le había ocurrido hasta encontrarse ya en el taxi camino a sus oficinas, ¿sería una trampa que le había tendido él?

¡Oh! La posibilidad de que Hancock estuviera intentando engañarla de nuevo no se le había ocurrido hasta ese momento. Veía caer la nieve tras los cristales y comenzaba a sentir que se le empañaba el alma. Tal vez Sanders había tenido una nueva ocurrencia, seguro que ese hombre la odiaba, y él se había dejado llevar. Pero... ¿con qué fin? El hecho de que mencionara a Mies Van der Rohe era una garantía de que iba a suscitar su interés, sabía cuánto lo admiraba, así que todo comenzaba a parecer sospechoso. Sí, tal vez fuera una trampa, y no quería volver a quedar como una tonta ante él.

Salió del taxi con decisión. El hecho de haber empezado a sugestionarse hizo que se sintiera enfadada y eso la empujó a perder timidez. A pesar de sentirse insegura, quería mostrarse fuerte. Tuvo frío cuando unos copos de nieve cayeron sobre sus mejillas, pero no se amilanó. Coincidió en el ascensor con dos hombres, por lo que tuvo que disimular a la hora de mirarse al espejo y comprobar que lucía bien. Llegaba puntual y encontró la puerta abierta.

En cuanto la vio entrar, la señora Evans la observó sin demostrar sus sentimientos hacia ella, y se limitó a decirle que la estaban esperando e indicarle la puerta del despacho. Mientras Prudence avisaba por el interfono a su jefe, Liv pensó que el perfume de la secretaria de Hancock era demasiado intenso y con un toque exótico que recordaba a la ginebra que no le gustó. La naturalidad con la que estaba siendo recibida hizo que confirmara la suposición de que Hancock sabía que ella iba a presentarse en sus oficinas y eso disparó de nuevo todas las alarmas. Tras otra puerta, Olivia vio asomado a Sanders, que

enseguida se ocultó al verse descubierto. Prudence le indicó que la estaban esperando, y Olivia se dirigió al despacho que le señalaban mientras se quitaba el sombrero.

No llegó a llamar, pues el propio Hancock le abrió la puerta.

Fue obvio que él también estaba tenso, pues la observó unos segundos sin saber qué decir antes de reaccionar. Llevaba un traje verde oliva que le sentaba muy bien. Ella tampoco se atrevió a soltar palabra hasta que escuchó una voz desconocida que decía:

—¿Es la señorita Joyner?

Ella asintió, pasó al lado de Hancock y observó a un hombre que se dirigía hacia ella con la mano tendida.

—Soy el señor Hearst. Me alegro de conocerla, Oscar me ha hablado mucho de usted.

Olivia se giró a observar a Hancock para intentar deducir qué había tras esas palabras, pero no pudo ver su expresión, pues él se colocó justo tras ella y la ayudó a quitarse el abrigo.

—No estaba muy seguro de que fueras a venir —le dijo al tiempo que la invitaba a sentarse.

Olivia notó que le hablaba sin formalismos y se preguntó si el señor Hearst estaba al tanto de lo ocurrido entre ellos.

—Soy consciente de lo delicado de la fecha —añadió este último, sacándola de sus pensamientos— y de lo improvisado que puede resultarle todo, ni siquiera la llamé a su despacho. Debo disculparme por ello, pero Oscar comparte esta responsabilidad.

—Me es más fácil dudar de las formas del señor Hancock que de las tuyas, señor Hearst —añadió Olivia.

Hancock sonrió, aunque por la manera de agarrar y jugar con la estilográfica Olivia pensó que esa sonrisa frenaba una hipotética defensa. El señor Hearst miró a Hancock y luego a Liv y también sonrió, aunque por motivos distintos.

—Bien, también es un día delicado para mí. Tengo familia. Y como me temo que en este asunto poco tengo que decir, procuraré ser breve. — De nuevo volvió a mirar a ambos como si hubiera comprendido que, aparte de la relación profesional, había algo más que se le escapaba y en lo que no le apetecía entrar—. Verá, señorita Joyner, como le expliqué en la nota, Seagrem Corp ha encargado a Mies Van der Rohe el proyecto de un rascacielos para albergar oficinas y departamentos comerciales. Aún no está terminado el diseño, aunque es de esperar que lo concluya en breve y, por supuesto, tardará unos años en construirse. Yo he querido anticiparme antes de que se disparen los precios y he comprado una de las plantas del futuro edificio. Por supuesto, destinado a las oficinas de mi compañía en Nueva York. He trabajado anteriormente con el señor Hancock y estoy satisfecho con los resultados, por lo que hace dos meses le pedí que se encargara del diseño y la decoración en cuanto nos pasaran los planos. Es más fácil cambiar cosas antes de que el edificio esté construido, ya sabe. — Sonrió.

—Hasta aquí, lo entiendo, pero no me ha especificado usted qué quiere de mí. Por lo que cuenta, ya lo ha resuelto todo con el señor Hancock —objetó Liv.

—Sí, claro, claro. Pero es que al señor Hancock le ha surgido un problema.

—¿Problemas el señor Hancock? Pensé que esas palabras nunca iban juntas —ironizó ella.

—Verá, señorita Joyner. Ya le he dicho que no voy a andarme por las ramas. Ignoro qué hay entre ustedes, pero hace dos días Oscar me dijo que o aceptaba que usted también formara parte de este proyecto o que rompía el trato. Así que, como comprenderá —continuó mientras veía cómo la joven miraba interrogante a Hancock—, que esto siga adelante depende de usted.

—No lo entiendo... —balbució ella.

—Yo tampoco —añadió Hearst— ni tengo tiempo para perderlo en entender a Oscar. ¡Él sabrá sus razones! Pero supongo que usted no tendrá ningún problema en aceptar, señorita Joyner, esto es muy beneficioso para su firma. He mandado redactar el contrato —añadió al tiempo que sacaba unos papeles de un portafolios.

—A mí sí me gustaría entenderlo antes de firmar nada —lo interrumpió ella observando a Hancock, aunque él le retiró enseguida la mirada.

El señor Hearst dejó el contrato sobre la mesa y suspiró.

—Como creo que sus suspicacias no tienen nada que ver conmigo, les concederé veinte minutos para que resuelvan sus desacuerdos y luego regresaré en busca del contrato. Espero que sea usted sensata y actúe según su conveniencia, que no es otra que la de aceptar, señorita Joyner.

Dicho esto, el caballero salió del despacho mientras Olivia dudaba sobre cómo proceder. No sabía si debía estar feliz y agradecida o si sentirse manipulada porque esa generosa oferta era en realidad una trampa.

—¿Y bien? —preguntó en cuanto el señor Hearst cerró la puerta— ¿Cómo sé que no va a robar mis ideas, señor Hancock?

—Gracias por la *suite* —comentó él sin ningún tipo de orgullo en su voz, algo que la desarmó—. Ni siquiera a mí se me había ocurrido tener ese gesto hacia mis padres.

—¿Es por eso? —preguntó como si lo afirmara, pues pensaba que acababa de resolver el misterio.

—No, ya sabes que no solo es por eso —respondió muy serio—. Independientemente de lo que siento por ti, sabes que me gusta tu trabajo y que me encantaría que contrastáramos ideas.

«Independientemente de lo que siento por ti» fueron unas palabras

que se agarrotaron en su garganta y crearon una pequeña chispa que recorrió todo su cuerpo. No supo qué decir.

—Pero ya que lo mencionas, permite que te pregunte por qué lo hiciste. Y entiende que, si no me das una explicación razonable, comenzaré a tener esperanzas.

Olivia enrojeció y jugó con sus guantes para que no se notara que sus manos temblaban.

—La señora Evans me contó que allí se habían conocido sus padres y, como debo reconocer que al final se resarcí devolviéndome el proyecto y los cuadros...

—¿Prudence habló contigo? ¿Cuándo fue eso?

Ella no se sentía cómoda con los derroteros que había tomado la conversación y trató de dar un giro.

—¡Qué importa! En realidad el señor Hearst nos ha dado unos minutos para que seas tú quien se explique, no yo. Y no los estás aprovechando. —Los nervios hicieron que ella también lo tuteara.

—Ya te lo he dicho, Liv. Quiero trabajar contigo y, además, sé que no me odias. Aún no has echado a correr —comentó acercándose hacia ella, aunque no se atrevió a traspasar una distancia decorosa.

—¿Debería? —lo retó ella con una mirada que pretendió ser severa, pero no lo logró.

—No, no deberías. Deberías escucharme, Liv, solo escucharme. Creo que me lo merezco. No sé qué más puedo hacer para demostrarte lo arrepentido que estoy de haber seguido aquel engaño.

—¿Escuchar a quién? ¿Quién eres ahora? ¿Hancock u otro Jack?

—¿Aún piensas que te estoy engañando?

—¿Durante cuánto tiempo pensabas fingir un papel? —lo increpó, como si de pronto hubiera recuperado su ira después de unos momentos de debilidad—. Si aquel día la señora Brincombe no llega a delatar quién eras, tal vez todavía estaría pensando que te llamas

Bradley.

—No es cierto, Liv. Te había llevado a ese restaurante para contártelo. ¿Crees que no me pesaba esa mentira? Los remordimientos no me dejaban dormir, pero no sabía cómo romperla. Lo intenté en el restaurante italiano, cuando te dije que Hancock estaba frente a ti. En ningún momento imaginé que Harry también hubiera ido... Me refería a mí.

—¡Y me dejaste hacer el ridículo!

—Nada de lo que tú hagas puede ser ridículo. Yo sí que me he comportado como un payaso patético, que quería darle un escarmiento a una joven valiente y decidida por querer investigarme y terminé esclavizado a ese engaño porque ahora no hay modo de disipar tu resentimiento.

—¡No sé quién eres! —protestó ella con los ojos humedecidos.

—Soy Oscar, Liv, nadie más. Olvídate de Jack y de Hancock y empecemos de cero. Como si nos conociéramos ahora. No te estoy pidiendo que te cases conmigo, no aún, solo que trabajemos juntos en un proyecto. Necesito que recuperes la confianza en mí.

—Lo dices como si fuera fácil...

—No, sé que no lo es. Sé que te he hecho daño, que te he engañado en algunas cosas y, aunque no ha sido así en otras, tú lo piensas.

—¿Cómo no iba a pensarlo? —trató de justificarse—. Fuiste tú quien me habló de las aventuras con la señora Gilmour o la señora Brinicombe.

—¡La señora Gilmour ni siquiera existe, Liv!

—Eso lo sé ahora, pero no antes. Antes me hiciste creer cosas horribles sobre ti...

—¡Fui un estúpido, lo admito! Pero nunca he jugado con tus sentimientos, Liv. Cuando te he hablado de los míos, siempre he sido sincero —comentó con voz firme al tiempo que daba un paso más

hacia ella—. Te quiero, ¿qué puedo hacer para que algún día me creas?

Liv notó transparencia en sus ojos y, al tiempo que arqueaba las cejas, murmuró:

—Annie, el señor Campbell y Meg dicen que soy orgullosa.

En el fondo, ella tampoco entendía por qué continuaba resistiéndose, cuando en realidad solo deseaba que él la abrazara y volviera a decirle que la quería una y otra vez.

—Y yo digo que eres una chica lista y que no vas a permitir que ese orgullo se te vuelva en contra. —Lentamente acercó una mano hacia la de Liv y dejó que sus dedos rozaran los de ella con suavidad. Luego, al ver que ella no retiraba su mano, se atrevió a cogérsela con más fuerza.

—Me gustaría mucho que fueras capaz de llamarme Oscar —le dijo en un susurro.

—Si estuviera dispuesta a aceptarte como socio en este proyecto, necesitaría garantías de que no hay ninguna trampa —comentó ella, procurando mantener un tono profesional.

Una sonrisa apareció en los labios de él y no pudo ocultar que el entusiasmo asomaba a sus ojos.

—¿Estás aceptando, Liv?

—Aún no he dicho que sí, Oscar.

—Te garantizo que tendrías la última palabra... Estipularemos por escrito todo lo que tú creas necesario —ofreció feliz.

—¿Qué poder tendría ese Harry Sanders?

—Es un socio minoritario, el responsable de todo soy yo. Nada se hace sin mi consentimiento y, si aceptaras formar parte del proyecto, tampoco se haría sin el tuyo.

—¿Tienes algún primer boceto? Me gustaría verlo.

—Si te parece bien, firma el acuerdo antes de que regrese el señor Hearst y luego podemos pasar el día trabajando sobre el boceto. Podemos comer juntos, conozco un sitio en el que estaremos

tranquilos y...

—¡Ah, no! —lo cortó ella al tiempo que se soltaba de la mano. Sin embargo, no se alejó ni un centímetro de él.

—¿No?

—No. No pienso ir a ningún sitio contigo sin que antes Gilda dé su aprobación. Me temo que, si no lo hiciera, no me lo volvería a perdonar jamás.

—¿Tu abuela? Tuve el placer de conocerla y creo que le caí bien.

—¡Oh, es cierto! —admitió ella—. Entonces, no hace falta que la visitemos hoy. Es que está muy quisquillosa últimamente con lo de dar el visto bueno a los hombres con los que salgo... —se justificó.

—¿Me estás pidiendo que salga contigo, Liv? —sonrió él.

—¡Claro que no! —exclamó como si lo regañara—. Yo jamás le pediría que saliera conmigo a un tipo que, al menos, no me ha besado tres veces en los últimos cinco minutos.

—¿Solo tres? —preguntó él al tiempo que acercaba su rostro hacia el de ella con un brillo de entusiasmo en los ojos.

Y, sin esperar más respuesta, Hancock comenzó a besarla con devoción acumulada mientras Olivia, lejos de oponer resistencia, se entregaba feliz a esos besos. Tras los cristales, la nieve continuaba cayendo, pero ninguno de los dos sentía frío.

—¿Me quieres, Liv? —le preguntó él entre beso y beso.

—Te quiero, Oscar.

Eso fue suficiente para que ambos volvieran a fundirse en un beso y se olvidaran de que el señor Hearst estaba a punto de regresar. Así había de sorprenderlos unos minutos después, aunque ni siquiera se dieron cuenta cuando él entró, recogió el contrato ya firmado, y volvió a salir.

Tampoco se dieron cuenta cuando Prudence se asomó, volvió hacia atrás en busca de Harry y le comentó:

—¿Ves cómo yo tenía razón? Ya verás que el jefe, en la cena de Nochebuena, nos deleita con unos *gin fizz*.

Quiero agradecer a Lidia Gómez-Urda Villaverde que, durante el viaje que hizo con su familia a Nueva York, perdiera tiempo para visitar la Biblioteca Pública y fotografiar el mapa de la ciudad en el año 1953.
¡Gracias por las fotos que tanto me sirvieron para ubicarme!